

R

81358

BIBLIOTECA ESCOGIDA

VOLUMEN XI.



LA MUERTA Y LA VIVA

NOVELA ORIGINAL

POR

PATROCINIO DE BIEDMA

~~~~~  
(Segunda parte.)  
~~~~~

CADIZ 1883.

—
TIPOGRAFÍA LA MERCANTIL

PLAZA GASPARD DEL PINO

*Patrocinio de Biedma
y su familia*

84355

BIBLIOTECA ESCOCESA

VOL. 1

LA MUERTA Y LA VIVA

NOVELA ORIGINAL

por

PATRICK O'BRIEN



(Segunda edición)

GRABE 1953

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

El general Salazar estaba seriamente disgustado. El tiempo pasaba, la licencia de su hijo iba á terminar, y sus planes estratégicos no habian servido de nada.

Ni el marino habia entrado en deseo del fruto prohibido, ni la juventud y belleza de su pupila habian hecho por sí solas más que todas las estrategias del mundo, como él creia.

Su plan, no sólo habia resultado inseguro y falso, sino que le creaba un compromiso sério para ante su hijo, y quizá tambien para ante su conciencia.

Conociendo el carácter caprichoso y exigente de Manuel, creyó que la sola idea de que le estaba vedado enamorarse de Elena le haria fijarse en ella; era para el general de una importancia suma casar á

su hijo con aquella niña, huérfana, y confiada á su tutela por un amigo moribundo.

Habia cuidado de darle una excelente educacion, y Elena era una mujer bella, sencilla, adornada de las graciosas cualidades que en España tienen las hijas de familias distinguidas, pero nada más.

Si el problema de la educacion femenina estuviese ya resuelto, ó siquiera planteado, el general hubiera podido dar á la niña medios de vivir por sí, sin temor á la miseria, á la murmuracion ó al abandono; pero como no lo está, y la niña era pobre, era preciso, urgente, inevitable, buscarle un marido.

El bueno del general no entendia esa complicada táctica que tan admirablemente emplean algunas madres para procurarlo á sus hijas, y sólo se le ocurrió pensar en su hijo, que podia y debia, según él, sacarle de aquel compromiso.

La pobre Elena era agena á estos planes, pero los hubiera aprobado tácitamente, porque le agradaba mucho Manuel.

No tenia ella condiciones para apreciar el valor moral del hombre que allá en la mente de su protector se le destinaba, porque le faltaba experiencia; pero encontra-

ba algo frío, algo que, sin explicarse el motivo, alejaba de ella toda confianza y se le hacia repulsivo, en el carácter frívolo, voluble y orgulloso del marino.

Pero las niñas se fijan poco, por regla general en la esencia, en tanto que admiran la forma, y la de Manuel Salazar era tan simpática como atractiva.

Nada habia cambiado en esta familia desde que hemos dejado de verla; más bien se habia acentuado la frialdad de Manuel, que indirectamente criticaba á su padre el que dejase á Elena acompañar á Clara, de la cual se habia declarado enemigo, y habia aumentado la timidez de Elena, que cada vez se veia más olvidada, más insignificante, más pequeña ante el arrogante marino.

Creia él ódio hácia Clara lo que era despecho, impaciencia, de no haber producido en la hermosa mujer que tan vivamente le habia interesado, impresion alguna, y como pequeña venganza se entretenia en desacreditarla con sus amigos de café.

La culpa no era suya: la sociedad deja la honra de sus individuos á merced del primero que quiera tomarla, manosearla y

deshacerla, y muy insignificante, muy ignorada y oscura ha de ser la persona que no haya encontrado en su camino quien de ese cuidado se encargue.

Si se hiciese algo por castigar con público mentís al detractor, si fuese desechada dignamente toda acusacion desprovista de pruebas, si la sociedad no se *divirtiese*, esa es la palabra, con el espectáculo de la calumnia y la rechazase de sí con asco y vergüenza, las afirmaciones, respecto á hechos desconocidos, escasearian más, y las conclusiones serian más serias; pero á ver que en el pecado lleva el calumniador la penitencia, como le sucedia al gitano que confesaba para casarse, pues en fuerza de hablar de todo con el mismo poquísimo respeto, ha acabado porque nadie se lo conceda á lo que dice.

Clara, pues, criticada por Manuel y por sus amigos, no habia perdido nada en el interés que inspiraba.

Es verdad que las maliciosas murmuraciones habian creado algo, así como una atmósfera de misterio y de duda á su alrededor, que los hombres la miraban con más libertad, y las mujeres feas ó viejas hacian dengues como si no quisieran nom-

brarla, pero ella era cada vez más distinguida, más buscada, más admirada.

De repente, Clara desapareció del elegante círculo de la buena sociedad.

¿Qué se habia hecho de la rica viuda, de la gentil dama, de la interesante cubana? Nadie lo sabia.

¿Seria, en efecto, una aventurera, que terminada su mision desaparecia?

La sociedad no gusta de misterios, quiere que se le diga todo; verdad ó mentira, ella está pronta á aceptarlo, pero necesita la explicacion. ¡Ay del que se la niega!....

La impresion duró algo más de lo que suelen durar las impresiones del público; es verdad que el hecho nuevo, la aventura del dia que habia de hacerla olvidar, tardó esta vez tambien en presentarse; sin embargo, á los tres dias ya nadie se acordaba de aquella mujer pálida y bella que en los paseos y en el teatro fijaba todas las miradas. Los hombres lo sintieron, porque sus ojos perdian la ocasion de contemplar un tipo nuevo, admirable, *legítimo*, pues no era obra del pincel, sino de la naturaleza; las mujeres demostraron indiferencia, pero se alegraron. ¡Una ménos! —dijeron sin duda.

Elena no se alegró; demasiado inocente y pura para envidiar, perdía una amiga, y la sintió muy de veras.

Manuel se desesperó; pero una idea necia y orgullosa vino á consolarle... Sospechó que Clara, enamorada de él, había huido por no ceder á su pasión...

Hé aquí lo que había sucedido.

Clara supo por un telégrama de Francisco, que Nicolás Solís, indultado, había salido para la Península, y sin esperar más, anhelando sorprenderle á su llegada, pues no dudó ni por un momento de que el silencio guardado por él era una sorpresa que le preparaba á su vez, decidió salir á esperar el vapor-correo de la Habana, que debía llegar á Cádiz.

Acompañada de Dolores salió de incógnito, de verdadero incógnito, para la bella ciudad del Sur que rodea el mar tan cariñosamente como los brazos de una madre rodean á un niño.

Faltaban aún algunos días para la llegada del vapor, pero Clara no los contó.

Estar en la orilla de ese mar que sustentaba el buque en que Nicolás venía, le parecía que era aproximarse á él, que era esperarlo.

Clara, como toda mujer que siente mucho, tenía accesos de romanticismo sublime, de ese delicado sentimiento que se oculta en el fondo de las almas como una sensitiva, el cual suele inspirar los más bellos sueños.

Clara sola, vestida sencillamente de negro, pasando desapercibida en la ciudad marítima, estaba horas y horas ante el mar, pareciéndole que las olas le transmitían sonidos que su corazón traducía en frases apasionadas.

¡Cómo temblaba si veía formarse una ligera nubecilla en el ocaso!

¡Cual se estremecía si la vela de un barco dibujaba su silueta en el vacío marcando el horizonte!

¡Cómo sufría si una ola más fuerte se rompía contra la muralla en hirviente espuma!

El silencio guardado por Nicolás en aquel eterno mes, era extraño, muy extraño... pero también debieron serlo los sucesos que lo habían motivado, y además las cartas suelen perderse.

Su venida, ¿no era una prueba de amor?

¿A quién sino á ella conocía Nicolás en España?

¿A quién sino á ella podia buscar?...

No dudaba, no queria dudar...

Las mujeres renuncian con dificultad á la idea de ser amadas...

Es una conviccion íntima, que resiste á todo...

Manuel Salazar estaba muy léjos de pensar que la altiva mujer que apénas se habia dignado fijar en él los ojos, los tenia clavados con avidez en esa llanura azul y temblorosa, que á él le fastidiaba tanto... de haberlo sabido, hubiera incluido al mar en sus murmuraciones.

CAPITULO II.

Clara habia hecho que se la diese aviso de la llegada del vapor-correo de la Habana cuando éste estuviese á la vista.

Cualquiera que haya esperado algo con afan, comprenderá su impaciencia y su angustia.

Era una especie de fiebre moral que la hacia inquietarse por todo; sus nervios estaban en una tension constante.

Al fin el ansiado dia llegó.

Las seis de la mañana serian cuando recibió el aviso del vigía, participándole que el vapor *España* venia al puerto.

Lo devoró con la vista, dudando de la realidad; creia soñar una vez más que Nicolás llegaba; se vistió apresuradamente un sencillo traje de mañana; recogió con indolencia sus cabellos, y envió á Dolores á buscar un coche.

Cuando llegó al muelle, la animacion

que en él se notaba la demostró que el correo había llegado.

Las lanchillas salían para recoger pasajeros y equipajes: la barca de la capitania del puerto y el vaporcito auxiliar de la casa propietaria del buque, habían partido ya.

El mar estaba sereno y magnífico.

Clara dudó entre esperar en el muelle ó ir al vapor.

La multitud de personas que á él se dirigian, la obligó á detenerse.

Ver á Nicolás entre tantos séres extraños y sin previo aviso, le parecia una locura; esperó.

El sol naciente iluminaba el mar con esa alegre luz de la mañana, que parece una explosion de vida.

Cádiz, envuelta en el reflejo espléndido de la aurora, parecia salir de entre las olas azules como una creacion fantástica.

Sus blancas azoteas, sus elegantes torrecillas, sus esbeltas casas se agrupan en graciosa combinacion, como uno de esos juguetes de marfil que imitan caprichosamente un pueblo ideal.

El viento era leve y la atmósfera tibia, como todo el invierno suele serlo en Cádiz.

Habia un rumor vago de olas y voces. Clara sentia, aspiraba con toda su alma la belleza de aquel paisaje.

Los tristes presentimientos iban alejándose de su mente, y la calma y la alegría que surcaban su espíritu parecian un presagio de dicha.

No pensaba, sentia.

No se preguntaba á qué y por qué iba á esperar el *España*. Para Clara, una vez adoptada una resolucion, no habia vacilacion posible.

Su carácter altivo é independiente no se sometia nunca á esa lucha en que el pró y el contra de un hecho se mide y se analiza; si en la resolucion tomada no habia nada indigno, si su corazon la impulsaba á obrar, toda duda era imposible.

No se le ocurrió, pues, ni remotamente volverse.

Esperaba temblando, sobreexcitada, nerviosa, conmovida.

La vaguedad de su mirada casi daba miedo.

La pobre Dolores, que ante el mar se habia sentido acometida de mortal tristeza por sus recuerdos, no se atrevia á interrumpir el silencio de Clara.

Sus ojos fijos en el mar acababan de ver las barquillas que avanzaban hácia tierra, llenas de pasajeros del correo.

Clara saltó al suelo y se echó el velo sobre el rostro, haciendo ademan á Dolores de que permaneciese en el coche.

Dió algunos pasos y llegó al desembarcadero.

Una barquilla adelantaba con el impulso de los remos.

Clara sintió un vértigo, y su vista se oscureció; vaciló, y retrocedió un paso, temiendo caer al mar.

En aquella barca venia Nicolás Solís.

Era él, triste, pálido, sereno.

A su lado habia una mujer.

Clara no veia su rostro; estaba inclinada sobre el hombro de Solís y envuelta en un abrigo.

El corazon de Clara se agitó violentamente.

Algo extraño pasó por su pensamiento y ante sus ojos.

El paisaje encantador que ántes habia contemplado con alegría; la idea de lo que esperaba allí, es decir el mundo material y el mundo moral que la rodeaba se habian borrado, habian desaparecido para ella.

Se habia creado un vacío oscuro en el cual sólo se veia á Nicolás Solís sosteniendo á una mujer...

¿Era esto verdad?

¿No seria una horrible pesadilla?

No se le ocurrió ninguna de tantas ideas como hubiesen podido explicar ó atenuar aquel hecho.

Veia una mujer al lado de Nicolás, y su corazon, su soberbia, su dignidad, se alzaban ofendidas para protestar del ridículo en que aquel inesperado suceso la colocaba.

Porque si Nicolás la habia olvidado, si venia á Europa acompañando á otra mujer, si acaso por ella habia aceptado el indulto, habia abandonado á los suyos y habia dejado de escribirla, el venir á esperar, el presentarse á él era una humillacion imposible para Clara.

Sintió como un dolor punzante, como una amargura insoportable y quiso retroceder, pero no pudo.

La voluntad á veces es impotente para vencer á esa otra fuerza desconocida que nos domina.

Nicolás llegó al desembarcadero.

Saltó á la escalera y tendió sus brazos á

Teodosia, que se habia puesto de pié.

La alzó como si hubiese sido una pluma, la dejó á su lado, y tomó su pequeña manecita para apoyarla en su brazo.

Clara vió, como en el fondo de una nube roja, un rostro blanco y dulce y unos cabellos rubios desordenados.

En aquel momento rodeaban el embarcadero esa multitud de personas que nos anuncian haber llegado al término de un viaje, ofreciéndonos ya coches, ya fondas, ya conducir los equipajes, y esta vez no fueron tan inútiles, como generalmente suelen serlo, puesto que, gracias á ellas, Clara, que se desvaneció, no cayó al mar.

Al verla vacilar y caer, Dolores habia corrido á su encuentro, y la hizo conducir al coche, no sin haber reconocido ántes á Nicolás Solís, que se alejaba dando el brazo á una mujer, sin haberse apercebido del incidente que acababa de tener lugar.

¡Oh corazón!...

¡Cual se engañan los que te conceden un poder superior á tu misión material!....

¡Ni adviertes el peligro, ni haces conocer la proximidad de la dicha!...

Nicolás estaba bien ageno de creer que habia pasado, sin verla, junto á la soñada felicidad de su vida!...

CAPITULO III.

Nicolás Solís ansiaba llegar á Madrid, buscar á Clara, explicarle lo sucedido, y pedirle su aprobacion en la resolucion tomada.

No dudaba, ni por un momento, de obtenerla.

Segun sus sentimientos, segun su deber, la pobre niña huérfana que la fatalidad le entregaba, tenia derecho á su ternura, á sus cuidados, á su proteccion.

¿Cómo abandonarla?

¿Podia Clara aconsejarle una cobardía semejante?

¡Imposible!

Sentia, sin embargo, un vago temor que se traducia en una nerviosa impaciencia.

¿Perdonaria Clara igualmente su silencio, que el hecho de adoptar una niña abandonada?

¿Por qué no la habia consultado?

No lo sabia: habia obrado al acaso, bajo la impresion del momento.

Ya era tarde para enmendar el error cometido. Clara se quejaria.

¡Y bien! Las quejas en la mujer enamorada no son terribles: se ofende para tener el placer de perdonar.

Nicolás decidió seguir su viaje á Madrid; Teodosia estaba restablecida; los aires del mar la habian fortalecido, devolviendo el color á sus mejillas y la alegría á sus ojos.

Habia crecido; su talle tenia la esbeltez de una palma, su rostro una dulzura tan atractiva, una sonrisa tan encantadora, que era imposible verla sin sentir una viva simpatía.

Nicolás conocia que su corazon absorbia el afecto dulcísimo que la niña le inspiraba, que se impregnaba, que se saturaba de él y se dilataba en su sangre como una necesidad de su vida.

Esto no es nuevo ni extraño; necesitamos para la vida del alma afectos y sensaciones de ternura, y en la soledad, en el aislamiento, hay una predisposicion aún mayor á sentirlos.

Además, hay seres que no pueden amol-

dar sus impresiones á una forma mezquina.

Las revisten de la grandeza de sus sentimientos.

El más amante de los padres no hubiera procurado á su hija cuidados tan tiernos, tan delicados, como los que Nicolás prodigó á Teodosia.

Ella los admitía sin esfuerzo; tenía una confianza ilimitada en Nicolás; le parecía realmente su padre.

Era inteligente, seria y dulce; su corazón parecía despertar al sentimiento, al mismo tiempo que su razón á la verdad, y gustaba de exponer sus dudas á su amigo para que él las desvaneciese.

Muchas veces la palabra excéptica, la afirmación incrédula se detenía en los labios de Nicolás, para no marchitar aquellas tiernas creencias, que como las violetas el ambiente del oculto valle perfumaban el alma cándida de la niña.

Preguntaba mucho, y Nicolás respondía explicándole cuanto ignoraba, ilustrando su inteligencia para alejarla de admitir el absurdo.

Ella comprendía que necesitaba aquella instrucción, y la aceptaba con la mejor voluntad, reteniéndola en la memoria, ha-

ciendo deducciones de lo que oía y de lo que sentía, observando y estudiando al mismo tiempo.

Había vivido alejada de todo, al lado de una anciana, siempre triste, siempre oculta, y la pobre niña no conocía de la vida otra cosa que el aislamiento y las lágrimas.

Parecía renacer bajo la influencia de una mirada inteligente, de una palabra ilustrada: cada accidente era una revelación.

No estaba triste, porque esa edad tiene el privilegio de sentir renacer las impresiones con la rapidez de su exuberante vida, pero tenía una gravedad suave que la daba un nuevo encanto.

Su alma se abría á las impresiones de la vida como una flor al sol de la mañana, y en sus ojos llenos de luz parecía iniciarse una eterna pregunta de cuantos misterios iban mostrándosele.

Tenía una naturaleza elevada y poética: instintivamente rechazaba lo vulgar y grosero, y se apegaba de un modo invencible á lo bello, á lo grande, á lo sublime.

Nicolás sentía un encanto misterioso al comprender el valor de los sentimientos de aquella niña: era una exploración ideal en

un mundo desconocido, cuya riqueza le asombraba, pero cuya belleza le reconciliaba con la vida.

Jamás un pensamiento más puro tuvo un intérprete más entusiasta.

Nicolás gozaba en aquilatar aquel tesoro de gracia, de candor, de sentimiento y de inocencia.

Estaba dispuesto á confesarse que el mundo guarda ocultas muchas bellezas, que es una desgracia encontrarlas un poco tarde, pero que es injusto negarlas.

Cuando tomó asiento en un coche de los que formaban el tren-correo, que directamente desde Cádiz iba á Madrid, volvió á sentir esa vaga inquietud de la duda que produce un malestar lento y frío.

La graciosa charla de Teodosia, que iba contenta y tranquila, le distraía de su tenaz preocupación.

—¿Me llevarás á verlo todo?—preguntaba la niña poniendo sobre las manos de Nicolás su blanca manecita, como una mariposa que se posase por un momento en un bloque de piedra.

—Sí, hija mia.

—¿Veré los teatros, los paseos, las tiendas de modas?...

—Sí, todo.

—¿Veré al rey?

—Sí.

—¿Y á la princesa? ¿Y á la reina?

—Tambien.

—Dime: ¿vá siompre cubierto el rey de oro y brillantes? ¿Lleva la corona en la cabeza?

—No tal: vá vestido como un caballero cualquiera: la corona y el manto son para las grandes ceremonias, como un trofeo del Trono ó un emblema del poder, pero no se los pone.

—¡Ah!... entónces no le conoceré.

—Sí, le conocerás, porque lleva sus servidores que visten una librea especial, y porque yo te lo diré.

—Pues Luisa me contaba que los reyes llevan unos coches de oro.

Nicolás frunció las cejas por un involuntario movimiento de disgusto.

Teodosia lo advirtió al punto.

—Era una tontería, ¿no es verdad?— preguntó.

—Sí, hija mia.

—Bien decia yo...

—¿Y qué decias tú?

—Que Luisa era muy nécia... decia unas cosas tan extrañas...

—¿Qué decia?...

—Pues, muchas cosas. Algunas veces me decia... yo no debiera quererte, pero te quiero...

—¡Ah! ¿Y no te explicó por qué no te debia querer?

—No, pero lloraba con frecuencia... y algunas veces le decia á mi abuela: la pobre niña no tiene la culpa.

—¿De qué? Sigue, por favor...

—¡Si no decia más!... ¿No te digo que era muy necia?... Unas veces me besaba y me queria; otras parecia que me odiaba y me daba miedo...

—¡Calla!—dijo Nicolás un poco bruscamente, tanto que algunos viajeros le miraron, pues la voz de la niña no se oia apenas más que como un leve rumor;—procura dormir un poco para que no te fatigue el viaje—prosiguió con más dulzura,—aún es temprano.

—Callaré—dijo Teodosia con tristeza;—pero no tengo sueño.

Nicolás tomó su mano y la acarició como si fuese una pequeña paloma; despues se inclinó hácia ella y la dijo muy quedo:

—No me hables nunca de Cuba, hija mia, yo te lo ruego.

Teodosia le miró con asombro; iba á responder, pero la expresion triste y suplicante de la mirada de Nicolás extinguió la voz en sus labios.

Por su pensamiento de niña pasó como un relámpago el recuerdo de todo lo que de extraño, de misterioso y de triste habia visto en Nicolás: pareció comprender y contestó suavemente:

—Perdóname: no te hablaré más de ello; pero no estés triste.

Nicolás besó su mano, y la niña cerró los ojos y apoyó la cabeza en el hombro de su amigo como si pensara dormir.

CAPITULO IV.

El camino se hizo á Nicolás largo y pesado.

Tenia ánsia de acabar de una vez con sus dudas y sus angustias.

Sea cual sea la situación de una criatura, si es fija, si está decidida, es mil veces preferible á esa agonía de lo desconocido que tortura el pensamiento.

¿Qué haré? es la pregunta más triste que puede formularse en lenguaje humano, porque cuando se ignora lo que es preciso hacer, es que la vida se ha interrumpido bruscamente, que un camino desconocido se abre ante nosotros, y el espíritu vacila entre seguirlo y explorar nuevos vacíos, ó caer rendido y sin fuerzas para no levantarse más.

La voluntad espolea á la materia cansada, y sigue y sigue, sin saber lo que busca ni lo que espera, pero cumpliendo su destino.

Cuando Nicolás llegó á Madrid se instaló con Teodosia en el *Hotel de Paris*; hizo tomar á la niña algun alimento, y la rogó que se recogiese á descansar de la fatiga del camino.

—Duerme, hija mia—la dijo,—y duerme tranquila, que bien lo necesitas; si algo te ocurre llama; yo dejaré dicho que tengan cuidado.

—¿Y tú?

—Yo tengo que salir, es preciso.

—¿Pero volverás pronto?

—¡Oh, sí! Antes que tú despiertes probablemente.

Besó á la niña en la frente y salió.

Pajó, tomó un coche y le dió las señas de la casa de Clara.

Al aproximarse aquel instante tan deseado, Nicolás estaba aturdido, parecia soñar.

La voz ronca del portero le preguntó á dónde iba.

—¿No vive aquí la señora de Blacker?

—preguntó Nicolás vacilante.

—Aquí vive, pero no está.

—¿Que no está? No importa, la esperaré.

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! Pues ya tenia Vd. para

rato, señor. La señora no está en Madrid.

—¿Qué dice Vd.?... ¿Que no está en Madrid?... ¡No es posible!...

—Vaya, pues lo que Vd. quiera... será mentira—replicó con grosería el portero, que no miraba con buenos ojos el aspecto extraño de Nicolás.

—Perdone Vd.; no quise decir eso, sino que yo lo ignoraba... ¿Y á dónde ha ido?

—No lo ha dicho.

—Pero habrá alguien en la casa...

—Nadie; yo tengo las llaves...

—Es decir, que no sabe Vd. cuándo volverá...

—¿Qué he de saber!... ¡Vaya!... ¿Usted cree que los señores que se van le escriben á sus porteros cuándo piensan volver?...

—¡Oh!... ¡Sí, es imposible!...—murmuró Nicolás.

El portero se encogió de hombros; pero tuvo un interés de curiosidad, y preguntó á Nicolás:

—¿Es Vd. de la familia de la señora?

—No.

—Lo decia, porque le podia avisar su vuelta.

—Gracias, es inútil; yo volveré.

Salió y entró de nuevo en el coche, sin

reparar en que el cochero esperaba sus órdenes.

—¿A dónde, señorito?—preguntó al fin viendo que nada le ordenaba.

—No sé—contestó sin saber lo que decía;—á cualquier parte...

El cochero volvió á su puesto con indiferencia, y sacudió las riendas para avisar al pobre caballo, que bajaba tristemente la cabeza, que su descanso habia terminado.

No era hora de ir á los paseos, pues serian apenas las dos de la tarde, y el cochero, que habia encontrado extraño el acento de Nicolás, pensó que se trataba de una persona deseosa de ver á Madrid, y se dirigió hácia el barrio de Salamanca.

Nicolás no podia ocuparse de otra cosa que de su sorpresa, su dolor y su angustia.

Clara no estaba allí, y él no podia saber en dónde se encontraba.

La conocia poco; ignoraba sus costumbres, sus asuntos, sus gustos; le era, pues, imposible calcular dónde se hallaria.

Además, ¿con qué derecho se quejaria él de su ausencia, si hacia casi dos meses que no la habia escrito?

Una sospecha vaga cruzó un instante por su pensamiento.

¿Habria vuelto á Cuba?

¿Habria ido á buscarle, desesperada por su silencio?

Esta idea asustó á Nicolás.

Era muy probable para supónerla, pero no quiso admitirla; la rechazó con ira contra sí mismo.

¿Podria la fatalidad interponerse entre los dos para alejarles de nuevo?

¿Y no podia Clara, ofendida por la falta de sus cartas, haber prescindido de él por completo?

Tampoco le pareció probable.

Los soñadores no quieren jamás despertar á la realidad de la vida.

¿Qué misterio habia pues?

Nicolás dudó, luchó contra esas ideas, y al fin, dominándose enérgicamente, se decidió á escribir á Clara, explicándole lo sucedido.

Puesto que conservaba su casa en Madrid, fuerza seria que alguna vez diese cuenta de sí, y entónces recibiria la carta.

Más tranquilo, adoptada ya esta resolucion, pensó en volver junto á Teodosia, y sacó la cabeza por la ventanilla para preguntar al cochero á dónde le llevaba.

En aquel momento un jóven cruzaba la

calle para tomar la acera, y le miró con extrañeza.

La berlina iba al paso, y Nicolás, á su vez, pudo mirar al que lo contemplaba, exclamando:

—¡Salazar!...

—¡Salcedo!...

—Pára—gritó Nicolás al cochero abriendo la portezuela y saltando al suelo.

—¡Tú aquí!... ¿Cómo es eso?—dijo Manuel tendiendo su mano al cubano.

—Es largo de contar: y tú, ¿qué haces en este puerto de mar del porvenir?

—Esperar que las aguas lleguen—dijo Manuel riendo;—pero despide el coche y hablemos:

—¿A dónde ibas?

—En verdad que no lo sé; volvía á casa desalentado: no he hallado á quien buscaba—dijo Nicolás pagando al cochero y volviendo junto á Manuel;—no conozco á nadie, no sé por dónde voy; ha sido una fortuna encontrarte...

—¡Oh, sí! para los dos. ¿Cuándo has venido?

—Llegué esta mañana de Cádiz, y allí sólo me detuve algunas horas.

—¿Has venido solo?

—No.

Manuel calló, esperando que continuaria; pero Nicolás no añadió nada.

Salazar no se atrevió á preguntar.

Habian llegado á la fuente que corona la estatua de Cibeles, y siguieron bajando por la calle de Alcalá.

—Iremos á un café, si te parece—dijo Manuel;—allí podemos hablar, y además te presentaré á algunos amigos para que vayas entrando en la vida de Madrid.

—Sí, como quieras—dijo Nicolás, que pensaba que acaso de ese modo podría obtener noticias de Clara.

Cuando Manuel entró en Fornos, le esperaba ya un círculo de desocupados, parte de ese otro círculo que vive en toda sociedad, que pasa los dias extragando su estómago con bebidas inútiles y su corazon y su conciencia con, más que inútiles, peligrosas conversaciones.

—Allí están mis amigos—dijo Manuel, —ven.

—Señores—dijo por vía de presentación;—mi amigo, D. Nicolás Salcedo, rico cubano que acaba de llegar á Madrid.

Todos se levantaron y le tendieron la mano.

Nicolás fué estrechándolas con algo de frialdad, pues aunque es cosa corriente en nuestro carácter meridional hacer así, de repente, sin conocerse casi, relaciones de amistad, y en tal concepto, aquellos jóvenes lo acogían con franca cordialidad, su edad distinta y su preocupacion constante, á más de su diferente carácter y costumbres, no le inclinaban hácia aquellos almiarados y engomados *gomoños*, crema de la crema de lo inútil y dañoso de la sociedad.

La conversacion comenzó entre ellos por pedir noticias del estado de Cuba, entre el humo de los cigarros y las risas indiferentes que les arrancaba alguna picante broma.

Nicolás se guardó bien de hablar de nada sério, de nada que interesase á la patria entre aquellos aturdidos, y más aún de indicar la parte que habia tomado en los últimos sucesos, lo cual, y felizmente, ignoraba Salazar, gracias á haber usado Nicolás en su vida de aventuras su segundo apellido, y conocerle el marino con el primero.

Despues la charla, que tal era, giró sobre Madrid; se pretendió iniciar al novicio en la corte en sus misterios.

Una hora despues de haber entrado en

el café, Nicolás sabía, es decir, hubiera podido saberlo si su pensamiento preocupado se hubiese dado cuenta de lo que oía; que la duquesa X. gastaba en esmaltes para su cara muchos miles de duros al año, que á decir verdad, como no los pedia para gastarlos á los que de ella se ocupaban, no habia para qué se preocupasen del asunto; que la duquesa Z. protegía decididamente al artista R... que se llamaba su pintor de cámara; que la marquesita A. se aburría de muerte cuando iba en coche con el marqués, y comenzaba á *tomar varas*, bonito lenguaje taurino que emplea nuestra ilustrada juventud.

Que N. se casaba con los millones del Sr. A., tomando como carga de este agradable negocio, la mano blanca ó morena de su hija; que... pero es inútil proseguir hasta dar á conocer toda la crónica *escandalosa* de la corte, que saben de memoria cuantos en ella alternan en ciertos círculos, porque la Metrópoli no se libra de la murmuración inconsiderada de las pequeñas capitales. Nombres ilustres, títulos respetabilísimos, personajes notables, familias distinguidas, fueron rodando sobre la mesa del café entre las bocanadas de

humor y las espumas del vino, y la risa acompañaba con sus alegres sonidos aquella cobarde profanación de la vida íntima, de la verdad y del respeto á los hechos, ajenos por completo al público.

La anécdota picante, el epígrama del día, el cuento más reciente, el escándalo último, alimentaron la conversacion durante las primeras horas.

Nicolás oía con indiferencia, casi con vergüenza de oírla, aquella conversacion que tan dolorosa idea daba de los que la sostenian, cuando incidentalmente, en una de aquellas noticias que se deslizaban vertiginosas entre el torbellino de burlas, indirectas y vaciedades con que alimentaban nuestros jóvenes su interesante conversacion, vibró el nombre de Clara.

Nicolás palideció densamente, y prestó atento oído.

—A propósito—dijo uno de ellos,—acaso la conozca Salcedo, puesto que es americano.

—¿De quién se trata?—preguntó Nicolás conteniendo la emocion que hacia insegura su voz.

—De una hermosa americana—dijo Manuel,—que ha venido huyendo de la revo-

lucion á refugiarse entre nosotros.

—¿Cómo se llama?

—Clara Blacker.

Nicolás sintió algo parecido á un vértigo, pero se contuvo.

—No la conozco—dijo lentamente para dominar el temblor de su voz.

—No es fácil—dijo Manuel;—no vivía en la Habana.

—¿Y está en Madrid?—preguntó Nicolás cuyo corazon latia con inusitada fuerza.

—Ha estado, pero hace unos dias que ha desaparecido.

—¡Ah!...

—Se cree que ha ido á viajar con un príncipe ruso,—dijo riéndose uno.

—Aseguran que se ha retirado á un convento,—murmuró otro.

—La verdad es—dijo Manuel,—que es una mujer extraña, excéntrica, misteriosa.

—¿Por qué?—preguntó con acento duro Nicolás.

—Se cuentan de ella aventuras...

—¡Bah! ¡de qué mujer que vale no se cuentan!—dijo Nicolás.

—Hay unas más verosímiles que otras...

—¿Y bien?

—De esas hay pruebas.

—¿Qué pruebas?

—Su misma desaparicion...

—Eso no prueba nada. Esa señora no está obligada á dar cuenta á todos de si tiene necesidad de abandonar á Madrid.

—Pues se dice que no va sola...

Una roja llamarada pasó ante los ojos de Nicolás; alzó la cabeza como un leon que siente vibrar un látigo sobre ella, y su mirada altiva, soberbia y fiera abarcó aquel puñado de hombres, que no lo parecian, ni en lo atildado de sus atavíos, ni en la frivolidad de sus palabras: los contempló un momento, y una sonrisa despreciativa fué substituyendo á su expresion de ira.

—Señores—dijo;—por lo que he podido juzgar de lo que les he oido, tienen una sociedad bien despreciable; la nuestra, aunque algo adulterada hoy, aún es digna, y un americano no puede consentir que en su presencia se infame á una compatriota suya; si les parece bien, hablemos de otra cosa..

Los murmuradores se disculparon algo confusos, pero en breve se despidieron, calificando á Nicolás, segun juicio de sus sapientísimas personas, de pedante y necio.

Este, entre tanto, apuntando en su car-

tera las señas de Salazar, se despedía de él algo friamente, para ir á reunirse con Teodosia, llevando en el alma la amargura de los celos.

CAPÍTULO V.

Hay situaciones perfectamente desconocidas para los seres vulgares, y que constituyen la más horrible de las pruebas para los espíritus superiores.

Una y otra decepcion, una y otra amargura, van formando alrededor del alma algo semejante al vacío, que limita nuestra vida, que nos incomunica con el mundo exterior, que nos asfixia lentamente. En medio de esta angustia, una ráfaga de aire puro y vivificante llega á nosotros y la aspiramos, la devoramos con la sed ansiosa del que se siente morir, y la vida vuelve á circular con su rica sávia de fuego desde el corazon al cerebro, y esperamos y confiamos en el porvenir.

Pero la ráfaga se vicia, se enrarece, se extingue, y la muerte marca de nuevo su silueta maldita ante el desgraciado que respiraba el último átomo, el soplo postrero de la esperanza.

Nicolás Salcedo y Solís sentía confusamente brotar en su pensamiento la idea de morir.

Era una idea vaga, leve, pero insistente como la fatalidad.

El vacío surgía ante él, siempre el vacío.

Si adoraba á su hija, la niña moría herida por una mano desconocida.

Si consagraba su vida á una idea, se le demostraba errónea.

Si creía amar á una mujer, la mujer huía, se perdía para él, y el eco de la calumnia llegaba á sus oídos, como una burla sangrienta.

La vida, como todo, tiene un valor relativo.

Cuando no la llenan las afecciones ni los deberes, sólo puede hacerla soportable la idea de Dios.

Cuando llegó al lado de Teodosia, su aspecto era tan sombrío, que la pobre niña se asustó.

Quiso preguntarle, pero la palidez aterradora de Solís, su silencio glacial, y algo de feroz, de ansioso, que había en su mirada, la dieron miedo.

Nicolás pasó casi sin verla, junto á la bella niña, y fué á encerrarse en su cuarto.

Difícil sería decir si pensaba en algo, y mucho más analizar lo que pensaba.

Hay situaciones que no tienen pensamiento.

Veía confusamente á su hija muerta; veía otra hermosa mujer que se alejaba; su patria desgarrada, su hacienda perdida, sus compañeros execrándole por su abandono, sentía oleadas de fuego invadir su cabeza, y frío de muerte circular por sus venas.

La idea de morir, de acabar de una vez, de romper las nieblas de aquel caos, surgió de la sombra como una chispa de luz. y rápido y nervioso se precipitó sobre el revólver cargado que había dejado sobre una mesa.

Una sonrisa entreabrió sus labios; su frente se iluminó: se rió de sus angustias pasadas, como se ríe un niño en plena luz del miedo de la sombra, y al apoyar sobre su sien el cañon del revólver, una sensación de alegría, de felicidad insensata le hizo prorumpir en una carcajada nerviosa y sonora, que resonó como un chasquido de algo que se hubiese roto en su pensamiento.

El eco de su propia risa pareció despertarle, como si hubiese estado sonámbulo, que el dolor tiene esas alucinaciones, y su

brazo cayó sin haber disparado, volviendo su frente á cubrirse de sombras.

—Imposible—murmuró con desaliento, —imposible abandonar á esa pobre niña, sola, sin recursos, sin parientes... no, sería una cobardía... despues ¡ah! despues...

Y á la sólo esperanza de que llegase un dia en que acabara todo, sonreía como si viese á lo léjos la imágen de su felicidad.

Como si tuviese miedo de sí mismo, llamó á Teodosia.

La niña al llegar se detuvo en la puerta: parecia triste y preocupada.

—¿Qué tienes?—la dijo Nicolás tomando su mano con expresion de ternura.—¿Parece que has llorado?

Teodosia guardó silencio.

—¿No quieres decirme por qué estas triste?—insistió Nicolás.

—No lo sé—contestó la niña; —pero cuando te he visto salir hoy, he pensado que no volveria á verte, y mi corazon se ha oprimido de tal modo que he creido morir.

—¿Por qué esa idea?—dijo con incierta voz Nicolás, que ante la pena de Teodosia parecia avergonzarse de su anterior pensamiento.

—No lo sé; pero lo he creído.

—No vuelvas, pues, á creerlo: yo no puedo abandonarte, aunque quisiera, ¿entiendes? Aunque lo quisiera no podría, porque mi honor es ántes que mi voluntad.

Teodosia guardó silencio, pero sus lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Y bien; ¿por qué lloras?

—No lloro...

—Y esas lágrimas...

—Perdóname, no puedo contenerlas; yo no podría vivir sin tí.

Una explosion de sollozos interrumpió á la niña.

Nicolás se estremeció de una manera poderosa.

Lentamente asió las manos de la dulce cubana, la atrajo á sí, besó de una manera purísima su frente y la dijo:

—No llores más; nunca te separarás de mí, yo te lo juro; pero no estés triste: aleja con tu alegría las sombras de mi alma y no las condenses con tu pena.

Teodosia se sonrió á través de sus lágrimas, como brilla un rayo de sol á través de la lluvia, y estrechó la mano de Solís.

—Gracias—murmuró.

—Pero es preciso—dijo procurando son-

reir Nicolás—que mi hijita me anime, que me consuele, que disipe las tristezas de mi vida.

—¡Oh, sí! ¡Verás como yo tengo alegría para los dos!

Y con la inocencia de un niño sencillo y tierno, rodeó con sus brazos el cuello de Nicolás y apoyó la cabeza en su hombro.

Nicolás se estremeció: el tibio aliento de Teodosia, al envolver su frente, le produjo una especie de vértigo.

La niña sonreía.

—Seré muy buena—murmuraba,—no lloraré nunca, y estaré contenta; pero no me dejes sola; tengo miedo aquí...

—Está bien: mi hijita vendrá conmigo á todas partes...

Y estrechándola contra su pecho la separó de sí dulcemente.

En aquel momento llamaron á la puerta.

—¡Un parte!—dijo una voz gutural.

—Nicolás dió un salto hácia él, y lo arrebató, más bien que lo tomó.

La imagen de Clara, disculpándose y explicando su ausencia, pasó ante sus ojos por un instante, pero al romper el sobre su frente se oscureció. Acababa de leer el nombre del médico que habia curado á Teodosia, el

cual quedó encargado por Nicolás de buscar á Luisa, y al que dejó las señas con que podía dirigirse á él en Madrid en caso necesario.

El medio empleado demostraba lo urgente del caso. El telégrama, puesto en la Habana, decia así:

«Negra Luisa en mi poder; espero órdenes.—Fernandez de Córdoba.»

Nicolás pensó entónces en que Dios, siempre justo, habia hecho caer por algo de su mano el arma del suicida.

CAPÍTULO VI.

Clara, convaleciente apénas de su indisposicion, habia vuelto á Madrid.

Tenia la seguridad de haber sido engañada por Solís, olvidada por el hombre que de tal modo la habia impresionado, despertando en su alma la idea nueva, el recuerdo de un bello sueño de su juventud, lo real de lo desconocido.

Altiva y digna, no pensó ni por un momento en esclarecer aquel misterio, que para su orgullo no lo era, pues creia, como se cree siempre aquello que se teme, haber visto la realidad palpable y clara, y toda duda la hubiese parecido una humillacion.

Aceptando su dolor como se acepta el destino, procuró olvidar aquella ardiente ilusion de sus sentidos, dominarla, vencerla, y como para el sér de voluntad enérgica, querer es poder, logró hacer de aquel

recuerdo una vaga sombra de un deseo, apenas acariciado cuando ya desvanecido, y á sus tristes desencantos unió el insoportable de la fe perdida para el sentimiento, que cae sobre el entusiasmo y la esperanza como el hielo sobre las flores.

La forma, la manera extraña con que habia recibido, ó creído recibir, aquel desengaño, se prestaba á que fuesen más decisivos sus resultados; una mujer puede perdonarlo todo al hombre á quien ama, excepto que ame él, ó parezca amar á otra; para esa ofensa no hay perdón.

Y cuando el amor es más bien una creación de la fantasía que una necesidad del corazón; cuando no tiene otros recuerdos que las ilusiones, que una frase apasionada, un pensamiento bello ó una esperanza ilusoria hizo nacer, entónces pasa definitivamente bajo el poder de la voluntad, que pese á nuestros idealismos, lo que sólo vive en nuestro pensamiento tiene una vida efímera y breve, semejante á esa planta del *aire* que vive enlazada á las ramas de los árboles americanos, y que se rompe al pasar la ráfaga de viento.

La aparición de Clara fué un verdadero acontecimiento en el aristocrático círculo

que concurre á los paseos, que llena los teatros y dá animacion á las fiestas.

La americana, más bella que nunca, por esa especie de sombra que la tristeza del alma esparce sobre las facciones, causó una viva impresion.

Las mujeres decian que podia muy bien no haber vuelto: los hombres celebraban su llegada, haciendo maliciosos cálculos de su misteriosa y repentina desaparicion.

Pero el que más parecia preocuparse de ello era Manuel Salazar, que se iba empeñando insensiblemente en cuanto á Clara atañia.

La bella americana parecia grandemente contrariada de los homenajes del marino.

Sucede á veces que cuando un hombre no es simpático á una mujer, su insistencia por conseguir su afecto cambia la indiferencia en odio.

Y Clara desesperada, llevando en el pensamiento el recuerdo de Nicolás, como la insistente sombra de un sueño penoso, unia á la indiferencia que por él sentia, el fastidio, el hastío que cada dia más su presencia le inspiraba.

En esta disposicion de espíritu, habia dado órden de no recibir á nadie, y sola en

su gabinete miraba distraida unas flores, cuando su doncella le avisó que un caballero deseaba verla.

—He dicho que no estoy para nadie....

—Dispénsame la señora, pero ha insistido tanto, parece tan contrariado de no verla, que no me he atrevido...

—¿Ha dicho su nombre?...

—No señora, me parece americano.

—En fin, no me dejarán descansar.... que pase...

Nicolás Solís, á quien una conversacion oida en el café habia hecho saber la vuelta de Clara, apareció en la puerta.

En la imposibilidad de marchar á la Habana en los ocho dias que faltaban para la fecha que tienen designada los vapores-correos á su salida, quiso utilizar ese tiempo cobrando unas letras que sobre Madrid traia y que constituian toda su fortuna, y dejando á Teodosia en un colegio hasta su vuelta, pues de ningun modo queria exponer la salud, todavia débil, de la hermosa niña, á los azares de un nuevo viaje.

En uno de sus encuentros con Manuel Salazar, oyó casualmente hablar de la vuelta de Clara á Madrid, y decidió resueltamente ir á verla.

Puesto que él había dejado de escribirla, era natural que la explicase su silencio y resolviese en definitiva ante las decisiones de Clara.

Para caracteres como el de Solís, la duda es insoportable, y prefieren la seguridad del dolor á la incertidumbre de la esperanza.

Al aparecer Clara quedó inmóvil en el dintel de la puerta que unia el salón al gabinete; su mirada absorta, asombrada, estaba fija en Nicolás, que de pié, con el sombrero en la mano, la frente inclinada y agitados los labios por un estremecimiento nervioso, la esperaba.

Al verla, dió un paso hácia ella y se detuvo de nuevo.

—¡Clara!—murmuró.

—¡Ah!...—exclamó ésta buscando apoyo para no caer.—¡Vd. aquí!...

—¡Clara!...—volvió á decir Nicolás profundamente conmovido.

Clara hizo un esfuerzo: adelantó, rígida, altiva, con la mirada fija, pálida como una muerta.

—¿Qué me quereis?—preguntó con la voz opaca, fría, con la voz que tendria un cadáver si los cadáveres hablaran.

—¡Oh, Clara! No era esa pregunta la que yo esperaba de tí...—dijo con amargo desaliento Nicolás.—¿No me conoces?

Clara se dejó caer en un sillón incapaz de sostenerse: temblaba de una manera poderosa.

Nicolás tomó asiento á su lado.

—¿Estás ofendida, Clara, por mi silencio? Yo te lo explicaré, pero ántes, díme, ¿dónde has estado en estos últimos días?

—No soy yo la que debe ser interrogada—dijo Clara con altivez.

—Es verdad, soy yo, y adelantándome á tus preguntas voy á decírtelo todo.

—Está bien...

Nicolás contó á Clara cuanto le habia ocurrido desde que la escribió su última carta. Su relato sóbrio de detalles, severo y claro como lo es todo aquello que refleja la verdad, conmovió profundamente á ésta.

—¿Es decir—preguntó,—que al desembarcar en Cádiz no estabas solo?

—No: me acompañaba Teodosia; la niña de quien te he hablado.

—Y bien, perdóname, yo creia... Te habia visto con una mujer...

—¡Cómo! ¡Tú! ¿Dónde?

—En Cádiz. Yo fuí á esperarte...

—¡Tú!... ¿Cómo sabías?...

—Cuando tus cartas me faltaron, cuando el telégrafo anunció tu desaparición, yo, desesperada, envié un antiguo servidor mio, que me siguió desde Cuba con su esposa y que me guarda una adhesión sin límites por algunos favores que le he hecho; le envié, decía, en tu busca, y por un telégrama suyo supe tu salida para la Península. Te esperé en Cádiz, te ví desembarcar con esa niña, la creí una mujer, y me expliqué por un nuevo amor tu silencio... No quise verte; estuve enferma, y no esperaba ya nada de tí...

—¡Oh, Clara mía!

—He conocido que habíamos soñado, que era una ilusión imposible la que acariciábamos.

—No despertemos por completo si era un sueño, Clara; dejemos que en el oscuro cielo de nuestra vida luzca una estrella...

—¿Puede una estrella iluminar la noche?

—Puede guiar en la oscuridad... Yo siento en el alma como una brisa fresca y pura que me reanima, que me vivifica al verte, al oírte, Clara... Mis sueños son mi vida, déjame soñar.

—Y esa niña, ¿dónde está?—preguntó

Clara con algo de recelo acaso, ó por huir de la emocion que sentia oyendo el apasionado acento de Nicolás.

—¡Ah! me despiertas recordándome un deber—dijo éste tristemente;—esa niña está conmigo, pero debo dejarla en breve, y en verdad no sé cómo hacerlo.

Y Nicolás contó á Clara que debia volver á Cuba para ver á Luisa, la negra encargada de la custodia de su hija, que habia encontrado junto á Teodosia y que habia desaparecido en aquella horrible noche.

—Siempre esa idea de venganza—dijo Clara tristemente;—perdona al criminal; su castigo no ha de darte la dicha.

—¡Jamás! No hablemos de ello; cada hora que pasa sin volar á Cuba, obligar á Luisa á que hable, buscar al asesino, á sus hijos, á sus deudos, y cebarme en su dolor y sus lágrimas, me parece un siglo de condenacion.

—¿Y qué piensas hacer?

—Buscar un colegio donde quede Teodosia; sólo á mí tiene en el mundo y no puedo abandonarla: como te he dicho, ha estado muy enferma, el cambio de clima la ha hecho bien, pero aún está delicada,

seria peligroso llevarla de nuevo á la Habana.

—¿Volverás tú á Madrid?

—¡Oh, sí! Definitivamente: no quiero vivir donde murió mi hija, donde tú no has podido estar; volveré para consagrarte mi amistad incondicional y para velar por Teodosia.

—Te esperaré, pues, y para que seamos dos á desear tu vuelta, tráeme á Teodosia conmigo...

—¡Oh, Clara!... ¡Qué noble corazón!... ¿Es verdad lo que he oído; tú te encargas de la pobre niña?

—Sí: la serviré de madre, ya que ha perdido la suya; la prestaré amparo y la enseñaré á bendecirte...

—Y yo te bendigo á tí desde el fondo de mi alma por tu caridad!... ¡Tú no sabes cuán buena, cuán inteligente y pura es esa niña! Parece que en su corazón se encierran todas las virtudes, como en su pensamiento todas las delicadezas...

—Vamos por ella,—dijo Clara levantándose con ímpetu.

—Acaso seria mejor que yo la preparase....

—No—dijo Clara con impaciencia,—no

debe prevenírsela, sino sorprenderla...

—Sea como tú quieras... Vamos.

Clara llamó, pidió el coche, y fué á ponerse un abrigo y un sombrero.

Nicolás parecía aturdido: aquel desenlace inesperado era para él tan grato, que la emocion le embargaba.

Cuando Clara volvió, aún no se daba él cuenta de lo que le sucedía.

—Vamos—dijo la americana, que sencillamente vestida de negro se dirigió hácia la puerta.

Nicolás la siguió en silencio, le ofreció el brazo para salir, y se dejó guiar por ella hasta la berlina, en que entró dando al cochero el nombre del *Hotel*.

—¡Oh! Clara—dijo,—no sabia yo cuánto valias; creo que ahora es cuando realmente voy á enamorarme de tí...

Clara nada contestó: el coche seguía rodando rápidamente y Clara miraba distraída los transeúntes que llenaban las aceras, cuando uno de éstos, al mirar á Clara y al ver á Solís en su compañía, lanzó una exclamacion de sorpresa.

Clara, á su vez, hizo un movimiento de disgusto.

—¿Qué es eso?—preguntó Solís.

—He visto á una persona que no me es grata, y siento que me viese.

Solís miró á su vez.

Léjos ya, pues el coche rodaba rápidamente, vió á Manuel Salazar inmóvil, y mirando hácia la berlina.

—¿Salazar?...

—Sí: ¿le conoces?

—Un poco, pero lo bastante para saber lo que vale...

—Es uno de tantos... inofensivo...

—No lo creas.

—¿Por qué?...

—Porque si lo es de léjos, como las víboras, envenena cuando muerde.

Clara hizo un movimiento de indiferencia.

—Su amistad no te conviene—dijo Nicolás.

—No es mi amigo.

—El lo asegura.

—Miente, ó se engaña...

—A tí, como á todas, te calumnia miserablemente.

—¿A mí?—preguntó Clara palideciendo;—yo no doy motivo...

El coche se detuvo en aquel momento.

Nicolás saltó á tierra, dió la mano á Clara y dijo:

—¡Qué importa! La envidia rinde también á su manera sus homenajes al mérito.

Subieron, y Nicolás llamó.

Teodosia abrió la puerta, y al ver una señora que le era desconocida, retrocedió tímidamente.

—Hija mia—dijo Nicolás tomando su mano;—tengo necesidad absoluta de volver á Cuba; como el estado de tu salud haria peligroso para tí un nuevo viaje, he decidido dejarte en Madrid: habia pensado en un colegio; pero esta señora que es mi mejor amiga, y que te ama por ser americana como tú, me ha hecho el honor de ofrecermé para tí su proteccion y su casa; yo he aceptado, y espero que serás digna de sus bondades.

Teodosia guardó silencio; pero las lágrimas rodaron por sus mejillas pálidas como las gotas de rocío por las hojas de una azucena.

Clara adelantó y la tomó la mano, que Nicolás acababa de abandonar, y que aún conservaba el calor de aquella cariñosa presion.

—Yo espero que ha de amarme esta hermosa niña como yo la amo ya.

La atrajo hácia sí al decir estas palabras y la besó en la frente.

—Pero yo puedo volver á Cuba tambien —murmuró Teodosia,—ya estoy fuerte...

—Imposible, hija mia—dijo Solís.

—¿Acaso le desagrada el quedar conmigo?—preguntó Clara.

—No señora, gracias—dijo confusa la niña,—pero yo...

—Tú la amarás, hija mia, muy en breve; tiene un corazon de oro, y un alma tan semejante á la tuya, que no tardarán en unirse,—dijo Nicolás en voz baja á Teodosia.

La niña miró á Clara tímidamente, y halló la mirada límpida y serena de la americana, que parecia sonreirla; vió la expresion de simpatía, de amor, de ternura, de aquel hermoso rostro, pálido tambien por el sufrimiento, y sintió una atraccion irresistible que hacian más fuerte su edad y su candor.

De una manera inconsciente, como si obedeciese á un magnetismo extraño, se fué acercando á Clara, tomó su mano y la besó.

—Me quedaré—dijo.

Clara abrazó á la niña.

—Gracias—dijo Nicolás;—no sabes qué dicha me das con tu docilidad á mis deseos.

—Yo te aseguro—dijo Clara conmovida,—que en mí tendrás una madre. ¡Vamos, pues!

CAPITULO VII.

El general Salazar se decidió á tener una conferencia con su hijo.

El bravo soldado que no sabia mentir, ni entendia más diplomacias que las de Alejandro, es decir, cortar lo que fácilmente no se desata, estaba muy contrariado de la indiferencia de su hijo para con Elena, aquella dulce criatura, buena, sencilla, inofensiva como una paloma, que alegraba el triste y solitario hogar en donde se la habia amparado, como perfuma una rosa el vaso en que se la conserva.

Impetuoso y vehemente, pues los años no habian podido apagar el ardor de su sangre, el general se preguntaba si no era indigna de él aquella farsa que habia aceptado como un medio de inclinar á su hijo á satisfacer sus deseos, haciéndole entrar en el del fruto prohibido.

La conducta de Manuel por otra parte, le dejaba mucho que desear.

Superficial, perezoso, inconstante, sin llegar á cometer faltas de que pudiera acusársele en desdoro de su buen nombre, no realizaba tampoco actos que le ilustrasen y esclareciesen. Era lo que son la generalidad de los hombres, y nada más; pero su padre que, alucinado por su cariño, le habia creído un sér superior, sufría una decepcion desconsoladora.

En este dia Manuel parecia pensativo y preocupado, cuando su padre, que le observaba con cuidado, le anunció solemnemente que deseaba hablarle.

Lo siguió distraído, y se dispuso á escuchar indiferentemente el sermon paternal, caso que lo fuese, pero con gran sorpresa suya oyó á su padre pronunciar el nombre de Elena.

—Sí—decía el general con voz conmovida,—es fuerza ocuparse de la pobre niña, sola en el mundo; porque yo pudiera morir, y entónces quedaria abandonada.

—Pero, ¿no vas tú á casarte con ella? ¿No tienes formado el proyecto de darla tu nombre?

—Sí, en verdad, esa fué mi primera idea; pero despues confieso que he reflexionado en tus palabras, y al veros al uno al lado

del otro, casi me habia permitido modificar mi plan.

—¿Qué quieres decir?—preguntó alarmado Manuel.

—Que lo que en mí seria extraño, en tí resultaria natural y lógico.

—No comprendo...

—Si fueses tú y no yo quien se casara con ella...

Manuel se levantó de un salto.

—Padre mio, sin duda te chanceas... yo casarme con una bonita muñeca blanca y rubia, que no sabe hacer otra cosa que suspirar y aburrirse... ¡Bonito negocio!...

—No es un negocio lo que te propongo, sino una buena obra: tú sabes cómo vino Elena al lado mio: sabes que no debo abandonarla, y debieras ayudarme en mi empeño: además, tú exageras; Elena es tímida, pero inteligente y buena; dále á esa niña una posicion propia, pues nada afirma tanto un carácter como la seguridad de la vida; dále algunos años de trato social y tendrás una mujer perfecta, puesto que está muy bien educada y tiene nobilísimos sentimientos.

—Ni lo dudo, ni lo niego; pero tú no me negarás tampoco que á mí esa circuns-

tancia no me interesa bajo ningun concepto. Puesto que esa niña te interesa á tí, estoy dispuesto á darle cuanto tenga, cuanto gane; pero ¡pardiez! deja que me reserve mi corazon y mi libertad, que yo tambien debo interesarte algo.

—Me interesas sobre todo en el mundo, y por eso quisiera ver asegurada tu felicidad.

—Gracias, no creas que no la tengo así: los marinos, en tanto que cumplimos los deberes de nuestra carrera, no debemos casarnos, porque, no dejando en tierra nuestras afecciones, el mar se nos hace ménos triste y más fácil el morir en él.

—Tambien al volver á tierra gusta encontrar el caliente nido de la familia.

—En tanto que tenga el tuyo no desearé otro, y despues, si algun dia me faltas tú, con no venir á tierra no tendré que sentir el no hallarlo; pero dime, ¿por qué me propones hoy á mí lo que para tí habias decidido? ¿Qué manía casamentera te ha dado que pareces una *suegra en ciernes*, y perdona el símil, buscando novio á toda costa para su hija?

—No es manía, es afan de cumplir un deber... Tu oposicion á mi primera idea me

ha hecho formar la segunda: pero ya que te niegas á realizarla será preciso...

—¿Qué?

—Que cumpla la primera.

—Como gustes.

—¿Ya no te opones?

—No: he reflexionado que en mi ausencia tu soledad es grande; que esa niña puede acompañarte y cuidarte... á ménos que no prefieras otra solucion...

—¿Cual?

—Casarla con Fernandito Alvarez, que está enamorado de ella.

—Jamás.

—Es jóven, tiene una mediana posicion y es de buena familia.

—Es decir, pertenece á la clase de vagos autorizados para serlo; que luciria á su mujer un mes en los paseos y salones, para no volver á ocuparse de ella, para dejarla expuesta á todas las seducciones, para hacerla apurar la humillacion y el sufrimiento, para arruinarse estúpidamente y arrojar la miseria sobre los suyos, sin más esperanza que el insignificante destinillo que por caridad arranca su familia á un amigo político... Jamás, te lo repito; para asegurar de ese modo su porvenir, la se-

ñalaria mejor una pequeña asignacion y me resignaria á dejarla sola.

—Tú exageras, padre mio; Fernando vale poco, moralmente considerado, pero puede ser un buen esposo.

—Para nada se necesitan más prendas morales que para jefe de una familia: casar á Elena con Fernando seria aún peor que arrojarla á la calle; pues así como hay árboles que ni dan fruto ni dan sombra, hay séres que ni sirven ni acompañan... Sólo á un hombre de corazon y de talento entregaria yo esta pobre niña... ¿Sabes de alguno que reúna estas condiciones y lo desee?

—No.

—Pues entónces, no pudiendo casarla contigo, queda resuelto definitivamente que será mi esposa.

—Como quieras; te confieso que despues de conocerla encuentro el plan más aceptable que ántes.

—Me alegro, pues así tu oposicion no me hará vacilar: está dicho: no hablemos más de ello.

—Perfectamente; y ahora, dime, si lo sabes: ¿quién es una jóven que acompaña á esa americana amiga tuya?...

—No sé de quién hablas...

—De Clara...

—¡Ah!... ¡sí!... pero no sé decirte...

—Es una joven pálida, bellísima, rubia...

—No lo sé.

—Hace dias dejó Clara á Madrid, y al volver la acompaña esa niña... deseaba saber si era su hija...

—Es posible, puesto que es viuda: pero no he oído nunca que tuviera hijos...

—Pudiera haberla tenido en algun colegio... y una vez educada, traerla consigo.

—Acaso...

—De todos modos, la aparicion de esa niña es un misterio, y yo quisiera saber...

—Hijo mio—dijo el general levantándose y poniendo término á la conversacion,—por regla general, uno no debe empeñarse en saber más que aquello que directamente le interesa, porque ocupar la vida en asuntos ajenos, á más de pueril, es nécio é indigno de quien para algo más útil puede servir.

CAPITULO VIII.

Debemos al lector explicaciones de varios de los sucesos que forman esta novela. En el deseo de ir dando cuenta de los acontecimientos más importantes de ella, hemos ido dejando aparte la explicacion de los hechos anteriores, que habian de hacer más comprensibles aquellos de que tratamos.

Al adelantar en el desarrollo de los sucesos la aclaracion se hace precisa.

Nicolás Salcedo y Solís, como él mismo nos ha dicho, habia sido muy desgraciado en todas sus afecciones. Rico, inteligente, apasionado, habia ido dejando en su camino, como deja el cordero las bedijas de su blanca lana entre las zarzás por donde pasa, las idealidades de su entusiasmo, deshechas bajo el desencanto.

Es una consecuencia triste, pero segura, de esas exaltaciones imposibles en la vida real.

Buscar lo infinito para encerrarlo en lo

mortal, es una empresa más inútil que la del niño que con una concha queria dejar vacío el lecho del mar de sus aguas.

Pero no damos un consejo ni una leccion; describimos únicamente sucesos, y es preciso presentar á nuestros personajes con sus méritos y defectos, para que de sus actos, y no de nuestras palabras, se desprenda el ejemplo y la enseñanza.

Contaba apénas Nicolás veinte años, cuando la casualidad le hizo conocer á una mujer, niña aún, de singular belleza y de humilde clase.

Para imaginaciones como la suya, enfermas podriamos llamarlas, pues todo lo anormal es una alteracion de las leyes de la vida, no hay término medio.

Sus deseos son necesidades, y necesidades urgentísimas, inevitables, ineludibles, y que á toda costa satisfacen.

Caridad, que así se llamaba la jóven, cosia en una tienda de modas de la Habana, sosteniendo á su madre con su pequeño sueldo y viviendo entre privaciones materiales, pero sin ambiciones ni necesidades, y por lo tanto contenta.

Su hermoso rostro, su lindo talle, su voz dulcísima, hacian que la costurera fijase

más de una vez la atención de los indolentes americanos, y que alguno la siguiese con insistencia á lo lejos, lo cual agradaba mucho á la coqueta jóven, que tenia una idea exagerada de sus prendas personales.

Nicolás, fascinado con la belleza de Caridad, la siguió tambien, la habló de amor, la prometió fortuna, galas, adoracion, y la costurerita oyó con agrado en boca de un hombre, lo que acaso habia creído escuchar en sus locos sueños de vanidad.

Su limitada educacion, su vida vulgar y prosáica, no le permitian apreciar la poesía ardorosa de las frases de Nicolás, ni lo apasionado y vago de sus promesas.

Puede ser que fascinada por ellas, no pudiese tampoco su razon darse cuenta de lo que sentia; pero sea de ello lo que fuere, sucedió que un dia su madre la esperó en vano.

Tan agriamente y con tal frecuencia la reñia, que no se alarmó, creyendo que para molestarla retrasaba su vuelta; pero cuando vió que ésta se prolongaba, fué á buscarla á la tienda que la daba trabajo, y supo allí que Caridad no habia vuelto desde el dia anterior.

Su desesperacion, su ira, su dolor, acaso

fué grande; pero en vano recurrió á cuantos medios pueden hacer que se recobre una cosa perdida. Caridad pasó como una gota de agua que cae en el mar.

Nicolás Solís habia sabido ocultarla bien: en el fondo de esos mágicos bosques de una naturaleza vírgen y exuberante de vida, tenia una linda finca de recreo, y allí llevó á Caridad para esconderla de todas las miradas.

Su amor era un idilio eterno, pero tan exclusivo, tan celoso, tan exigente, que la pobre muchacha, que nada sabia de las pasiones, se fastidiaba profundamente en aquella soledad brillante, y con aquel hombre que, ora le parecia un loco, ya se le asemejaba á un niño.

Habia cedido á un movimiento de ansiedad, de ira contra su suerte; pero estaba bien castigada y muy arrepentida de aquella culpable determinacion.

Se acordaba de su madre constantemente; de su libertad, de los admiradores que su belleza tenia, y sentia unos vehementes deseos de abandonar aquel desierto florido y aquel amante egoísta, para volver á su antigua vida.

Su impaciencia, su cansancio, su frial-

dad, desesperaban á Nicolás, que no comprendia cómo se podia amar sin fiebre en la sangre y en el espíritu.

Caridad entretanto desfallecia: como una mariposa encerrada en una caja de cristal destroza sus alas para hallar la salida y volar en aquella luz que la atrae, Caridad perdía su belleza y sus encantos al luchar contra la fuerza que allí la retenia; pero la era aún más imposible que á la mariposa recobrar su libertad.

Nicolás comenzaba á comprender que Caridad sufria; que su belleza se empañaba, por decirlo así; pero un acontecimiento, ardientemente deseado por él, iba á tener lugar, y esto se lo explicaba todo. Caridad iba á ser madre.

El entusiasmo de Solís, que la frialdad, la vulgaridad de la mujer que vivia á su lado habia apagado algun tanto, se reanimó con esta esperanza. No hay un sér que no sienta un estremecimiento poderoso de alegría al saber que está reproducido en otro sér, que ya es, y que aún no existe.

Debemos decir, en honor de nuestro héroe, que pensó legalizar la posicion de Caridad casándose con ella, y dando su nombre á su hijo; pero las situaciones excep-

cionales crean dificultades materiales, insuperables á veces.

Nicolás habló de ello á Caridad, pero la idea que ésta tenia de la violencia de carácter de su madre, y el espanto que la producía el temor de tener que pasar toda su vida en aquella especie de esclavitud, mil veces más violenta que la de los desgraciados hijos de la raza africana, pues los celos vigilan mucho más que el interés, le hicieron presentar á Nicolás tantas dificultades y tantos peligros, que éste aplazó para después del fausto acontecimiento que esperaba, toda resolución.

Caridad dió á luz una hermosa niña que se llamó Clara.

Nicolás esperaba un hijo, un alma que él templase al calor de la suya, y una inteligencia que moldease á su placer, y recibió á la niña con alguna frialdad, si bien la encontraba encantadora.

Caridad la veía como un lazo que la sujetaba al destierro y al aislamiento, y se decía que pudiera haberse excusado el trabajo de nacer.

Casi siempre el culpable de un extravío mira al inocente fruto de su culpa, como á la culpa misma, sin pensar en lo odioso de esa injusticia.

Pasó algun tiempo, durante el cual el apasionado amor de Nicolás, cansado de luchar con la frialdad de Caridad, se fué concentrando en su hija, que era un tesoro de gracia y ternura.

Un dia que Solís volvía de caza, halló al negro Andrés, uno de sus más fieles servidores, y el único que sabía el secreto de los amores de su amo, acallando á la niña que lloraba desesperadamente.

Tomóla Nicolás en sus brazos, cerró con sus besos la pequeña boca que gemía, y preguntó por Caridad.

El negro le contestó confuso, que no sabía dónde estaba.

Clara, *Carita*, como él la llamaba, tenía apenas dos años, y sus palabras incoherentes no podían explicar lo que había sido de su madre.

Nicolás la buscó, pensando, más bien que en una traición en una desgracia; no podía creer, no lo comprendía siquiera, que una madre abandonase á su hija; pero sus pesquisas fueron inútiles.

Caridad se había perdido para él como antes se perdió para su madre.

La desesperación de Nicolás fué sombría y profunda; más que su amor se ofen-

dia su dignidad, su fe, su orgullo.

Aquella muchacha oscura, á la que él habia ofrecido el culto de su amor, rodeándola de comodidades y de atenciones, lo abandonaba, sin la menor explicacion, sin una palabra de disculpa.

Lentamente su memoria se fué borrando, extinguiendo por completo, como se borra un paisaje en la sombra.

Se puso una mujer al cuidado de la niña, y Nicolás se consagró á ella con toda la ardorosa exaltacion de su carácter.

La niña prometia una inteligencia brillante, una belleza excepcional, y Nicolás llegó á creer que habia sido una ventaja para la educacion y el porvenir de *Carita* la desaparicion de su madre.

Esta, entre tanto, cansada de soledad, de amor y de poesía, habia aprovechado para volar de su encierro la primera ocasion, el primer descuido de su carcelero.

Conociendo el sitio en que se encontraba y dueña de algun dinero que habia podido reunir, un dia que Nicolás salió de caza y Andrés fué al inmediato pueblo por provisiones, dejó á su hija dormida en la cuna, sin despedirse de ella, para no vacilar en su resolucion, y salió de prisa, como todo

el que huye, y vacilando como todo el que falta á un deber; pero Caridad no era mujer capaz de medir las consecuencias de esta falta: aburrida, hastiada, llena de ilusiones acerca de lo que pudiera ser su vida fuera de aquel desierto, pues su vanidad estaba aún más ciega acerca de sus encantos, al recordar el amor delirante que á Nicolás habia inspirado, teniendo á éste un miedo tal, que no se atrevia nunca á formular en su presencia un deseo, pensó siempre en la ocasion de abandonarle, y su hija no fué obstáculo bastante para impedirlo, que en algunas naturalezas viciadas y débiles para el bien, todos los afectos son nulos.

Caridad habia tenido miedo á ser madre por segunda vez: su salud estaba alterada, y el temor de crear nuevos lazos que la uniesen más y más al hombre á quien no solo no amaba ya, sino que aborrecia, le dieron valor para arrostrar las consecuencias de su resolucion, que creia más peligrosa de lo que fué en realidad, pues Nicolás no la buscó, como ella se figuraba.

La agitacion que sentia, su malestar físico, pues realmente estaba en cinta de nuevo, la enfermaron, y débil, asustada,

sin saber á dónde ir ni de quién fiarse, ántes de agotar el dinero que llevaba, buscó á su madre en la Habana, la encontró, la ocultó como pudo á donde habia estado durante los tres años últimos, y reconciliada con ella la entregó el dinero que tenia, y se admiró de ver que ni la libertad es la dicha, ni á la dicha se llega buscándola, sino que ella nos alcanza si la sabemos esperar.

Se acordaba de su hija, pero el terror que la cólera de Nicolás la inspiraba, le hacian pensar en la niña, como si se hubiese muerto.

La calma material, si no moral, volvió á dar á su belleza aquella brillantez atractiva que hacia que todas las miradas se fijasen en ella. Su madre, tan interesada como débil, no la molestaba desde que habia vuelto *rica*, lo cual es una cualidad respetable para ciertas gentes.

Caridad comenzó á engalanarse, á brillar, á aturdirse, pero no era feliz; algo habia sobre su conciencia que lo ennegrecia todo: además, su molestia leve y lenta la inquietaba: si ella anunciaba á su madre su estado de embarazo, su situacion iba á ser insostenible.

Por aquel tiempo un marino tosco y rudo, pero leal y enérgico, conoció á Caridad y se enamoró de ella.

Habló á su madre acerca de esta pasion, y alentado por la anciana, propuso á Caridad que fuese su esposa.

Esta dudó: hay crímenes ante los cuales se detiene el pensamiento, por pervertido que esté el corazon del que ha de cometerlos.

Hacer á un hombre extraño proteger y amar al hijo de otro hombre, es tan horrible, que ni áun á mujeres como Caridad, colocadas en la fatal pendiente que arrastra hácia el abismo, puede ocurrírsele.

Su situacion, sin embargo, era difícil.

Su madre no podia darle amparo alguno, á Nicolás no podia buscarle, y cada dia que pasaba su posicion era más violenta, más dolorosa.

Recordaba con pena que á nadie podia culpar de su desgracia más que á sí misma, pues habia obrado segun su voluntad, y buscaba el medio de remediar el mal.

Débil, caprichosa, halagada por el amor del marino, que era un hombre de arrogante figura, si bien de escasa inteligencia, inclinada por su madre, cedió al fin y pro-

metió á su enamorado, que se llamaba Luis Herrera, ser su esposa.

Debía celebrarse pronto la boda, pues el vapor-correo en que el Herrera, que era hijo de Galicia, servia de piloto, salia de nuevo para la Península, una vez arregladas las averías que habia sufrido en su último viaje, y no habia tiempo que perder.

Era el último que Herrera pensaba hacer, pues tenia el proyecto de retirarse de la vida del mar, para vivir en su país con su esposa.

Realizóse el casamiento horas ántes de levar el vapor sus anclas para dejar el puerto de la Habana, pues celoso y desconfiado, Herrera queria dejar suya á la hermosa cubana; pero estas horas que habia querido consagrar á la felicidad, fueron para él de horrible desesperacion. Caridad le declaró friamente y sin compasion alguna que estaba en cinta, y que era preciso que el hijo que iba á nacer tuviese su nombre, aunque no tuviese su amor.

Herrera, desesperado, loco de dolor, dudó entre matar á Caridad ó declarar el engaño de que habia sido víctima; pero amaba á Caridad, le faltaba tiempo para tomar una decision, y salió sin decir una palabra, ni

de perdon ni de ódio, á la infame mujer que no habia tenido la abnegacion de declararle ántes la verdad, que acaso él hubiese perdonado, y creyéndola pura y sincera, cuando se habia unido á ella, sin desconfianza alguna, le heria con tan horrible desengaño.

Caridad quedó aterrada de su brusca partida; pero confiaba en el encanto de su hermosura, y creia que Herrera volvería más enamorado y más sumiso que nunca.

Herrera no volvió.

Caridad dió á luz á los siete meses de su casamiento, una niña que se llamó Teodosia y que vivió confiada casi por completo á su abuela Isabel, porque su madre abandonó de nuevo su casa y dejó á su segunda hija, como habia dejado á la primera.

Esta vez no huyó sola, pues en el mal como en el bien, dado el primer paso, los demás no son difíciles.

Su madre, mujer del pueblo, sin educacion ni inteligencia, pero de buenos sentimientos, á pesar de su carácter ágrío y duro, lamentó el abandono de su ingrata hija, y se consagró con esmero al cuidado de la pequeña niña, que creia hija de Herrera, y que esperaba poder entregar un dia á su

padre, cuya ausencia y absoluto silencio no se explicaba.

Y hé aquí que nada más podemos decir de estos personajes, pues muy en breve los acontecimientos dirán al lector cuanto por ahora ignoramos.

CAPÍTULO X.

Nicolás á Clara.

«Mil perdones, mi querida Clara, si no te he escrito ántes. Yo mismo no sé darme cuenta de lo que me sucede, yo mismo creería soñar si no tuviese tantos dolores horribles y punzantes para advertirme que vivo. La suerte es tan cruel con algunos seres que nada les perdona, ni la más leve esperanza, ni el afecto más sencillo.

Desisto de hablarte de mi viaje: la ansiedad, á nada comparable, con que yo volvía á Cuba, llenaba mi espíritu de sombras, tan negras, tan densas, que mi razon se envolvía en ellas, negándome su luz.

Iba á saber al fin á quién debía buscar y matar para vengar á mi hija; iba á descorderse el velo del misterio terrible que me habia lanzado á los bosques cubanos buscando la muerte.

Todas las facultades de mi sér estaban paralizadas por esa angustia suprema, y me parecia que el vapor no marchaba; que las olas, que rompian en su quilla las blancas espumas, eran murallas de hielo que lo aprisionaban; momentos habia en que me hubiese arrojado al mar creyendo llegar más pronto, tal era el estado de excitacion de mi espíritu.

Ví al fin dibujarse entre los abismos azules del mar y del cielo, la ondulante orla gris que forma el suelo americano, y seguramente que desde que fué descubierta esta querida tierra por los intrépidos navegantes españoles, no habrá vuelto á ser saludada su aparicion con tan delirante alegría.

Me esperaba el solo amigo que hoy tengo aquí: el médico que asistió á Teodosia cuando la salvé del incendio, y él me dijo estrechándome la mano bruscamente:

—Llega Vd. á tiempo, si tiene gran interés en hablar con Luisa, pues se está muriendo.

No sé lo que contesté, porque en el estado en que me hallaba de agitacion, de disgusto íntimo, de amargura inexplicable, ni yo mismo me daba cuenta de lo que pasaba por mí.

Lo seguí en silencio, y llegamos á su casa.

La habitacion en que estaba Luisa tenia esa media luz que se gradúa siempre para los enfermos graves, y para mi vista, deslumbrada por los esplendores del mar y del cielo, parecia una sombra impenetrable.

—¡Luz!—dije, como si se asfixiara mi pensamiento, cual sentia asfixiarse mis pulmones;—¡luz, doctor, necesito verla!

Abrió en silencio una ventana, y pude dirigirme al lecho donde inmóvil y casi rígida estaba la negra, horrible en su agonía.

—Habla—grité asiendo su mano,—habla ántes de que la muerte lo impida. ¿Quién mató á mi hija, quién mató á mi Clara?

—Amo mio; perdon, perdon...

—Habla...

El doctor se dirigió hácia la puerta.

—Quedáos por favor, amigo mio—le dije;—mi razon está tan alterada, que acaso no comprenda lo que me importa más que la vida, y necesite su auxilio.

El médico volvióse en silencio, administró un cordial á Luisa y quedó de pié á mi lado.

—Amo mio—murmuró Luisa,—voy á decirlo todo...

—La verdad, dí la verdad, rugí yo.

—La verdad diré, así Dios me atienda.

El médico me señaló con un ademán una silla y ocupó otra.

El silencio era imponente.

No se oía más que el angustioso respirar de Luisa.

—Había yo salido á buscar el jarro de leche que llevaba para la niña todos los días—comenzó Luisa incorporándose penosamente,—cuando me asaltó un hombre vestido de marinero, con luengas barbas negras, y la voz ronca y fuerte.

—Contéstame ó te mato—me dijo asiéndome bruscamente por una mano;—¿vive ahí Nicolás Salcedo?

—Ahí vive—contesté temblando de terror.

—¿Es tu amo?

—Sí.

—¿Y está ahora en la hacienda?

—No está—contesté cada vez más asustada,—ha salido.

—Es igual, vamos allá.

Me volví, seguida de aquel hombre, y sin saber qué hacer, pues me inspiraba un terror inmenso.

—¿Quieres ser libre y vivir, ó quieres

que te mate como á un perro?—me preguntó.

—Quiero vivir,—dije yo loca de espanto, libre ó no.

—Pues obedéceme en todo: ¿la hija de Nicolás está ahí?

—Sí—murmuré temblando;—pero no está sola.

—¿Quién hay con ella?

—Un negro anciano y un perro.

Lanzó una carcajada que parecía un rugido, y nada añadió.

La voz de Luisa al llegar aquí se hizo tan ronca que apenas se entendía.

—El nombre de ese infame,—grité yo creyendo que iba á morir.

El doctor me hizo una señal para que esperase; pulsó á Luisa, la hizo beber, y la dijo:

—Hablad despacio, no os fatigueis; hay tiempo.

Luisa continuó:

—Cuando apercibimos la casa, el hombre silbó, y otros varios aparecieron por entre los árboles.

—Esa es la casa—les dijo el marinero, —no hay en ella más que una niña, un viejo y un perro, porque esta mujer está

con nosotros. La niña es cuenta mía, el dinero es vuestro, esta mujer os guiará, hacéd callar al perro y al hombre, y podeis obrar con libertad pues no os necesito.

Ahora, nosotros, continuó: llévame á donde está la hija de tu amo.

Yo obedecí, señor, yertá de espanto.

La niña estaba medio dormida en la hamaca...

¡Oh, Clara! Imposible seria que yo quisiera explicarte el rugido de dolor que ahogaban mis labios, para no turbar el relato de aquella mujer que agonizaba; yo sentia como si una mano ruda golpease mi corazon, hasta ensangrentarlo, y ocultaba mis gemidos por temor de no saberlo todo.

—Vete—continuó Luisa,—me dijo aquel hombre, y dí á los muchachos dónde está el dinero.

Salí y oí los gritos de una lucha; ví á Andrés caer; ví arrojar al perro muerto por un balcon que se abria sobre un hondo barranco, y al grito de espanto que no pude contener, uno de los hombres que luchaban se vino á mí y me dijo:

—¡El dinero!...

—Allí está,—grité yo más estremecida aún porque acababa de oir un gemido de Clara.

Mi dolor era tan agudo, tan sin igual, oyendo á Luisa, que el doctor, asustado de la expresion de mi rostro, hubo de hacerme beber un sorbo de agua.

—Tranquilizaos—me dijo—en lo posible.

Estreché su mano convulsivamente, y seguí escuchando.

Luisa, entre tanto, limpiaba con angustia el helado sudor de su frente.

—Cuando llegué—continuó—la niña estaba muerta, y aquel hombre tenia un puñal en la mano.

—¡Oh! ¡Su nombre!—rugí yo.

—Dejadme acabar, señor—suplicó Luisa,—que me van faltando las fuerzas... Cuando llegué, decia, aquel hombre me dijo:

—Dí á Nicolás Salcedo que yo, Luis Herrera, el marido de Caridad, he matado á su hija, díselo.

—¡Ah! ¡Qué decís!—exclamé yo espantada.—¡Vais á dejarme aquí, vais á hacer que me mate! Me habiais prometido que seria libre!

Dudó él algunos instantes, y dijo:

—Es verdad; debo cumplir mi palabra; de ese modo sentirá mi venganza, sin saber de dónde viene: sígueme.

Le seguí á través de los árboles del bosque; llegamos á un tronco en el cual habia atado un caballo; lo desató, me subió en él, subió á su vez, arrancó á escape y vino á parar á las cercanías de la Habana.

Luisa se detuvo fatigada: yo sujetaba mis sienes con ambas manos como si fueran á estallar. El nombre de Luis Herrera me era desconocido; pero el de Caridad, la desgraciada criatura que yo habia amado, y que despues de darme una hija me abandonó, venia á confundirme más y más y á condensar, por decirlo así, las sombras del misterio.

¿Cómo y por qué aquella mujer que sólo me debia amor, me enviaba aquella horrible venganza, y cómo en vez de pedir al asesino mi vida le pedia la de su hija?

¡Imposible!

Y luégo habia dicho que era su marido; ¿no podia ser que ignorante de la falta de su esposa, al saberla quisiera vengar en el fruto de otros amores sus celos y su odio?

Esto era más creible; pero mi razon se confundia, y se confunde aún en un cáos, que necesita un rayo de luz suprema para esclarecerse.

El médico callaba, dominado por el hor-

ror de aquel relato y por el dolor desesperado que yo revelaba.

Luisa temblaba con una convulsion poderosa.

—Acaba, dije yo.

—Buscó en la Habana—siguió diciendo—á una mujer que se llamaba Isabel de Castro, y cuando llegó á su casa, la mujer que era ya anciana, se asustó al verlo.

—¿A qué vienes?—gritó:—¡ella no está aquí!

—Ya lo sé—dijo Herrera,—lo sé todo, y por eso vengo á traer á Vd. una mujer que cuidará de la niña.

—De tu hija—dijo la anciana,—abandonada por tí y por ella...

—Silencio—gritó él,—y no repita Vd. á nadie que esa niña es mi hija...

—¿Lo negarias, ingrato?—murmuró la anciana llorando.

—He dicho á Vd. que calle: esta mujer se queda aquí porque yo lo mando, y si usted se opone, me llevaré á la hija de Caridad.

—Oh, no—gritó la anciana que amaba á la niña—que se quede; no te la lleves!

Yo quedé al lado de la anciana, que sola conmigo y con su nieta, tenía un miedo horrible á Herrera.

—Pero esa niña—la interrumpí yo,— esa hija de Caridad ¿quién era?...

Luisa no sabia que Teodosia estaba en mi poder, y la creía desconocida para mí, y perdida ó muerta en el incendio.

—Era una niña—prosiguió—de unos diez años, hermosa como un ángel, dulce y buena, y que se parecia á Clara.

—¿Cómo se llama esa niña?—pregunté.

—Se llama Teodosia, como la madre de Herrera.

—¡Ah!—exclamé sin poder hablar, agobiado por el dolor y la desesperacion.

—Cuando Caridad, la madre de esa niña se casó, Herrera, que era marino, debia hacer un viaje, para el cual partió horas despues de casado: la niña nació de una manera prematura é inesperada: su abuela la hizo bautizar, y algunos meses despues era la única persona que protegía á la pobre niña, pues su padre no volvió, y su madre desapareció tambien.

Es imposible, Clara, que comprendas mi angustia: Teodosia, esa niña por quien yo todo lo he sacrificado, á quien yo he consagrado una ternura casi paternal, á la que he jurado proteger, es hija del asesino de mi Clara, y es á la vez hermana de mi

hija... ¡Oh, Dios mio, Dios mio!...

¿Por qué haces tan fácil, tan suave, tan ligera la vida de algunos seres, y agobias á otros con el peso horrible de insupportables tormentos?

Y es fuerza decírtelo todo: despréciame, si te parezco débil, y me crees cobarde por lo que voy á escribir: mi corazon se revuelve ensangrentado; yo sufro una agonía, una ansiedad devoradora; pero no puedo odiarla, no puedo vengar en ella, como lo desearia, el horrible dolor que ha destrozado mi vida, como destroza el rayo el árbol que hiere.

Para aclarar á tus ojos mi situacion, necesitaba contarte mi historia; perdóname, hoy no puedo; sabe tan sólo que engalanando á una mujer, casi una niña, con atractivos que no tenia, como engalana un fanático para darle culto la imagen profana con atributos divinos, amé á la madre de Teodosia con un amor carnal, pero profundo, como todas mis afecciones, y que esta mujer, que se negó, no sé por qué, á ser mi esposa, huyó de mi lado, sin que nunca volviese á tener la más leve noticia suya, hasta que su nombre ha llegado á mí por la voz de una moribunda y envuel-

to en una horrible venganza.

Pero aún no he acabado de sufrir; el misterio, más doloroso cada vez, continúa para mí.

Oye, pues, lo que aún me dijo Luisa:

—Algun tiempo habia pasado; la anciana Isabel se habia acostumbrado á mi compañía, y la niña, que me habia tomado cariño, me consolaba de mis tristes recuerdos, cuando un dia llegó un marinero con una carta para la abuela de Teodosia, y un paquete sellado y cerrado cuidadosamente.

—Acaba—murmuré yo con angustia, creyendo que allí habria algo que aclarase el misterio.

—La carta—siguió Luisa,—era de Herrera, y el marinero, al entregarla, nos dijo que poco ántes de morir le habia encargado traernos ambas cosas.

—¿Y qué decia?

—Está aquí, señor—dijo la negra haciendo un esfuerzo por sacar de una vieja y mugrienta cartera que ocultaba debajo de la almohada un papel cuidadosamente doblado.

Yo la tomé y leí, temblando de dolor y de ódio, lo siguiente:

«Señora Doña Isabel Castro.

»Voy á morir, y conviene que sepa usted
»por qué, con algunas otras cosas que pue-
»den ser útiles para alguien. Su hija Ca-
»ridad ya no existe; he tenido la felicidad
»de matarla al lado de su amante, el cual
»me ha herido á mí de una manera mor-
»tal, lo que le agradezco infinito, pues así
»saldamos cuentas en redondo.

»No hay para qué explicarle lo que pasó
»entre su hija y yo, pues hay cosas que no
»se explican nunca; pero á la hora de la
»muerte se me ocurre confusamente la
»idea de cumplir un deber, y sobre todo,
»de evitar los errores á que mi silencio
»pudiera dar lugar, por lo que escribo el
»adjunto pliego, que se entregará sellado
»y cerrado á la niña Teodosia, en cual-
»quiera de estas circunstancias: en la de
»su mayor edad; en la de pensar en con-
»traer matrimonio, ó en la de morir usted,
»su abuela y única persona de su familia
»que puede ampararla.

»Si la niña Teodosia muriera ántes de
»llegar á los casos que dejo previstos, ad-
»vierto á Vd. que puede abrir el pliego,
»tomar de él un talon del Banco de la Ha-
»bana, en el cual hay una cantidad que

»lego á Teodosia, y utilizarla; pero es mi
»deseo que los papeles escritos por mí, fir-
»mados y legalizados, se quemen, sin ser
»leídos, si ese caso llega, pues sólo Teodo-
»sia quiero que los conozca.

»Espero que así se hará, pues es mi vo-
»luntad expresa y terminante, y lo pido
»en cambio de lo mucho que esa mujer
»que ha muerto me ha hecho sufrir.

Luis Herrera.»

—¿Y ese pliego?—pregunté yo ansioso.

—Está ahí también—dijo Luisa,—in-
tacto y sagrado; la voluntad de Herrera
se ha cumplido, pero la niña ha muerto ó
se ha perdido.

—La niña está en mi poder y leerá esos
papeles; en su nombre te los pido.

—¡Ah, señor!—exclamó delirante:—¡La
niña en su poder! La va á matar; ojo por
ojo, diente por diente, la venganza de los
hombres...

—Esos papeles—grité yo imponente y
sombrió asiendo la mano de Luisa.

—¡Cielo santo!... ¡Aquí están!... ¡No la
mateis!... ¡No la mateis!...

Tomé el pliego con mano convulsa, y el
médico acudió á socorrer á Luisa, que pa-
recia desvanecida.

Algunas horas despues la negra Luisa espiraba, sin recobrar la razon, y yo quedaba sumido en una desesperacion más sombría, más terrible aún que ántes de encontrarla, porque mi venganza se me escapaba, y en vez del criminal que yo creia poder asir, para saciar mi ódio, ¡queda tan sólo entre mis manos una pobre niña inocente, que lleva su blanco ropaje manchado de sangre!...

No puedo continuar. Hasta mañana, Clara; perdóname el desórden con que escribo, es el de mi pensamiento.

Nicolás.»

CAPITULO X.

Nicolás á Clara.

Comprendo tu ansiedad, tu temor por mí, Clara; pues mi situacion es tan difícil, tan dolorosa, que interesaria, no ya á un ángel como tú, tan apasionada y tierna, sino al sér más endurecido y egoísta.

Mi sufrimiento en estos dias es una prueba de las que por su grandeza subliman al hombre, y estoy seguro de que si pudiera ser conocido del pueblo, de la multitud, de esa masa inteligente y entusiasta que se apasiona de todo lo grande, me convertiria en héroe, si bien de un dia, y me rodearia de admiracion exagerada.

He encanecido, Clara, en algunos dias, como María Antonieta de Francia encaneció en algunas horas.

El desaliento que me domina es tan grande, que no me explico por qué vivo, pues la vida necesita ser sostenida por el

espíritu y alimentada por la carne, y yo ni pienso, ni como, ni sufro, ni espero.

Mis sentidos se anulan por una paralización absoluta, una atrofia completa.

¡Oh Dios mío! ¡Dios mío!...

¿Por qué no vá la muerte á donde hace falta? ¿Por qué no cesa el movimiento mecánico de la sangre al cesar la voluntad de que se produzca?

¡Qué poca cosa es la voluntad del hombre, que ni siquiera puede hacer que la vida se suspenda ó se prolongue!

Hay en mí una calma que me sorprende.

La exaltación que producía en mí la idea de vengarme; el hervor de mi sangre, cuando pasaba rápida por mi pensamiento la imágen de un hombre hiriendo de muerte á mi hija, la crispación violenta y suprema de mis nervios á la probabilidad sola de encontrarle, me hacían creer que una fuerza sobrenatural me sostendría en el momento supremo; que el dolor, infiltrando en mi espíritu algo terrible, me haría superior á toda debilidad humana.

Pero hé aquí que me he engañado una vez más.

Esta masa estúpida de sangre y nervios de que el hombre se ufana, obedece á una

fuerza que se le impone, y cae cuando ésta desaparece, como el cadáver galvanizado cuando la máquina se retira.

Mi voluntad, mi razon, que habian de impulsar mi brazo para vengar mi espantoso recuerdo, dudan, vacilan, son cobardemente piadosas ante el objeto que debiera sufrir mi venganza.

En vano me excito yo mismo, renovando con crueldad el cuadro aterrador en cuyo fondo sangriento se agitaba mi hija; en vano miro su adorado cuerpo pidiendo valor para vengarla; mi energía se abate, se doblega, y en lugar de la idea de muerte que busco en el fondo de mis entrañas, surge la imágen de esa pobre niña, tranquila, riendo, tendiéndome los brazos con inocencia, y ofreciéndome su cariño como compensacion á mi generosidad.

Sí, Clara, sí, á tí te lo confieso, no puedo odiar á Teodosia: mi corazon no puede asociarla á su anatema por el asesino.

¡Oh, si éste viviera!...

¡Si pudiera saciar en él la sed de sufrimientos que vengo apurando!

Pero mi venganza se ha destruido, se ha deshecho, y ante esa débil niña, ante esa inocente criatura, me falta el valor.

(7)

Hay tambien un misterio en la existencia de esa niña que yo debo conocer.

El pliego escrito por Herrera, que cerrado y sellado puso en mis manos Luisa, es sin duda la revelacion del misterio, pero mi mano jamás romperá ese frágil papel, defensa inviolable del secreto.

Es preciso que lo lea Teodosia, es preciso que ella, por su voluntad, me haga conocer su contenido; pero ¿quién pone en manos de una niña, completamente pura, completamente ajena á los crímenes, á las miserias de la vida, una revelacion acaso vergonzosa, pues el fin desgraciado de sus padres justifica el temor de profanar al entregarle ese pliego la pureza de su alma?

Mil veces he tenido la intencion de arrojar ese papel hecho pedazos; de aceptar la idea de que Teodosia no es hija del asesino, y amarla como á un sér desamparado, adoptado por mi corazon. Pero una fuerza superior me detiene, es preciso que yo sepa el móvil que impulsó á Herrera á matar á mi Clara, y acaso en esa misteriosa declaracion se consigne.

¡Oh Clara! ¡Qué horrible es la lucha que sostienen mi corazon y mi conciencia!

¡Qué felicidad saber que todo ha de acabar por la muerte!

Si los desgraciados, si los que llevan sobre su frente el sello candente del dolor no tuviesen la esperanza de morir, ¿cómo tendrían el valor de avanzar en la espinosa senda de la vida?

Yo creía que no había un sufrimiento más grande que el que yo venía devorando, y hé aquí que había algo más terrible, más inmenso, más incontrastable.

Y bien; ¿qué debo hacer?

Yo te pregunto á tí, como me preguntaría á mí mismo, si mi razón pudiese comprender mi desvarío.

Pero mi razón es el caos donde sólo se percibe un rayo de luz: tu recuerdo.

Tú, cuya alma es tan pura, cuya razón es tan recta, cuyo corazón es tan tierno, díme lo que debo hacer.

La idea de ver á Teodosia ante mí, inocente, amante, confiada, me extremece.

¿Cómo abrirle mis brazos, cómo besar su frente, cómo escuchar su voz, sin que la imagen de su padre levantando el puñal sobre el seno virginal de mi Clara, abraza mis ojos y vierta ideas de muerte en mi pensamiento?

¿Y cómo abandonar al sér débil, tierno, sencillo, que en mí confía, que en mí espera, y que ignora, que debe ignorar siempre, la tempestad de ódio que ruje en mi corazón?

Compadéceme, Clara, porque esta lucha es superior á mis fuerzas.

Mi razon se perturba, y hay momentos en que me creo presa de una horrible pesadilla, de una fascinacion fatal, apoderada de mi cerebro para arrancar de él cuantos gérmenes de vida pudiesen brotar al calor de mis sentimientos.

Por eso busco en tí el consejo que ilumina, porque desconfío de mí mismo.

Si tú lo apruebas, si tú lo crees razonable, yo señalaré á esa niña una dote, y la buscaré un asilo en un convento donde jamás la vea, ni oiga pronunciar su nombre.

Si no te parece justo, si crees que es una arbitrariedad disponer de la vida, de la libertad de una criatura que la casualidad ha puesto en nuestras manos, si llevas tu generosidad hasta protegerla, entónces yo te entregaré ese pliego, que puede ser su porvenir, pues le consigna una fortuna, y tú harás que se termine su educacion,

que arraiguen en su alma vírgen las semillas de virtud que tu bendita boca habrá sembrado en ella, que sea feliz, pero léjos, muy léjos de mí, donde yo no tenga que maldecir mi debilidad si la amo, donde yo no me avergüence de mi cobardía al descubrir que respeto la vida de la hija del que mató á la mia.

No puedo, no quiero hacerla daño, pero no quiero ni puedo verla; seria una indignidad, seria una abdicacion miserable de todo sentimiento, me despreciaria á mí mismo, si pudiese amar á la que despierta en mí tan terrible recuerdo.

En esto no transigiré, Clara, no debo verla; acaso su presencia reanimase en mí este dolor que parece haberse apagado, y provocase una explosion, cuya primera víctima fuese la desgraciada niña, aunque fuera yo mismo la segunda.

Pero no debo tampoco imponerte á tí, tan noble y tan buena, deber alguno respecto á esa infeliz, ni puedo admitir lo que tu caritativo corazon llamaria un beneficio, y que seria algo más, pues seria un sacrificio doloroso.

No, y mil veces no; nada le debes, nada le debo yo mismo.

Al escribir esto, vacilo, tiemblo y creo que no tengo completamente sana razon.

Si el deber no es más que la obligacion legal y forzosa, la obligacion que adquirimos ante la sociedad, entónces nada le debo; pero si el deber es algo más, si es la exigencia moral de algo que nuestra razon comprende justo, si es el complemento de lo que sentimos, si es la satisfaccion que damos á nuestra conciencia que nos impulsa á obrar como obedeciendo á un mandato secreto, entónces la niña salvada por mí casualmente y sin voluntad de hacerlo, la pobre pequeña, enferma y encargada á mi cuidado, la huérfana á quien he prometido proteccion, ¿tiene derecho á ella!

Pero ¡oh, Dios mio! ¿por qué es la hija del asesino, por qué no puedo amarla sin cometer un crimen, por qué no me han dejado ese último y tierno afecto, que era para mí una celeste compensacion á mis horribles torturas?

Perdon, Clara, si no te oculto mis debilidades, mis delirios... Es una lucha mortal la que sostengo.

Ya lo sabes todo; aleja á Teodosia de tu lado, haz que yo no la pueda ver, y volveré para morir á tus pies, pues comprendo

que mi vida no resistirá largo tiempo el choque violento de mis encontradas sensaciones.

El pliego pasará de mis manos á las tuyas, y puesto que tú aceptas la noble misión de proteger á esa desgraciada, tú me dirás si ocultaba algo que se relacionase con el lúgubre drama, cuya memoria quema mi pensamiento.

Espero, pues, tu decision como un condenado la sentencia.

Nicolás.»

CAPITULO XI.

Hay seres que, como si estuviesen dotados de cualidades atractivas, se apoderan rápidamente y apenas se les conoce, del interés, de la simpatía de cuantos les rodean, y si la casualidad hace que al conocerlos se les trate con íntima confianza, el encanto que fluye de cada una de las acciones de esos seres privilegiados, inspira un cariño tan real, tan profundo, tan inmutable, que en vano se le combatiría, pues resiste á todo.

Teodosia era una de esas criaturas atractivas, que llamamos simpáticas por no saber explicar el por qué de ese misterioso imán que lleva hácia ellas los corazones.

Con su traje blanco, sencillo y vaporoso, sus largas trenzas rubias, sueltas por su espalda con el mismo lánguido abandono con que penden del tronco del sauce las ramas desmayadas, los hermosos ojos muy biertos, como expresando el asombro de

la vida, y la boca risueña, suspirante, entreabierta y fresca como un boton de rosa, semejaba una aparicion de felicidad, vagando por los desiertos salones de Clara.

Las dos americanas, la mujer y la niña, se habian unido con el cariño más tierno.

Algo de reminiscencia habia en el fondo de aquél afecto, como pudiera haberla en el de dos aves que llevadas á lejano clima se conociesen en el mismo valle por los ecos de su canto.

La niña, que sólo conocia de Cuba el alegre cielo, las flores y los pájaros, hablaba sin dolor de aquellos sitios, suspirando por su pobre abuela.

En la edad de Teodosia no se conoce el valor de nada, y ménos que de nada, de la muerte, pues el corazon, lleno de sávia y de vida, exuberante de sentimiento, arroja de sí el recuerdo de un pesar, como arrojan las aguas del Océano en su pleamar el cuerpo muerto que dejan en sus orillas.

Clara, para no turbar aquella cándida aurora que alboreaba en el pensamiento de la niña, guardaba para sí sus tristes memorias, y procuraba seguir el vuelo caprichoso de aquella fantasía, tan incierto, tan inseguro, pero tan bello como el del pajarillo al ensayar sus alas.

De esta intimidad, de esta proteccion prestada con tan delicado interés, y recibida con tan ardorosa gratitud, de la inteligente direccion de Clara y de la dócil obediencia de la niña, habia nacido una confianza tan agradable, un cariño tan familiar, que Clara no dejaba de pensar con pena si Nicolás Solís, al volver á la Península, alejaria la niña de su lado.

Habia olvidado, si podemos llamar olvido á la trasformacion de un sentimiento de soñada idealidad en otro de efectos más reales, su fantástico amor por Solís, pero quedaba en cambio en su corazon y en su pensamiento una admiracion apasionada por el hombre leal, digno, desgraciado, inteligente, que sufria con la frente levantada y la honra intachable, golpes tan rudos del destino.

Ninguna explicacion habia mediado entre ellos; tácitamente parecian haberse comprendido.

Se guardaban una fé acordada sin palabras, se concedian una confianza leal, y una simpatía razonada y seria, pero nada hablaban de su pasion espiritual, de aquel amor tan poéticamente descrito por Nicolás en sus cartas, que copiaban sus sueños.

Comenzaban á estimarse, á quererse, y esta era una buena señal para el porvenir de aquellos amores, pues en el árbol de la vida, como en los de la naturaleza, para que nazca el provechoso fruto caen las hojas, perfumadas y bellas, pero inútiles, de la flor que lo anunció.

Así en las pasiones, en los afectos, para que arraiguen, para que adquieran vida propia y vida de inmortalidad, es fuerza que se despojen de la apariencia fantástica con que nacen, que lo real surja de lo falso como la luz de la sombra, y entónces no son los sentidos solos los que sustentan la creacion halagadora, sino que todo nuestro ser le presta el concurso de sus fuerzas, la alimenta con su misma vida, y al refundirla en ésta, de tal modo la asimila á ella, que llegan á ser una misma cosa la vida y el sentimiento.

Clara y Nicolás nada se habian dicho, y, sin embargo, se comprendian y esperaban.

Al amar Clara á Teodosia creia cumplir con un deber, pues, protegida por Solís, tenia derecho á su proteccion.

No habia, pues, en su pensamiento la menor desconfianza que de ese impulso de su corazon la alejase.

Además, su soledad tenia una ocupacion encantadora: su hastío se alejaba ante la alegría de la niña, su tristeza se cambiaba en una dulce y plácida melancolía.

La rapidez de los acontecimientos que se han sucedido en esta novela no nos ha permitido detenernos á detallar el pasado de nuestros personajes, más que en lo que era absolutamente preciso por tener relacion con los hechos á que nos referimos; pero es fuerza decir algo de esta mujer que tan interesante lugar ocupa en ellos.

Casada, niña aún, como la generalidad de las americanas, con un hombre extraordinariamente rico, pero de mucha más edad que ella, Clara habia vivido casi escondida, si bien rodeada de las comodidades de la riqueza, porque su marido, celoso hasta la exageracion, la ocultaba como oculta el avaro su tesoro.

Clara no tenia madre ni hermanos: su padre era un noble brasileño que, enamorado en Cuba, donde viajaba por conocer el país, de una jóven tan bella como pobre, se casó, fijándose en la Isla.

Arruinado por la guerra, enfermo, y entristecido por la pérdida de su esposa, siempre amada, casó á Clara con gusto por

quedar solo y volver á su vida de viajes incesantes que le ofrecia, si no descanso, impresiones nuevas que le hacian olvidar.

En esa vida nómada y caprichosa le sorprendió la muerte, y Clara, que vivia en esa soledad acompañada de los matrimonios sin amor, sintió aquella pérdida que aumentaba el vacío á su alrededor, destruyendo la última y al mismo tiempo la primera de sus afecciones.

Esclavo el esposo de Clara de sus celos, de su ambicion y de sus riquezas, no queriendo llevar á su esposa á la capital ni abandonar sus ingenios, en una de sus salidas, para recorrer sus haciendas, y cuando volvía con una fuerte cantidad en dinero, fué víctima de un crimen muriendo á manos de los asesinos, que despojaron su cadáver de los valores que llevaba consigo.

Clara lo lloró, como toda alma buena llora al compañero á quien estuvo unida; conocia y respetaba las buenas cualidades de aquel hombre, y disculpaba sus debilidades de carácter, que á la verdad no la molestaron mucho, pues completamente alejada del movimiento social en sus primeros años, no necesitaba el encanto del

mundo para llenar su vida que ocupaban la meditacion, el estudio y las artes.

Al encontrarse libre y dueña de una gran riqueza, pues su esposo la tenia nombrada heredera universal de sus bienes, tuvo ese movimiento de asombro que debe sentir el ave nacida en la jaula y lanzada de repente al espacio.

Sola, aterrada con la catástrofe de su marido, quiso huir de aquellos sitios y pensó en venir á España.

Cuando se trasladaba desde su ingenio á la capital para embarcarse, halló á Solís al frente de un puñado de hombres negros y blancos, que peleaban contra las tropas españolas, y el jefe de estos insurrectos adivinó, como hombre de corazon, que Clara no era temible para ellos, pues sólo pretendia alejarse de aquellos sitios; y sea esta seguridad, sea la simpatía rápida y vehemente que la hermosura de Clara le inspirara, el caso es que, convertido de jefe de insurrectos en caballero andante, guió y acompañó á la linda viuda; la pidió el permiso de escribirla; pensó en ella como en una idealidad, y ya hemos visto que ese exaltado sentimiento se cambió en una ternura profunda, en una amistad inque-

brantable, en una esperanza apénas entrevista, pero dulce y bella como la imágen de un sueño celestial.

Clara habia traído en su compañía á una buena mujer, sirvienta de su madre, fiel como un perro, que con su esposo la habia seguido lo mismo al fondo de los bosques americanos, donde su marido la encerrara, que á Madrid, donde su ánsia de olvidar la traía.

A más del cariño que por acompañarla desde su infancia sentia por Clara, la unia á ésta un inquebrantable lazo de gratitud, pues comprometido su hijo único por una locura de jóvenes en una causa que se pretendia hacer política, hubiera escapado mal de aquel lance si Clara, con una fuerza de voluntad de que ántes no habia dado pruebas, no hubiera obtenido, arrojando el oro á puñados, no escaseando ningun medio para conseguirlo, la libertad del imprudente jóven.

Ya conocemos á este matrimonio en quien Clara tenia la más absoluta confianza; lo hemos visto al principio de esta novela, y si hablamos de ellos, explicando los lazos que los unian á Clara, es porque aún hemos de citarlos ántes de terminar el libro.

Volvamos, pues, estas explicaciones dadas, á ocuparnos de Clara.

Habia decidido completar brillantemente la educacion modesta y sencilla de Teodosia, y como la niña se prestaba de la manera más encantadora á recibir las lecciones designadas por su amiga, como su pensamiento inteligente comprendia lo que se pretendia que aprendiese, el estudio era fácil y la instruccion rápida, encantando á Clara con los destellos de aquel talento que arrojaba ligeramente los velos de la ignorancia para mostrarse con las galas de la inteligencia cultivada, semejando el desenvolvimiento de la crisálida.

Cuando volvemos á hallarlas, Teodosia estudiaba al piano, impacientándose un poco por no poder poner de acuerdo su mano derecha y su mano izquierda, que en aquella ocasion obedecian á la prudente máxima de no saber la una lo que hacia la otra, y Clara, que hojeaba unas revistas ilustradas, sonreia bondadosamente con la torpeza de la niña.

—Decididamente, Tésia—la dijo con familiaridad,—no estás hoy inspirada: esas pícaras teclas se quejan de tí de una manera lúgubre.

—¿Quiere Vd. que lo deje?—preguntó suavemente la niña, cuyas mejillas se pusieron encendidas.

—Como quieras: estás cansada; ven, despues volverás á estudiar.

Teodosia, á quien Clara sincopando el nombre llamaba mimosa y graciosamente Tésia, se levantó ligera y gentil, y fué á sentarse junto á Clara.

—Por fortuna—dijo ésta tomando una mano de la niña entre las suyas, y acariciándola como si fuese una blanca palomita,—por fortuna en la pintura no encuentras las dificultades que en la música: el maestro ha quedado hoy muy contento.

—Me gusta más,—murmuró la niña.

—¡Cómo! ¿Pues la música no te gusta?

—¡Oh sí! Pero prefiero oirla un poco lejana, y extraña á mí, á producirla yo.

—Oigan!... ¡Pues no es delicadilla de gustos!... Si todos pensaran así, la música se acababa, pues nadie querría molestarse para agradar á los demás.

—¡Oh! ¡No es por molestia!... Es que recordando las notas para no equivocarme, no percibo apénas los sonidos...

—¿Y en la pintura no te molestas al combinar el color para producir el paisaje?

—No, en verdad. Veo cosas tan bonitas en mi pensamiento, que si mi mano supiera copiarlas gustarian á todos.

—¿Y qué ves?

Teodosia se ruborizó y bajó la cabeza sonriendo.

—¿No quieres decírmelo? —preguntó Clara.

—La veo á Vd., veo á Nicolás, á mi pobrecita abuela, á todos los que quiero—respondió dulcemente la niña,—allá, en aquellos campos, rodeados de aquellas flores, y bajo aquel cielo que parece albergar entre sus nubes de rosa ángeles de luz....

Clara la miró con interés y curiosidad.

La frente de Teodosia brillaba con no sabemos qué llama misteriosa de entusiasmo, que hubiera podido creerse un destello fugitivo de inspiracion.

—¿Amas mucho á Nicolás?—preguntó.

—¡Oh, sí! ¿Cómo no habia de quererlo si es tan bueno para mí?—Y pensativa, como si no le satisfaciese aquella explicacion, dijo:—yo creo que le querria del mismo modo aunque nada le debiese.

—¿Por qué?—preguntó Clara siguiendo con interés la idea de la niña.

—No lo sé: creo que es natural que-

rerle: no podría, aunque lo deseara, olvidarlo: ¿cuándo vendrá?

—Acaso muy pronto,—dijo vacilando Clara.

Los ojos de Teodosia se llenaron de lágrimas, con esa inestabilidad propia de los niños, pues aún conservaba en los labios la sonrisa.

—No me ha escrito,—murmuró.

—Pero Tésia, si no es tiempo! ¡Como no te trajese su carta una paloma mensajera!

—Escribió á Vd. desde Cádiz...

Esta vez fué Clara la que se ruborizó.

Levantóse para ocultar su turbacion, y dijo á la niña:

—Vamos, vamos, egoistilla; bien sabes que en su carta no te olvidó.

—Deseo mucho verle,—murmuró levantándose tambien y siempre pensativa Teodosia.

—¿No estás contenta á mi lado?—preguntó con acento dulcemente quejoso Clara.

—¡Cómo no estarlo!—exclamó Tésia como hablando consigo misma.—¡Dios sabe que mi dicha seria pasar mi vida entre los dos!...

Clara la besó conmovida en la frente.

—¡Dulce niñita mía—murmuró;—al ménos uno de los dos no te ha de faltar!...

Teodosia rodeó sus brazos al cuello de Clara, y la besó con esa expansion que pone la juventud en todos sus actos, en todos sus afectos, como si rebosara la vida del corazon en sus primeros años.

—¿Por qué no los dos—dijo mimosamente la niña;—por qué los dos no han de quererme?

—¡Quererte, sí; quererte, siempre!

—¿Y por qué no estar todos en Cuba ó todos en Madrid?...

—Loquilla,—dijo riendo Clara, y separando suavemente los brazos de Teodosia.

—Quieres arreglar el mundo á tu gusto, y que no haya distancias, ni negocios, ni ausencias...

—No, yo no quiero nada de eso—dijo la niña alentada por la sonrisa de Clara,—sólo quiero tener á mi lado á los que amo.

—Que es lo mismo que tener al mundo entero—dijo suspirando Clara:—y dime, —añadió vacilando,—dime, sin que temas ofenderme; ¿á quién quieres más, á Nicolás ó á mí?

—¡En verdad que no lo sé! A Vd. la

quiero con toda mi alma, pero sin él no podría vivir!

Clara quedó pensativa: la niña, ingénua y pura, le habia dicho la verdad con tal expresion de candor, que aún amando Clara á Nicolás no podia ofenderse, pero la seguridad, la intensidad de aquel sentimiento la habia sorprendido.

Besó de nuevo á la niña, como para probarla que no la habia ofendido su confianza, y la rogó fuese á vestirse para acompañarla al paseo.

—¿Es gratitud—se preguntaba cuando se quedó sola,—ó es algo más profundo, de que ella misma no se dá cuenta, ese afecto que le inspira?...

Estaba sola aún y pensativa, cuando la entregaron la primera carta de Nicolás que ya conocemos, llegada á la Península en un correo extraordinario.

CAPÍTULO XII.

Clara sintió al leer esta carta un asombro doloroso.

Comprendía el sufrimiento de Nicolás, aspiraba, por decirlo así, el horror de aquella escena de muerte, de aquella revelación, surgiendo de las angustias de una agonía, y el nombre de Teodosia, unido á tan lúgubre drama, la inspiraba una triste piedad.

¿Por qué azar la pobre niña, la abandonada huérfana, se veía mezclada á tan inhumana venganza, y qué misterio se ocultaba en el pliego cerrado que aquel hombre al morir legaba á la que en su carta postrera no llamaba hija?

Clara buscaba la solución del enigma con ese empeño de la inteligencia que pugna por hallar un rayo de luz á través de sus dudas.

Leía y releía la carta; buscaba el sentido de las palabras de la moribunda, de la

carta copiada por Solís y escrita por Herrera, y en vano intentaba llegar á la verdad por medio de sus deducciones inseguras, puesto que desconocia las causas que intentaba esclarecer por los efectos.

—Es preciso — se dijo, — conocer esa carta dirigida á Teodosia: y bien, Nicolás no puede, seria pedir demasiado á sus nobles sentimientos, ver á su lado á la hija del que quitó la vida á la suya, pero yo no la abandonaré. Yo leeré esa carta, yo adoptaré á Teodosia, y con el derecho que me dará la ley para velar por su porvenir, tendré el de conocer ese misterio.... ¡Oh!... ¡Pero es horrible, Dios mio, que esta pobre criatura responda sobre la tierra de la venganza de un crimen!... Nicolás es bueno, perdonará á la niña inocente, pero no olvidará.... Tenerla á mi lado es renunciar á él, á su cariño, á su amistad.... ¿Qué hacer, Dios, qué hacer?...

Clara cruzadas con fuerza sus manos, y oprimidas contra su pecho, sentia rodar las lágrimas por sus mejillas en anchas gotas, que caian sobre la seda de su traje, como caen las de la lluvia sobre las anchas hojas del plátano.

Su noble corazon se oprimia dolorosa-

mente ante la perspectiva de abandonar á la niña ó renunciar á Nicolás, su mejor amigo, ó más bien, el único amigo que tenía, pues en la sociedad los *numerosos amigos* de que se hace alarde en convites y tarjetas, suelen reducirse á *cero* si se cuentan por el corazon y para el sentimiento.

Se habia acostumbrado, además, al afecto, á la confianza de Nicolás, á su compañía moral, que habia llegado á ser una necesidad de su vida.

Lo que en un principio habia sido como un sueño fantástico y caprichoso, lo que su alma habia sentido como un reflejo del candente sentimiento que Nicolás en sus cartas la demostraba, se habia cambiado en un afecto sério, dulce, tranquilo, pero íntimo, inmutable, tierno, que lentamente se apoderaba de su voluntad, se infiltraba en su sér y parecia vivir de su vida.

Luchaba entre su piedad por Teodosia y su cariño, ya demasiado arraigado en su alma para poder arrancarlo.

Pero en los séres superiores la duda entre dos sentimientos igualmente grandes, es instantánea.

Algo que se impone á la misma razon, que mide las ventajas de los afectos que

luchan, algo que podríamos llamar la inspiración del bien, se deja sentir, y como por instinto, el pensamiento acepta la solución, no buscada, sino ofrecida por ese levantado espíritu que formó los héroes, los génios y los santos.

Clara en medio de su dolor, sonrió á través de sus lágrimas, y recogió resueltamente los pliegos escritos por Nicolás, como si ya no tuviera duda en lo que habia de contestar á ellos.

En aquel momento se oyeron unos pasos ligeros, como pudieran serlo los de una cervatilla y Teodosia, con la sonrisa en los lábios, apareció en la puerta.

Clara ocultó vivamente la carta de Nicolás, y quiso secar sus lágrimas; pero no pudo hacerlo tan pronto que la niña no lo viese.

Detúvose vacilando, la sonrisa se borró de su fresca boca, y preguntó con timidez:

—¿Ha sucedido alguna desgracia? ¿Por qué llora Vd.?

—No, hija mia, no; es que mis recuerdos me hacen á veces llorar.

—¡Ah! ¡Me habia asustado!...

—Ven. Déjame que te vea: estás muy linda con tu nuevo traje...

Teodosia se aproximó á Clara confiada y tranquila. ¡Tiene la juventud tan ciega fe en todo, que no adivina el dolor y apenas si le comprende!...

Estaba, en efecto, muy bella con su ligero traje blanco, de finísima lana, que caía suelto y gracioso alrededor de su talle, y sus lazos negros que semejaban golondrinas dormidas en un campo nevado.

La salud, la calma, el clima acaso, más fresco, y por lo tanto más sano para la adolescencia que el de su país; el desarrollo rápido y completo que habia seguido á la peligrosa enfermedad, habian dado á la niña una belleza nueva, un aspecto distinto.

Su cutis fino y trasparente tenia un delicioso color de rosa, y un brillo de salud y frescura que le asemejaba al nácar.

Sus ojos de un negro azulado, parecian haberse agrandado, y tenian ya entre los reflejos candorosos de la inocencia, destellos fugaces de ese fuego que hace irresistible la mirada de la mujer cuando expresa la pasion.

La boca, roja y fresca como una cereza, habia adquirido algo semejante á una dulce gravedad que contenia su risa infantil, y

formaba algo parecido á un crepúsculo; el misterioso cambio de la niñez á la juventud, de el candor al sentimiento, se iniciaba en aquellos labios que áun se agitaban con franca alegría, y ya pugnaban por no dejar escapar los desordenados ecos de sus impresiones infantiles.

Sus formas comenzaban á marcar las graciosas ondulaciones del desarrollo juvenil.

Clara la miró atentamente, tomó su su mano, la atrajo hácia sí y la besó en la boca.

—¡Qué bella está!—dijo á media voz, y como hablando consigo misma:—¡qué bella y qué feliz!...

—¿Qué pasa, pues?—preguntó Teodosia con timidez.

—Díme, hija mia—dijo Clara suavemente y sin contestar la anterior pregunta;—si yo tuviera que volver á Cuba, si tuviese que separarme de tí, ¿quedarías tranquila y contenta?

Teodosia palideció, y con esa inestabilidad de las impresiones infantiles, ántes de borrar la sonrisa de sus labios, las lágrimas aparecieron en sus ojos.

—¿Por qué no puedo yo ir con Vd?—preguntó.

—¡Oh, no! ¡De ningún modo! Tu salud es aún delicada, y sería un peligro.

—Estoy buena...

—Imposible.

—¿Pero Vd. se irá? ¿No esperará á Nicolás?

—No es seguro, pero acaso sea preciso que yo vaya á Cuba; en ese caso te confiaría á Dolores; respondo de ella como de mí misma y á su lado nada te faltará...

—¡Ah! ¿No quedaria aquí tampoco?—preguntó la niña con pena.

—¿Qué harías aquí sola?—dijo rápidamente Clara como si le fuese dolorosa la explicacion. —Con Dolores estarás muy bien; nada excusará para complacerte; es muy buena, muy fiel, muy leal... Más que mis servidores, ella y su esposo son mis amigos, pues me inspiran una confianza absoluta. Si no están en mi casa, es porque quiero impedirles que me sirvan; es porque deseo proporcionarles el descanso que una rentita señalada por mí les ofrece, y al mismo tiempo tener yo un pequeño nido risueño y humilde, donde ir alguna vez á distraerme del fastidio que me agobia en medio de la sociedad. Allí estarás tú, escondida como una paloma, hasta que yo vaya á buscarte.

Clara hablaba sin detenerse, como si no quisiera dar lugar al pensamiento de Teodosia á inquirir el por qué de aquella extraña resolución. La niña callaba pensativa; en su frente, poco ántes tan serena, parecían amontonarse las sombras de la duda.

—¿Sabe Nicolás—preguntó al fin,—dónde he de estar en ausencia de Vd.?

Su voz, al decir esto, era grave y triste; nadie hubiese pensado que era la misma que charlaba riendo algunas horas ántes.

—Sí—dijo Clara débilmente.

—¿Y lo aprueba?

—Sí—volvió á contestar Clara.

—Entónces, disponga Vd. de mí—dijo.

Después guardó silencio: su pecho se agitó como la ola que el viento levanta; las lágrimas que temblaban en sus pestañas cayeron sobre sus manos cruzadas, como cae la lluvia tempestuosa sobre una azucena, y sus labios, temblorosos, murmuraron muy quedo.

—¡Era yo tan feliz!...

Clara se sintió profundamente conmovida.

Aquel dolor tan verdadero, demostrado con tan delicada reserva; aquella obediencia resignada y aquella suavidad de carác-

ter la hicieron aún más querida á la tierna niña, y la afirmaron en su idea de serlo todo para ella.

Dominando su conmocion, sobreponiéndose á sus temores, intentó sonreir, y acostumbrada ya á vencerse, contuvo el llanto que pugnaba por subir á sus ojos.

—¡Dios mio! qué sensible eres, mi querida Tésia—dijo con acento que pretendia hacer ligero, y que era, sin embargo, trémulo y conmovido;—¿vas á llorar por tan pequeña cosa?

La niña la miró sorprendida.

Clara rodeó el fino talle de Teodosia y la atrajo hácia sí, buscando aquellos ojos aún llenos de lágrimas.

—Vamos á ver, niña mia, si me hablas con la formalidad de una mujer, como ya lo es Vd., señorita—dijo, procurando con su jovialidad aparente serenar á Teodosia y dominar su pena;—como ya lo es, sí, señorita, á pesar de sus cabellos sueltos y de su traje redondo, porque esta carita sería —añadió levantando entre sus manos el rostro de Teodosia, que parecia una rosa salpicada de rocío con sus húmedas señales de lágrimas, que Clara besó tiernamente;—esta carita es ya más de una mu-

jer formal que de una locuela juguetona y traviesa.

Teodosia sonrió de nuevo á estas frases de Clara: la santa confianza de la juventud nunca se aleja por largo tiempo del corazón inocente.

—Como decia Vd. que se iria—dijo.

—Y bien, ¿qué importa eso; por qué afligirse por una breve ausencia?... Pero hablemos, como te decia, con formalidad.

Teodosia levantó su rubia cabeza y se dispuso á escuchar.

Habia en su aptitud tanto respeto como curiosidad.

Clara vacilaba.

La mirada límpida y pura de la niña la imponia respeto.

—Cuando vaya á Cuba—comenzó,—mi primer cuidado será ir á T... buscar los datos que haya acerca de tu familia y recojerte cuantos documentos acrediten tu nombre...

—La casa ardió—dijo suspirando Teodosia.

—No importa; deben existir en otra parte los datos que yo deseo. ¿Tú naciste en T...?

—No sé.

—¡Cómo! ¿No te han dicho nunca dónde naciste?

—No, pero yo recuerdo haber estado ántes que en T... en otro pueblo mucho más grande.

—¿No sabes cuál sea?

—No.

—¿Y no te han hablado de tu padre, de tu madre...

—Tampoco: mi abuela estaba siempre triste, lloraba mucho, me abrazaba y me decia: «no tienes más que á mí»...

La niña se conmovió de nuevo con este recuerdo.

—¿Pero tus padres murieron?...

—¡Oh! sí. Algunas veces Luisa, una negra que nos servia, decia á mi abuela que yo debia saber no sé qué cosa que se referia á mis padres, y mi abuela se enfadaba y la mandaba callar.

—Y bien, hija mia; ¿no has pensado tú en lo que ese misterio pudiera ser? ¿No has deseado aclararlo?

—No—dijo ingénuamente Teodosia,—no me he acordado de ello.

Clara la besó en la frente.

—Es preciso pensarlo todo: si yo fuese á T..., ¿quisieras tú que yo lo averiguara?

—Sí—dijo lentamente y como pensando lo que decía, Teodosia:—sí, quisiera saberlo.

—¿Pero no tendrías inconveniente en que lo supiera yo?

—¡Oh, no!—exclamó con calor:—¿por qué lo había de tener?

—Y si tu abuela hubiese dejado escrito su secreto y hallado ese papel viniera á tus manos, me lo confiarías ántes de conocerlo tú, para que yo lo viese, y saber lo que contenía.

—Sí—dijo Teodosia, siempre reflexiva y seria,—con todo mi corazón.

—Gracias, mi querida niña...

—¡Gracias!—exclamó vivamente y fijando su atenta mirada en Clara, Teodosia;—gracias, ¿por qué? ¿Acaso pudiera yo ocultar á Vd. nada? ¿No la quiero como querría á mi madre, no la debo protección?...

—Pues bien—dijo conmovida de nuevo Clara,—autorizada por tí, si existe un secreto, yo lo sabré, y luego, si para tu bien conviene que tú lo sepas, por mí lo sabrás.

—Señora—dijo lentamente, como si quisiera contener el llanto que se agolpaba á sus ojos, Teodosia,—yo no sé nada, yo no comprendo lo que sucede, pero como si mi

memoria dormida hasta ahora se despertase en este momento, pienso en muchas cosas en que ántes no pensaba: recuerdo confusamente hechos á que no dí valor, y creo firmemente que algo muy grave, muy importante para mí sucede... No sé lo que es, pero quiero saberlo.

Clara se estremeció.

—¿Es decir—preguntó,—que no dejas á mi juicio el decidir si debes saberlo ó no, que no confías en mí lo bastante?

—¡Oh, sí! Pero quiero, de todos modos, saber si hay algun misterio en mi vida... Yo confío en Vd. absolutamente, pero no quiero que me oculte lo que sepa...

—Hija mia, hay sucesos tan dolorosos, tan extraños, que una niña ni puede comprenderlos ni los debe conocer; hoy nada sé de tí, pero si llegase á saberlo, deja á mi voluntad, mejor dicho, á mi corazon, el decidir si debo confiártelo desde luego, ó esperar á que la edad madure tu razon para comunicártelo; déjame obrar como si fuese tu madre ó tu hermana, pues sólo tu felicidad quiero.

—Está bien, señora: yo respetaré su voluntad, pero yo no estoy sola, no puedo decidir por mí misma de un hecho desco-

nocido. Nicolás me ha salvado de la muerte, me ha dado amparo, es mi protector, le amo como á un padre; cualquiera que sea el secreto de mi vida, él lo debe saber.

Clara miró con asombro y ternura á Teodosia; aquella gravedad sencilla, aquella rectitud de corazon y de pensamiento, aquella bondad ingénua la encantaban.

—Nicolás lo sabrá—dijo,—te lo prometo.

Teodosia quedó pensativa.

—¿Vive mi abuela?—preguntó de repente.

—Desgraciadamente no,—dijo Clara.

—¿Mis padres, acaso?

—¡Oh! Tampoco.

—Entónces... ¿Ha parecido Luisa?

—Sí; enferma, moribunda: ya no existe.

—Y ella ha dicho...

—Hija mia, no fatigues persiguiendo un fantasma, tu pensamiento de ángel... Luisa al morir ha dejado para tí una carta cerrada... Yo pido á tu cariño el derecho de leerla... ¿Te inspiro bastante confianza para que me la entregues?

—Sí.

—¡Otra vez gracias, hija mia! La leeré,

y si juzgo que tú no debes conocerla ¿podré destruirla, no es verdad?

—Si yo no debo conocerla, señora, que la conozca Nicolás, y que él decida.

—Se hará así. Y ahora, oye y guarda siempre en tu pensamiento lo que te voy á decir: suceda lo que quiera, cuentas con mi cariño y con mi proteccion. No te creas desde hoy huérfana: ya tienes madre...

Era tan tierno, tan sincero el acento de Clara, que la niña, trémula aún y llorosa, se arrojó en sus brazos sollozando.

—Y bien, no llores más; tus lágrimas caen sobre mi corazon. Que yo te vea sonreir, que vuelvan á brillar tus ojos de alegría. Sea lo que quiera el misterio que se nos revele, en nada ha de alterar ni mi amor por tí, ni mi deseo por tu felicidad. Nada te puede separar de mí. Ahora, señorita—continuó acariciando á Teodosia,—seque Vd. esos lindos ojos y vamos á buscar los más bonitos muebles, los más preciosos libros, todo cuanto pueda ser agradable y útil á una hermosa niña que va á pasar una temporada consagrada á sus estudios, para venir luégo definitivamente á mi lado.

CAPITULO XIII.

Clara Blacker habia logrado, sin pretenderlo, y áun sin pensarlo, despertar un vivísimo interés.

Su aparicion primero como una *estrella* en el gran mundo, su lujo, sus joyas, su historia misteriosa, su fama de riqueza y su figura noble y distinguida, la dieron desde luégo un lugar visible y notable en ese círculo escogido que llamamos *alta sociedad* porque es, en efecto, la cumbre, la eminencia de ella.

Su desaparicion despues, su nombre citado constantemente, y con poca piedad por cierto, por el despecho de Manuel y la necesidad de sus desocupados amigos, y su absoluto retraimiento luégo, hubieran despertado un sentimiento de curiosidad, si sentimiento puede llamarse á lo que es más bien un entretenimiento. Clara no recibia, salia poco, y elegia los sitios ménos

frecuentados para pasear con Teodosia; hacia la vida abstraída é inteligente del sér feliz que encuentra en sí mismo bastantes elementos para llenar sus días.

El recuerdo de Nicolás, constante, fijo, dulce como la esperanza, la acompañaba, y el cuidado de la educacion de Teodosia ocupaba agradablemente su tiempo.

Dejaba, sí, sus tarjetas en las casas cuyas familias la habian ofrecido sus relaciones, y recibia en cambio las de éstas, pero nada más.

Pensaba Clara que no puede renunciarse voluntariamente al lugar que en la sociedad debemos á la suerte, al nombre que llevamos ó al mérito que adquirimos, pero que tampoco pueden ni deben consagrarse las horas de la existencia á ese estéril trabajo que fatiga sin ventaja.

Discreta, útil, culta y propia del progreso que alcanzamos es la costumbre de cambiar las tarjetas, es decir, el recuerdo, la representacion personal, para continuar, sostener y afirmar las relaciones establecidas, y quédense las antiguas visitas, ya para la agradable reunion de un día, ya para la intimidad de la familia y el cariño, pues no hay nada más insoportable que los

momentos que pasan solos en un salon dos personas casi desconocidas, sin saber de qué hablar, sin confianza para preguntarse, contando los momentos por el fastidio que mutuamente sienten.

Esta ridícula cosa que se llamó *visita de etiqueta*, está casi suprimida hoy, pues las visitas se hacen en un día de recepcion, cuando la presencia de varias personas establece una confianza agradable, cuando se sabe que el dueño de la casa nos espera y no debe preocuparnos la idea de ser importunos.

Clara, gracias á esta elegante costumbre podia, sin romper completamente los lazos que la unian á la sociedad, hacer la vida de calma que se habia propuesto y que necesitaba su espíritu.

Manuel Salazar habia sido uno de tantos como habian dejado sus tarjetas á la puerta de la linda americana, cerrada herméticamente por el sacramental:

—¡La señora no está!—que gruñia con mal humor el portero.

Una sola excepcion se habia hecho en pró de Elena, á la que Clara profesaba un verdadero afecto. La encantadora jóven estaba tan sola, tan triste, que buscaba la

compañía de Clara como un consuelo.

En el colegio en que se habia educado Elena Giron estaba tambien, y era una de sus más queridas amigas, una niña americana cuyo cuidado estaba confiado á Clara por su padre, que viajaba por Europa.

Clara la visitaba una vez por semana, y la llevaba á comer á su casa regalándola libros, dulces, música y flores, que ella compartia con Elena.

Clara vió á Elena al lado de la niña americana, y su modestia, su dulzura, su belleza angelical la interesaron desde luego, pidiendo á la directora que la dejase ir con María (así se llamaba la americana) á su casa, para que aquella niña se encontrase más animada.

Octuvo la respetable señora el permiso del general, y Elena fué, con gran complacencia suya á casa de Clara, acompañando á María.

Algunos meses despues, el padre de ésta, dando por terminado su viaje y la educacion de su hija, la sacaba del colegio para llevarla á Cuba, y el general tambien, encontrando un dia á Elena trasformada en mujer, decidió llevarla á su casa haciendo venir á su hijo para que interesado por la

belleza de Elena pensara en casarse con ella, que era el sueño de oro del general.

Pero como sabia que su hijo era caprichoso, inconstante, que amaba lo imposible, y rechazaba lo que se parecia, si bien remotamente, á una imposicion, formó el proyecto de hacer creer á su hijo que pensaba casarse con Elena, sin hablar de ello á nadie, y sólo como un medio de despertar el deseo del marino.

Pero el bueno del general, cuyo corazon de oro le hacia pensar en el porvenir de la bella niña confiada á su cuidado por un compañero de ejército, muerto á su lado en una de nuestras convulsiones políticas, que siempre dejan séres desamparados como tristísima huella de su paso, el general, deciamos, se habia equivocado completamente.

La belleza de Elena no habia despertado la menor simpatía en el espíritu superficial y vanidoso de Manuel, porque una mujer sencilla, pura, bella, tímida y dulce, más bien logra fijar la atencion de un sér notable que la de una medianía.

Además, su empeño por Clara, más insistente cuanto ménos apreciado, le preocupaba de una manera seria para dejarle

pensar en aquel corazon que tenia al alcance de su mano, como tiene el niño una mariposa aprisionada en la malla de seda.

En vano buscaba á Clara, en vano murmuraba de ella, vengándose á su manera de su despreciativo desden, la americana no se ocupaba de él, ni más ni ménos que si no existiera, y esto acababa de exasperarlo.

Convencido el general de que habia sido derrotado en la batalla moralmente presentada, pensó, no en abandonar el campo, sino en cambiar de táctica para no ser vencido esta vez personalmente.

Pensó de una manera profunda en el gravísimo, en el trascendental paso que meditaba: se encontró jóven de corazon y de espíritu, comprendió las ventajas que resultarian para Elena, aún quedando viuda, aquí donde moral y materialmente la mujer soltera no tiene representacion: pensó que unido á ella, tenia el derecho de protegerla, de asegurar su porvenir, y como la dulce influencia de la belleza lo mismo se deja sentir en el corazon que aún no ha querido, para despertarlo á la vida, que en el ya gastado para reanimar en él el sentimiento: hé aquí que Salazar

encontró justa, sensata, y sobre todo agradable, la mision que se habia impuesto, y significó á Elena sus deseos.

Esta escuchó sorprendida su proposicion.

El general la expuso sencillamente los hechos; la habló de su soledad probable si él moria: hombre de corazon y de talento, no mezcló ni una frase de amor á esa conversacion, de la cual la razon y hasta pudiéramos decir la caridad, era el móvil.

—No me contestes ahora—la dijo cuando acabó de exponerla sus proyectos;—toma el tiempo que quieras para pensarlo; no te creas obligada á aceptar por gratitud ni por timidez; si encuentras el hecho difícil ó imposible, dímelo francamente, y buscaremos otro medio.

Elena para resolverse á contestar quiso oir el parecer de su única amiga, y hé aquí por qué vamos á encontrarla en casa de Clara.

Escribia ésta una larga carta dirigida á Nicolás cuando la anunciaron á Elena.

—Ruegue Vd. en mi nombre, á esa señorita que tenga la bondad de esperarme en el gabinete,—dijo, y siguió escribiendo.

Estaba preocupada y triste; pensaba en

Teodosia, en su porvenir vago é inseguro, en la dolorosa historia que Nicolás la habia hecho conocer, y se olvidó en breve de Elena que esperaba.

Esta por su parte no tuvo ocasion de cansarse de esperar, pues Teodosia, que leia en el gabinete de Clara, se levantó al verla, dejó el libro y comenzó á hablarla con esa timidez suave y dulce que formaban la base de su carácter; pero con la hechicera, con la descuidada confianza de la adolescencia.

Elena la habló de su amiga María, americana tambien, la cual la habia dado entusiastas noticias, como las dan siempre de un país los que en él han nacido, de la hermosa isla quierodea orgullosa el Océano.

Teodosia, al confirmarlas, hizo constar que apenas conocia nada de Cuba, pues habia vivido sola y aislada con su abuela.

Elena, un poco por curiosidad y un mucho por hablar de algo en tanto que llegaba Clara, hizo á Teodosia varias preguntas, á las cuales la niña contestó con expansiva franqueza, contando á Elena cómo la aldea de T... se habia incendiado; su casa, presa de las llamas, iba á hundirse sobre sus habitantes, y apareció Nicolás,

salvándola de una muerte segura. Su abuela habia perecido, y ella, que habia estado muy enferma en un bosque americano, fué traída á la Península por su salvador, que habiendo tenido que volver á América, la habia confiado á su amiga Clara, con la cual la niña estaba muy contenta; pero iba á separarse de ella, porque tambien Clara marchaba á Cuba.

Debemos hacer constar en favor de Elena, que si bien escuchaba con interés estas noticias, no les daba valor alguno como secreto, pues ni como tal lo oia, ni habia motivo para sospechar que lo fuese.

Teodosia, con su belleza espléndida y su dulce candor, le era muy simpática, y si Elena hubiese tenido algunos años ménos ó Teodosia algunos más, hubiesen sido cariñosas amigas.

Cuando su conversacion decayó, y agotado el asunto terminó al fin, Teodosia rogó á Elena que tocase en el piano alguna de las lindas sonatas que ya le habia oido, y Elena accedió con placer.

Los ecos del piano llegando hasta Clara recordaron á ésta que Elena esperaba, y terminando su carta, pasó al gabinete que acababa de abandonar Teodosia para atender á su maestro de dibujo.

Llegó hasta la señorita de Giron sin ser sentida; se inclinó hácia ella y la besó en la frente.

—Perdona, mi querida Elena, que te haya hecho esperar,—dijo.

—No estuve sola—contestó Elena,—me acompañó esa encantadora niña que vive contigo.

Clara hizo un imperceptible movimiento de disgusto. Deseaba que Teodosia fuese conocida lo ménos posible, y éste era uno de los motivos de su retraimiento; pero se tranquilizó pensando en que Elena, por su parte, vivia tambien muy retirada, y no tendria ocasion de hablar de Teodosia.

—Hace tiempo que no te veo—dijo Clara evitando así hablar de la niña que le habia sido confiada;—¿por qué me olvidas de ese modo?

—Yo soy la que debiera quejarme—dijo Elena,—si tuviera derecho á pedirte que me quisieras tanto como yo te quiero; pero no es esta ocasion de quejas, sino de pruebas de ese cariño: vengo á pedirte un consejo.

—¡A mí!... Yo no tengo autoridad para aconsejar—dijo Clara.

—Yo creo que sí, y porque lo creo te pido que no me lo niegues.

—Veamos si acierto.

—¿Te parecería bien que yo me casara?

—¡Ah!... según con quien hubieras de casarte—dijo Clara sonriendo.

—Con el general Salazar.

—¿Con el general...

—Sí.

Clara guardó silencio durante algunos instantes, y contestó al fin.

—Es un caballero, tiene un noble corazón, una clara inteligencia y un carácter indulgente y bondadoso... creo que te hará feliz.

—Sin embargo, su edad...

—¿Qué importa la edad, hija mía? Mi esposo hubiera podido también ser mi padre, y yo era feliz á su lado, porque su cariño le hacía adivinar cuanto me pudiera complacer.

—Hay un joven que me ama y desea ser mi esposo.

—¿Cómo se llama?

—Fernando Alvarez.

—¿Le amas tú?

—No: su afectación, lo superficial de sus gustos, sus modas exageradas, sus afe-

minados movimientos y pretensiones, lo hacen antipático.

—Entónces no cabe duda en la eleccion: si le amases, yo me hubiera reservado mi opinion; pero no amándole, me dejas en libertad de decirte cuál es. Yo creo que para el matrimonio no debe buscarse ni la belleza que pasa, ni la riqueza que se pierde, ni el nombre que por deslumbrante que sea puede empañarse, sino las cualidades del corazon; los sentimientos que inspiran una confianza absoluta, el carácter noble y elevado que ofrece un apoyo moral para todas las situaciones de la vida, el cariño, en fin (no la pasion), que dulcifica con su encanto suave el cansancio de vivir... El general ha de quererte aún más, porque tu juventud es como una especie de debilidad que exige proteccion, tu soledad un encanto para él, pues hay en el fondo de todo afecto algo de egoismo, y el lugar que hoy ocupas á su lado, le crea el deber de hacerte dichosa. Puesto que me preguntas mi opinion, te la digo con toda lealtad: creo que debes aceptar.

—¿Y qué se dirá de ello?

—Mi querida Elena, sólo una medianía vulgar, sólo el que por sí vale poco, se

preocupa gran cosa de ese pavoroso, ¡*qué dirán!* especie de *Enano de la venta*, con que los espíritus débiles se acobardan. Cuando la razon y la conciencia del sér inteligente y honrado están de acuerdo, cuando su pensamiento encuentra digna y justa una decision, por nada ni para nada ha de preocuparse de *lo que digan*, pues ese decir vago, inconsciente, maligno en algunos casos, indiferente en todos y nunca exacto, ni puede ser sancion de un hecho ni sentencia de un acuerdo, y no vale la pena de tomarlo en cuenta.

—¡Sí, es verdad; pero á veces el juicio del público es tan temible!...

—No lo temas nunca, hija mia, mientras tu espíritu tenga la conviccion de haber cumplido un deber, de haber realizado un acto noble y justo, de haber hecho una buena obra, de haber inspirado un levantado propósito. Avergüénzate, sí, de sus aplausos cuando ellos encubran una indignidad ó una bajeza, y no los busques, no los pidas jamás, porque la sociedad cobra muy caro lo que dá, y sus halagos los hace pagar en lágrimas casi siempre.

—Es verdad, la envidia se encarga de ello.

—Y como es imposible suprimir al envidioso, lo más prudente es no provocar la envidia.

—Pero eso no puede ser.

—Es verdad, porque hay seres que no pueden ocultarse ni oscurecerse, pero pueden muy bien no hacer alarde de su valor, olvidarlo, si es posible, no imponerlo, y de ese modo, aunque la envidia se encargue de amargar sus triunfos, la justicia tendrá el deber de esclarecerlos.

—¡Oh! ¡Si todos fuesen como tú!...

—Acaso porque tengo más defectos que todos soy también más indulgente... si estamos dispuestos á perdonar es para que nos perdonen... Así nos lo enseña esa admirable, esa inmortal oración del cristianismo, en la cual, como recompensa al perdón que otorgamos á nuestros deudores, pedimos se nos perdonen nuestras deudas... El corazón humano es por sí tan poco generoso, que ni el perdón concede si con el perdón no se le paga, y esto en su relación con la Divinidad, que en sus relaciones humanas apenas si se satisface con recibir lo mismo que ofrece, pues la ambición le hace pedir siempre más...

—No todos los corazones son ambiciosos.

—Es verdad, hay excepciones en todas las reglas; pero las multitudes, las sociedades, no se forman de excepciones. Por eso si el sér excepcional juzga un hecho bajo su verdadero aspecto, la generalidad lo aprecia desde otro punto de vista; desgraciadamente, como esa apreciacion vulgar es la de muchos, se impone lo falso á lo real por la ley numérica, que gobierna el mundo.

—¿Cómo evitarlo?

—De ningun modo; la lucha seria de todo punto estéril; por eso debemos seguir nuestro camino, sin preocuparnos gran cosa de esos rumores sociales que brotan sin saber por qué, se extienden sin saber cómo, y se acaban sin que se adivine cuándo. Hé aquí por qué yo creo que sin preocuparte de lo que digan, te debes casar.

—Dirán que es un casamiento de interés.

—Nécio seria el que no se interesára en asegurar su felicidad.

—La sociedad es implacable con los matrimonios desiguales.

—Hablas como una niña sin experiencia, mi querida Elena. La sociedad sólo es implacable con la virtud sublime que se le impone, con el espíritu superior que la do-

mina, con el valor extraordinario que la impugna sus faltas; para esos, la calumnia, la persecucion, la muerte. Para Cristo, la cruz; para Sócrates, la cicuta; para César, el puñal. El mundo no ha cambiado; toda grandeza es un suplicio, un martirio todo poder. La eminencia, en lo moral como en lo físico, atrae el rayo, pero no nos hagamos la ilusion nosotros, pobres granos de arena, de atraer la tempestad. El viento de la murmuracion agitará la superficie de nuestra vida un dia, y pasará dejando en pos la calma del olvido: no vale la pena de sacrificarse por tan pequeña cosa.

—Todo eso es muy elevado; pero volviendo á la realidad, yo temo esas murmuraciones.

—Es un temor pueril, hija mia. Los mismos que te juzguen interesada, ambiciosa, sin corazon, vendrán á *felicitar*te, á adular-te y á ofrecerte su consideracion. Juzga tú misma si merecen ser profetas de un acto privado los que tan poca firmeza tienen en sus convicciones.

—Es verdad.

—Esos mismos, además, te mirarian con risa maliciosa, si por acaso te miraban, luchando sola contra la adversidad. Ni uno

siquiera iria á ofrecerte su proteccion desinteresada; el individuo, como generalmente la sociedad, no dá nada... Cambia á veces favor por favor, ventaja por ventaja, interés por interés. Por eso se hace tan simpático el sér que nada exige. ¿No has oido muchas veces censurar á la duquesa X., al político B., al artista Z. y á tantos otros por sus casamientos que la sociedad llama desiguales?

—¡Oh, sí! Y de ahí mi temor.

—Pues, querida mia, mira á la persona objeto de estas censuras, feliz, tranquila, rodeada de cariño, sin oir ó haber oido, porque el rumor pasa pronto, las voces que reprobaban su eleccion. ¿Y con qué derecho lo hacian? ¿Era acaso una indignidad que mereciese ser combatida el que la dama aristocrática amase á un hombre de nobles prendas, si bien de oscuro nacimiento; ni que el funcionario público de alta representacion compartiese el fruto de su inteligencia y su trabajo con una mujer pobre y honrada; ni que el artista prestase su gloria al sér sencillo é ignorante, digno de ser conocido?

—No, por cierto.

—Pues no siendo justa la crítica, los cri-

ticados están en su derecho no atendiéndola. Pero concretándonos á tí, si porque hay diferencia en las edades han de molestarte con los dardos de la crítica, más bien deberían ensalzarte por ello, porque apreciando las cualidades morales de Salazar, prescindes de lo que ni defecto puede llamarse, porque el haber vivido más tiempo podrá ser un temor para tu corazón de perder ántes su compañía, pero de ningún modo una desventaja: la edad nada supone; los sentimientos no envejecen.

—Creo que tienes razón, y estoy dispuesta á reconocerlo así: pero hay una cosa que me asusta en este proyecto, más aún que el juicio de la sociedad.

—¿Cuál es?

—Salazar tiene un hijo.

—Sí.

—Creo que no le soy simpática.

—¡Bah!... ¿quién puede quererte mal valiéndote tanto?

—Gracias, Clara: nada valgo, pero á nadie hago daño, y creo que no debo tener enemigos; sin embargo, Manuel es no sólo duro y frío, sino desdeñoso conmigo.

—Suele desagradar á los hijos el segundo casamiento de sus padres; en las

nuevas nupcias creen ver una profanacion.

—Es que él no debe saber el proyecto de su padre.

—Tal vez sí.

—De todos modos, si este matrimonio le desagrada, tendré en él un enemigo.

Clara quedó pensativa.

—Sí—dijo:—eso es sério, vale la pena de pensarlo; ¿por qué no tienes con él una explicacion?

—¡Oh, no me atrevo!

—Es preciso.

—Confieso que me falta valor.

—Dílo á Salazar con franqueza.

—Algo le he indicado, si bien muy ligeramente.

—¿Y qué respondió?

—Que su hijo pasa la vida en el mar; que su carrera no le permite estar en nuestra compañía.

—Es una ventaja probable, pero no es una seguridad completa, tanto más cuanto...

Clara se detuvo indecisa.

—¿Qué?—preguntó Elena.

—Temo desagradarte.

—¡Oh, no!

—Pues bien; decia que es tanto más temible para enemigo, cuanto más inseguro es su carácter.

—Sí.

—Perdóname si no te agrada mi juicio, pero creo que como toda medianía es orgulloso, altanero, exigente...

—No tanto; yo creo buenos sus sentimientos, pero es caprichoso, impaciente...

Clara movió lentamente la cabeza.

—¿No te parece?—preguntó Elena.

—Creo que es más que eso; creo que es temible para enemigo, porque es vengativo y osado.

—¡Oh, no! ¡Te engañas!... Es insustancial, pero no peligroso.

—Si lo crees así, y no tengo empeño en sostener lo contrario, acaso me equivoque; ¿por qué no te atreves á proponerle esa explicacion?

—Me falta valor... Si alguien le hablase por mí... si tú quisieras...

—¡Yo!... No tengo confianza alguna...

—¡Qué importa! Eres mi amiga, mi sola amiga, él lo sabe, y comprendería que obrabas autorizada por mí...

—Sin embargo, Elena...

—Me harías un bien tan grande...

Clara vaciló.

Su noble corazon estaba siempre dispuesto á hacer el bien.

—Yo te lo ruego,—insistió Elena.

—Pero si no le veo...

—Vendrá...

—¿Y qué he de decirle yo?... ¿Con qué pretexto?

—Con ninguno: díle la verdad; que yo te he suplicado que le preguntes si no se opone á ese proyecto... ¿Cuándo debe venir?

—Pero Elena...

—¡Oh Clara!... ¡Por favor!..

—Pues bien—dijo Clara suspirando;—sea lo que tú quieras. Hoy es Lunes, le recibiré el Juéves.

—Gracias, Clara—dijo Elena levantándose y besando á su amiga:—¡no olvidaré cuán buena eres para mí!...

CAPITULO XIV.

Elena habia buscado en vano una ocasion de indicar á Manuel que debia ir á ver á Clara.

Su natural timidez aumentaba ante el marino, que frívolo, burlon, desdeñoso, la inspiraba algo que se parecia más al miedo que al respeto, y de ningun modo á la confianza.

Era preciso, sin embargo, intentarlo, pues Clara lo esperaria al dia siguiente, y el general por su parte esperaba tambien la resolucion de su pupila.

Vacilaba aún en el medio que habia de elegir para indicar á Manuel que visitase á la americana, cuando le oyó hablar en su cuarto, contiguo á la salita de confianza donde Elena se hallaba.

Como para adquirir valor los que en menor grado posean esta noble condicion, no hay remedio más enérgico que la ne-

cesidad, y el más cobarde si en cualquier empresa, por arriesgada que sea, quema sus naves haciéndose imposible la retirada, triunfa ó muere, Elena, apremiada por el tiempo, se atrevió á suplicar al marino por medio de doña Ana, que parecia extrañarse de ello y no poco, que tuviera la bondad de ir á la salita, donde deseaba hablarle un momento.

Serian apénas las cinco de la tarde: Manuel habia ido á su casa más temprano que de costumbre, porque próxima á terminar su licencia, deseaba poner en órden sus asuntos, y cuando llegó doña Ana á su cuarto con el aviso de Elena, acababa de sentarse ante una mesa donde se veían cartas y papeles esparcidos en desórden.

—¿Es la señorita Elena, ó mi padre, quien me llama?—preguntó con extrañeza.

—La señorita—contestó sériamente doña Ana, que hallaba digna de censura aquella libertad de Elena, y hasta se arrepentia de no haberse opuesto á ella.

—Tenga Vd. la bondad de decirla que ya la sigo—contestó Manuel, que apénas desapareció doña Ana cambió rápidamente el holgado batin por la levita; pasó un peine por sus cabellos, y salió de su cuarto lleno

de curiosidad por saber qué podía quererle Elena.

Estaba ésta de pié junto al balcon, mirando distraída los carruajes que pasaban á lo léjos, y se volvió vivamente al oir los pasos del marino.

—Dispénsame—balbuceó, roja como una cereza, y hechiceramente conmovida.

—Estoy á tus órdenes—contestó inclinándose ligeramente Manuel.

Elena le señaló un asiento y ocupó otro cercano. La respetable doña Ana se veía en el gabinete próximo muy ocupada, en la apariencia, en ordenar los cuadernos de música, pero muy atenta, en realidad, á lo que pasaba en la salita.

—Tengo que dirigirte una súplica...—dijo siempre turbada Elena.

—Será una órden—contestó Manuel con esa galantería que parece nacida en el molde frío de la costumbre.

—Gracias. Deseaba saber si irás pronto á ver á Clara Blacker...

—¡Ah!... Te aseguro que no hubiera adivinado nunca lo que pensabas preguntarme... No, es inútil que vaya, pues no me recibe.

—El que ántes no te recibiera porque

á nadie recibia—se apresuró á añadir Elena,—no impediria que te recibiese ahora.

—¿Tú lo sabes?—preguntó vivamente Manuel.—¿Te lo ha dicho ella?

—Mañana podrá recibirte.

—Es decir, ¿que me espera?

—Sí—dijo Elena,—que no comprendia la intencion que Manuel atribuia á aquella especie de cita.

—En verdad que no deberia ir.

—¿Por qué?—preguntó Elena asustada, creyendo que Manuel sospechaba el motivo.

—¡Oh! Son historias particulares... Pero si ántes ha tenido motivos para no recibirme...

—A nadie—se apresuró á decir Elena.

—Ya lo sé—dijo con petulancia Manuel;—si hubiese sido á mí solo, no hubiera vuelto desde el primer dia: si ántes le convenia esconderse por lo que todos sabemos...

Elena, que tenia las mejillas encendidas, palideció ligeramente y miró seria á Manuel.

—Clara no se ha escondido ni tiene por qué esconderse—dijo.

—Tú eres una niña y no entiendes de

eso, pero yo sé muy bien que se ha escondido...

—No he dejado de verla.

—Pues perdóname, Elena, si te parece duro lo que voy á decirte: si yo fuera tu padre, ó tu hermano, ó sencillamente tu prometido, no te lo permitiría.

—¡Ah!—dijo Elena con lágrimas en los ojos;—¿pues qué motivo dá Clara para dejar de verla?

—No puedo decírtelo.

—Y yo quiero saberlo, porque si tienes razon yo misma me alejaré de ella.

—¿Lo exiges?

—Sí.

—Pues bien, Elena, tuya será la culpa si mis palabras te ofenden: esa niña que tiene á su lado...

—¿Qué?—preguntó Elena.

—Se dice que es una hija natural.

Elena se echó á reir de una manera tan franca y espontánea, que Manuel la miró asombrado.

—Pero si esa niña—dijo Elena—sólo está á su lado por algunos dias, miéntras su protector vuelve de Cuba...

—¡Ah!... ¡Tú lo sabes! ¿Quién es, pues, esa niña?

—Una huérfana, salvada en un incendio por un amigo de Clara.

—Sigue...

—Vivia con su abuela y una sirvienta, en una pequeña villa de la isla de Cuba. Las tropas ó los insurrectos, no sé quién, habian quemado la aldeita para agotar los recursos del enemigo; de una de las casas que ardieron, de entre las llamas, y con riesgo de la vida, fué sacada Teodosia, que así se llama la niña; y como la emoción sufrida la enfermase gravemente, su salvador, que tomaba parte en la guerra que sostienen los sublevados contra España, se trajo á la Península para que recobrase retiró para consagrarse á su cuidado, la la salud, la entregó á Clara, y él volvió á Cuba, de donde vendrá en breve: vé, pues, como es una fábula cuanto puedan decir...

Manuel la escuchaba con profunda atencion. Si el despecho de verse rechazado por Clara lo hacia su enemigo, habia siempre para él una atraccion, en cuanto á la vida íntima de aquella mujer se relacionase.

Además tenia una gran curiosidad, un interés digno de mejor causa, en penetrar el misterio en que Clara se envolvía.

Si Elena no hubiera sido ingénua y confiada, como toda persona que comienza á vivir, habria extrañado la vivísima atencion con que Manuel la escuchaba.

—¿Y no sabes—preguntó—el nombre de ese salvador, que llegó como en los dramas, en el momento más culminante del peligro?

—Creo que he oido decir Nicolás...

—Nicolás... ¿qué?

—No sé más: y aún del nombre no estoy cierta.

Una sospecha cruzó rápida como una exhalacion por el pensamiento de Manuel.

Salcedo se llamaba Nicolás: habia llegado hacia poco de Cuba, y habia desaparecido en breve: ¿seria amigo de Clara, seria acaso, ésta agente ó cosa así en la península de los sublevados cubanos, ó seria, en fin, amante de Salcedo?...

Verdaderamente era un descubrimiento precioso el que acababa de hacer, y nunca habia dirigido á Elena una mirada más amable que la que en aquel instante fijó en la bella niña.

—En ese caso—dijo como si deseara que Elena siguiese viendo á Clara para que no le faltasen sus noticias;—en ese

caso, tienes razon, no hay motivo para que no la acompañes... yo ignoraba esos detalles, y como se murmura tanto...

—Casi siempre es sin razon...

—Sí—dijo Manuel distraído:—y dices que ella me espera...

—Mañana... yo me quejé casualmente de que no te recibía y me dijo: el Juéves estaré en casa...

—¿Pero te encargó que me lo dijese?—preguntó con orgulloso acento Manuel;—porque no me gustaria que lo hubiera olvidado.

—¡Oh, no! Te esperará.

—En ese caso, iré á verla, y gracias por tu interés—dijo levantándose.

El general, con gran contentamiento de Doña Ana, que se impacientaba sériamente porque no oía ni una palabra de la conversacion de los dos jóvenes, apareció en la puerta.

—¡Hola!—exclamó con acento jovial—cuánto me agrada ver á Vds. juntos y en amistosa conversacion... ¿De qué se trata?

—Elena me pedia noticias del drama estrenado en el Español.

—En verdad que hoy he leído apasionados elogios y duras recriminaciones dirigi-

das al autor; ¡quién acierta!

—Un poco cada uno; es magnífico, pero tiene distracciones que se tomarán por niñerías... Echegaray es un genio, no cabe duda; pero su talento se desborda, se escapa de los moldes en que la crítica quiere encerrarlo...

—Hace bien; el genio vale más que el arte; pero ya que Elena tenía tanto deseo por saber el éxito del drama, iremos á verlo esta noche...

—Elena decidirá...

—Tendré en ello mucho gusto—contestó Elena algo confusa por aceptar un engaño, pero convencida de que era más prudente callar que decir la verdad en aquella ocasion.

—Pues está dicho; haz que pidan un palco, Manuel; te dejo á tí el cuidado de ello.

—No faltará—contestó éste.

—¡Los señores están servidos!—dijo un criado apareciendo en la puerta y anunciando la comida.

—Ofrece el brazo á Elena—dijo el general que estaba encantado de ver á los dos jóvenes hablando con expresiva confianza:—te cedo por hoy ese gracioso derecho.

Manuel, sin contestar, presentó el brazo á Elena, que se apoyó en él: el general los miró con cariño, y suspiró levemente, como lamentando la pérdida de sus esperanzas.

CAPITULO XV.

Mucho necesitaríamos escribir para decir al lector todos los pensamientos que acarició Manuel durante las veinticuatro horas que tuvo que esperar para visitar á Clara.

Estaba contento, orgulloso, satisfecho.

Aquella especie de cita, cuyo objeto no habia sabido explicarle la simplecilla Elena, tenia á no dudar un objeto trascendental y profundo.

Sin duda Clara le necesitaba para confiarle algun importante secreto y pedirle su proteccion: puede ser que fuese para contarle el misterio de aquel lindo pañuelo dado en cambio de un número de *La Correspondencia de España*, ó acaso (¡quién sabe lo que nos reserva la suerte!) vencida al fin, enamorada, le llamaba para participarle que habia triunfado... ¡Oh felicidad!...

Lo triste del caso era para el marino el

tiempo perdido, porque ya faltaba poco para que terminada la licencia de que disfrutaba, tuviera que volver al mar.

—¡Necia....—decia casi compadeciéndola;—no haberlo pensado ántes!...

Faltó poco para que no entonase ante sus amigos el himno de la victoria, música que canta con gran facilidad el hombre, pero no siempre oportunamente.

No sabemos por qué no lo hizo: probablemente fué porque no tuvo ocasion, porque no era Manuel hombre capaz de negar á sus conocimientos la satisfaccion de aplaudirle en un triunfo.

A la hora conveniente para las reglas convenidas en la sociedad llegaba á casa de Clara, y hasta el portero hubiera podido observar, si en ello se hubiese fijado, su aire altivo y orgulloso que parecia decirle:

—Por esta vez no me negarás la entrada.

En efecto; el portero le dejó pasar, y un criado despues le saludó respetuosamente levantando la cortina en la puerta del salon y rogándole tuviese la bondad de esperar á la señora.

Cuando Clara apareció, Manuel, que

miraba un pequeño cuadro colocado sobre un caballete en un ángulo del salón, se volvió vivamente á saludarla.

Clara vestía de negro, con sencillísimos adornos y sencillísimo peinado.

Su aspecto grave, sério, casi triste, la embellecía extraordinariamente, pues acentuaba, por decirlo así, su hermosura con una majestuosa dignidad.

Manuel sintió enfriarse su entusiasmo ante aquella severa aparición: comprendió que había ido demasiado lejos en sus suposiciones, y cambió la sonrisa de triunfo que vagaba en sus labios por una expresión respetuosa y contenida.

Clara le saludó cortésmente, le señaló un asiento cercano al que ocupó ella, y comenzó á decirle:

—Ante todo le ruego me dispense la libertad con que le he molestado...

—¡Oh, señora!...—exclamó galantemente Manuel, y como se dispusiera á continuar, Clara le interrumpió diciendo:

—Se trataba de Elena y no pude negarme.

Manuel hizo un movimiento de sorpresa, y de sorpresa desagradable. El nombre de Elena, de la insulsa chiquilla que segun

él habia servido á Clara para intérprete de sus deseos, mezclado á la conversacion en su principio, era para las esperanzas de Manuel como una gota de vinagre en una taza de leche: la descomponia de la manera más ágría y más completa.

—¡Elena!...—dijo.

—Sí, Elena—añormó Clara, que parecia tener prisa por acabar:—Elena me suplicó que hiciese á Vd. en su nombre algunas preguntas, y yo accedí voluntariamente á ello.

Manuel estaba sorprendido, más aún, avergonzado, en ridículo ante sí mismo, irritado de una manera seria, por más que esta irritacion se contenia ante las más vulgares reglas de cortesía y de consideracion.

Incapaz de hablar, por temor á que su voz revelase el estado de su espíritu, prestó atencion á lo que Clara iba á decirle, mordiéndose los labios para contener las descompuestas palabras que se agolpaban á ellos.

—Elena—dijo Clara—me ha consultado acerca de un proyecto que Vd. conocerá...

—No sé de lo que se trata—contestó con frialdad Manuel.

—Parece que su señor padre de Vd. ha pensado en unirse en matrimonio á la señorita de Giron.

Manuel levantó la cabeza y miró fijamente á Clara: una expresion burlona habia sustituido á la sombría expresion de ira mal contenida poco ántes.

—¡Ah!...—dijo.—¡Y usted se ha encargado de participármelo!.. Gracias, es mucha bondad de su parte...

—No es eso precisamente—dijo con frialdad Clara:—este cuidado habrá sido de su padre.

—Entónces, si no es eso, no comprendo—repuso Manuel.

—Pues es muy sencillo: Elena, con una delicadeza digna de aplauso, no quiere ser de ningun modo, ni en ningun caso, un motivo de disgusto entre su protector y su hijo: como no tiene la pobre niña ninguna persona de su familia á quien encargar tan delicada mision, me ha suplicado á mí que pregunte á usted si se conforma á estos planes ó si en absoluto le desagradan. En el primer caso aceptará, porque está sola, no cuenta con ningun apoyo, y no puede ni debe negarse; si Vd. vé en ello un motivo de disgusto, si ha de ser un enemigo de la

esposa de su padre, se negará á esa union, porque su conciencia así se lo ordena. Esta es la mision que yo debia desempeñar y está cumplida, si bien torpemente, pues le confieso á Vd. que el estado de mi espíritu no se presta á giros diplomáticos.

—Siento que Elena la haya molestado á Vd. con tan impertinente mision—dijo Manuel ofendido del tono desdeñoso que acaso, á pesar suyo, habia dado á sus palabras Clara.

—¡Ah, no! Yo no la creo impertinente—dijo Clara.

—De todos modos ha podido ella misma preguntarme, evitándole esta molestia.

—No lo es para mí.

—Debe serlo el recibirme, cuando hace tanto tiempo que no logro esa dicha—añadió siempre incisivo Manuel.

—Estoy un poco enferma, no recibo á nadie.

—Pues nadie lo creeria: está Vd. más bella que nunca.

—Y bien: ¿qué debo decir á Elena?—preguntó Clara, eludiendo el contestar á la atrevida galantería de Manuel.

—¡Ah!—dijo éste, que deseaba vengar de algun modo su desengaño, que él creia

ofensa—¡no quiere Vd. contestarme!... ¿Sólo de Elena he de hablar si he de ser escuchado?

—No recuerdo que me preguntase usted nada —dijo conteniendo su impaciencia Clara.

—¡Qué facilidad para olvidar!... Decía á Vd. que la encuentro como nunca bella, y ahora voy á preguntarla por qué me niega la dicha de verla?..

—Permítame pasar en silencio la primera parte, y en cuanto á la segunda, ya se lo he dicho: no recibo á nadie.

—¿Por qué no hacer una excepcion?

Clara estaba inquieta y disgustada: comenzaba á comprender que Manuel, creyéndose autorizado por su llamada, se proponía molestarla con sus galanterías.

—No las hago jamás—dijo friamente.

—Ni siquiera con los que tanto la admiran, con los que la aman...

Clara enrojeció, y contestó con voz un poco trémula por el desden.

—¡Con esos mucho ménos!... Conque veamos, ¿qué debo yo decir á Elena?

—¡Ah! ¡Siempre Elena!.. Es decir, que me recuerda Vd. que sólo por ella he venido aquí...

—Confieso que en esta ocasion ha sido así, por más que Vd. no necesita este motivo para venir á su casa.

—Gracias...—dijo irónicamente Manuel: —en verdad que puedo venir, pero no ver á Vd... y eso es poco agradable...

Clara nada dijo, pero comenzó á jugar nerviosamente con el anillo de oro liso que llevaba siempre en el dedo anular de su mano izquierda.

Manuel comprendia que estaba inconveniente, grosero, si se quiere, pues la grosería no es sólo la descompuesta forma, sino la imprudente, la inmotivada accion, pero estaba irritado, ofendido, y gozaba en la impaciencia de Clara.

—De suerte—dijo lentamente Clara,—que soy muy mala para embajadora, pues mi comision queda incompleta.

—Al contrario, es Vd. una embajadora de tal influencia, que se deja á su voluntad el terminar esa cuestion.

—¡Eso es imposible!...

—¿Por qué?

—No puedo adivinar...

—Pues es muy sencillo, señora. Usted misma comprenderá lo que hay de extraño, de ridículo diria, si no me lo impidiese

el respeto, en el proyecto de mi padre. Como no puedo oponerme á él, porque seria una falta de consideracion á su voluntad, tengo que someterme á ello, más ó ménos espontáneamente.

—No puedo hablar de asuntos íntimos y particulares, por más que se trate de una familia amiga, pero permítame decirle que Elena es buena, que cuidará al general en su ancianidad como una hija cariñosa...

—Lo mismo pudiera cuidarle sin esos lazos...

—La situacion de Elena es anómala, difícil...

—Mi padre puede casarla; Fernando Alvarez la ama y ha pedido su mano.

—Conozco poco á ese jóven y no puedo juzgarle, pero creo que Elena hace bien no aceptándole...

—No lo comprendo...

—No he de discutir yo sus cualidades, pero Elena lo rechaza...

—¡No es general!—exclamó Manuel con ironía.

—¡Oh! hago á Elena la justicia de creer que no elige por esa sola circunstancia á Salazar.

—Supongo que no será por amor.

—La consideracion que inspiran los nobles sentimientos, el respeto á la virtud, al talento y á la bondad, valen tanto como el amor.

—El amor vale más que todo, Clara—dijo Manuel volviendo á mirarla con intencion apasionada.

—No siempre—dijo ésta con indiferencia;—á veces el amor es un fuego fátuo que brota y pasa, y el cariño una llama eterna que calienta é ilumina.

—¿Sentiria Vd. más fácilmente el cariño que el amor?

—No se trata de mí—contestó impaciente de nuevo Clara,—sino de Elena: pero ya veo que tendré poco que decirla...

—Pues bien, acabemos ya de hablar de ella y de su pretension: siento que mi padre, á su edad, se case con una jóven, pero la personalidad de esa señorita me es tan completamente indiferente, que ni lo aplaudo ni me opongo: no tengo nada que decir en ese asunto, me someto á él: eso es todo.

—Está bien; en ese caso Elena puede contar con su indiferencia... eso ya es una garantía; lo temible hubiera sido contar con su odio...

—No por cierto: ni odio ni simpatía... el odio sólo lo inspiran las mujeres capaces de inspirar una pasión.

Clara volvió á guardar silencio.

—Y ahora, Clara, me permitirá Vd. que aún pase algunos instantes á su lado...

Clara hizo un movimiento que lo mismo podia decir *consiento*, como *me resigno*.

—Sé que ha concluido la misión con que vine, pero como es tan difícil para mí tener la dicha de verla, hé aquí que voy á permitirme ser imprudente y á molestarla quizá aprovechando la ocasión que se me ofrece...

—No comprendo...

—Es muy sencillo: hace tiempo que deseo hablar á Vd...

—¿A mí?

—¿Se sorprende Vd. de ello?... No es culpa mia el ser tan torpe que no la he dejado adivinar lo que tenia que decirle.

—Yo le ruego...

—Es inútil—la interrumpió Manuel:—yo quiero que Vd. lo oiga...

—Pero yo no sé...

—Y bien; vá Vd. á saberlo... yo la amo á Vd... se lo dije al conocerla, se lo repito hoy...

—¡Ah!...—murmuró Clara.

—Ha de saberlo al fin... Yo la amo hace mucho tiempo, desde una noche en que compré cierto pañuelo dado en cambio de un periódico, desde que la seguí á una casa extraña...

—¡Caballero! —murmuró con altivez Clara.

—No se ofenda Vd., estoy diciendo la verdad: la amo y quiero que me ame... lo quiero... y será...

—Dispénsame Vd., es tarde, y...

—¡Ah!.. ¿Me despide Vd?.. Ya sé que soy importuno, que estoy molestando á usted; pero yo tambien quiero una respuesta, la necesito.

Clara habia palidecido; varias veces su mano nerviosa se habia levantado de su falda en que descansaba para asir el cordón de la campanilla, pero se habia detenido á tiempo.

—No hay respuesta—dijo con calma, si bien heria el desden de su acento,—donde no hay pregunta.

—Hé aquí la pregunta, bien precisa y sencilla. ¿Puedo esperar que Vd. me ame?

—Seria mejor no contestar, pero ya que Vd. lo quiere, hé aquí la respuesta: ¡no!

—¡Ah!.. ¿Y por qué no?

—No hay por qué: el nó es tambien sencillo y preciso.

—Habrá que aceptarlo tal cual es, pero como no me conformo, me permitiré creer que en esta ocasion el nó no es definitivo.

Clara hizo un movimiento de indiferencia y se puso de pié.

Manuel palideció. Una visible agitacion nerviosa recorrió su cuerpo. Clara le despedia sin disculpa, sin pretexto, y esto era para el orgullo de Salazar una falta de tal magnitud que lo tomaba por el más cruel de los insultos.

—Dispénsese Vd.—dijò friamente Clara,—pero me esperan.

Manuel, trémulo, descompuesto, como si hubiese recibido un latigazo en el rostro, dijo á Clara con osadía:

—¡Ah, perdon!... había olvidado que yo no tengo derecho á estar aquí, puesto que no soy un insurrecto...

Clara se volvió hácia él enérgicamente; sus ojos brillaron de una manera tan poderosa, que Manuel comprendió que habia ido demasiado lejos.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Clara haciendo un esfuerzo por aparecer serena.

—Cuando á un hombre se rechaza—
comenzó á decir Manuel,—este hombre...

—No pregunto á Vd. por qué lo ha dicho, sino qué ha dicho.

—He recordado al sentir su desvío que se cree generalmente que no todos tienen la misma desgracia...

—Pues yo he recordado al oírle, que no siempre el uniforme ni el traje dan idea de la persona: jamás un insurrecto, aceptando su indicacion, se hubiese atrevido á faltarme... en mi casa.

Y seria, digna, majestuosa, se inclinó ligeramente y salió del salon.

Manuel quedó aturdido, confuso, irritado.

Un instante despues al levantar la cabeza vió á un criado que sostenia la *portiere* y que lo miraba con asombro.

Loco, avergonzado, se lanzó á la escalera, salió á la calle, y creyendo que todos los que lo miraban habian de leer en su rostro lo que acababa de sucederle, tomó un coche y le dió las señas de su casa.

No pensaba, para disculpar, ó más bien para hacer justicia á Clara, en que él habia provocado su enojo; en que su atrevido lenguaje habia obligado á la dama que en

su casa lo recibiera, á arrojarlo de ella. Nada de esto pensaba; se encontraba humillado, ofendido, ultrajado por una mujer que lo habia arrojado de su casa, y se juraba á sí mismo vengarse de aquella mujer, haciéndola apurar mil y mil veces la amargura de la afrenta recibida.

Cuando llegó á su casa se encerró en su cuarto, dando órden de que para nada se le llamase.

Solo allí, sin temor á ser visto, pudo desahogar su ira.

Su soberbia herida hacia hervir su sangre con oleadas de fuego; hubiera despedazado entre sus manos, no sólo á Clara, sino á cuanto le rodeaba.

Algun tiempo pasó así, entregado á la desesperacion: despues una idea pareció cruzar por su cerebro: se sonrió satisfecho, buscó un papel blanco y liso, sin cifras ni escudos, y se dispuso á escribir.

—Ya tengo mi venganza; ya la tengo, más completa, más rápida, más segura que cuanto hubiera podido imaginar... Ahora, señora mia, estamos frente á frente, y ya que encuentra Vd. diferencia entre un insurrecto y yo, haremos que la encuentre de veras.

Y diciendo esto escribió, cambiando un tanto su letra, que la misma alteracion de su pulso hacia distinta, dos largas cartas, que sin firma ni fecha encerró en los sobres.

Cuando lo llamaron para comer, su semblante estaba tranquilo, y ni su padre ni Elena pudieron adivinar la tempestad que habia pasado por su pensamiento.

CAPÍTULO XVI.

Elena era una criatura cándida, sencilla, pero inteligente.

Educada en la indiferente soledad de un colegio, donde el alma inocente de una niña más bien se replega en su reserva innata que se abre á la confianza del cariño, era muy ignorante de las cosas del mundo, creyendo que todas las maldades y todos los peligros que la sociedad encerraba, se reducían á las diabluras que algunas traviesas muchachas llevaban á cabo en el jardín del colegio.

De tener más malicia, de tener más experiencia, no hubiera pedido á Clara que sirviese de intermediaria suya para con Manuel, porque habria observado algo extraño en la conducta de éste respecto á su amiga.

Pero, ¿á quien confiar tan delicada misión? Estaba tan sola en el mundo la pobre

niña, sin familia, sin amistades, pues sus compañeras de colegio se habian esparcido aquí y allí en busca de sus hogares, no atreviéndose por sí misma á preguntar á Manuel, creyó útil y oportuno aquel medio, que no podia sospechar siquiera tuviese nada de inconveniente ni peligroso.

A pesar de su sencillez, hubo de notar en Manuel algo extraño, y no quiso ocultar al general el paso que habia dado, y cuyo resultado encontraba dudoso.

Cuando Manuel, con forzada risa y violenta alegría, que demostraba su excitacion nerviosa, salió del comedor, Elena, enrojeciendo hasta la raiz de los cabellos, y con la voz trémula, como asustada de sí misma, pidió al general que la hiciese el favor de concederla algunos momentos, pues deseaba hablarle.

—Cuantos quieras—contestó Salazar sorprendido, y halagado al par por la confianza que la peticion demostraba;—iremos á mi despacho.

Doña Ana que, como de costumbre, los habia acompañado á la mesa, y que ponía en órden algunos objetos en los aparadores, salió discretamente.

—Bien estamos aquí—dijo la jóven re-

parando en que estaban solos, y admirándose ella misma del aplomo que encontraba en aquellos críticos momentos que ántes de llegar le parecían formidables.

—Como quieras, hija mia—dijo con acento paternal el anciano para alentar aquella naciente confianza que lo encantaba—y sabe desde luégo que te agradezco mucho la iniciativa, pues me prueba que no te inspiro temor.

—Oh no! Es Vd. tan bueno para mí!

—No tanto como tú mereces—dijo verdaderamente conmovido el general.

—Sin Vd., que hubiera sido de mí?—murmuró Elena con los ojos llenos de lágrimas, pues vencida la timidez que la impedía hablar, su corazón dejaba libre paso á la manifestación de su agradecimiento.

—Bah! ¡bah! quieres hacerme llorar como un chiquillo, dijo el general riendo para ocultar su emoción; cualquier hombre de honor hubiera hecho lo mismo, y aún tengo mis escrúpulos...

—¡Usted! Eso es imposible!

—Creo que otro hubiera sido más afortunado ó más diestro para procurarte un marido jóven, honrado, enamorado de tí y quien tú amases: yo lo he intentado,

Dios lo sabe, pero no he sabido conseguirlo, y el temor de morir dejándote sola, acostumbrada á los usos de las casas medianamente ricas y sin un porvenir, me ha hecho pensar en darte la proteccion de mi nombre, pero si lo que tú quieres decirme es que lo has pensado bien y no lo encuentras admisible, sin ro-leos y sin temor dímelo, y buscaremos otros medios.

—No señor—dijo grave y sería Elena,—no es eso lo que tengo que decirle, si bien es propósito de ello.

—Ah! pues ya te escucho.

—Cuando me vió Vd. hablar con Manuel, y él dijo y yo con mi silencio confirmé, que hablábamos de un drama, no era así, y quiero decirle la verdad de lo que era.

El general la miró sorprendido.

Apénas recordaba aquel incidente que habia pasado en la rueda ordinaria de los sucesos corrientes de la casa, y tuvo que hacer un esfuerzo para saber á qué se referia.

—Ah!—dijo,—pues bien, ya te escucho.

—Yo habia suplicado á mi amiga Clara que hiciese á Manuel una pregunta, ántes de resolver...—la voz de Elena se apagó, y

un vivo rubor coloreó sus mejillas.

—Y bien, ¿tan trascendental, tan importante era esa pregunta que no podías hacerla por tí misma?

—Jamás me hubiera atrevido,—dijo Elena.

—¿Ni á mí?

—Oh! á Vd. sí!—se apresuró á contestar la jóven,—y la prueba es que me atrevo.

—Gracias, hija mia—dijo sonriendo otra vez bondadosamente el general,—yo no tengo la pretension de inspirarte amor, pero sentiria en extremo no inspirarte confianza.

—Oh, sí!—dijo Elena,—como un padre, más aún, como un hermano: al lado de Vd. estoy tranquila, me siento capaz de pensar y obrar como un sér cualquiera; al lado de Manuel estoy como avergonzada, empuñecida, dominada por un temor que es más fuerte que mi voluntad y por lo mismo invencible.

—Hija mia, eso consiste en que lo conoces poco, pero no creo que haya motivo para tanto: es algo seco, algo sério, pero en el fondo bueno.

—No lo culpo á él, sino á mí misma, de ese ridículo miedo que no puedo vencer.

—¿Y se relacionaba con ese temor lo que tú querías saber?—dijo el general desviando suavemente el giro de la conversacion.

—Sí por cierto: no atreviéndome yo á preguntarle si me veria con gusto esposa de Vd. ó seria para mí un perpétuo enemigo, supliqué á Clara que lo hiciera; y accediendo ella á mi deseo, rogué á Manuel que la visitase cuando Vd. me vió hablarle.

—El secretillo era tan inocente que nada tengo que reprocharte; ¿y Manuel contestó categóricamente?

—Nada me ha dicho.

—Es extraño, puesto que tú lo invitaste á ir...

—Acaso no ha tenido tiempo.

—Puede ser, y luégo que él tambien es orgulloso, y habrá dejado que te lo participe tu *embajadora*, ya que no te has dirigido desde luégo á él.

—Así lo creo, y desearia si Vd. me lo permite ir á ver á Clara.

—Desde luégo, puedes cumplir tus deseos que me parecen justos; pero ántes, y ya que tú misma me das ocasion para ello, permítame que aún te detenga para hablarte de mí.

—De Vd?

—Sí, hija mia; y no te alarmes: sé bien que cada edad tiene sus preeminencias, como cada temporada sus frutos y sus flores: no temas que te hable de sentimientos que en mis labios no estarían bien, pero deja que te recuerde la ternura, el paternal afecto que te profeso, unido á la consideración y aprecio que me inspiran tu pureza de alma, tu rectitud de miras y tu seriedad de carácter.

Elena bajó los ojos confusa y ruborizada: aquellas palabras severas y dulces á un tiempo, la conmovían más que lo hubieran hecho las más fervientes declaraciones de amor.

—A otra niña de tu edad, ni me hubiera atrevido á proponerla que fuera mi esposa, ni la hablaría como voy á hablarte: pero tu juicio, tu sana razón y tu manera tranquila y serena de apreciarlo todo me autorizan á ello.

—Oh! gracias!

—No, gracias no, puesto que no te lisonjeo, digo la verdad y eso no merece gratitud.

—De todos modos, motivo y grande de agradecimiento es para mí.

—En fin; dejemos eso yóyeme, hija mia: mi más ardiente deseo, la esperanza de toda mi vida, era casarte con mi hijo, con Manuel.

—Ah!—dijo sorprendida Elena.

—Te hablo de corazon á corazon, te ruego que no te ofendas por lo que voy á decirte.

—Ofenderme yo!—dijo en son de protesta la jóven—¡nunca!

—Pues bien, mi hijo no supo conocer tus valiosas cualidades, y aunque te apreció como mereces, no te amó.

—Oh, ya lo sé, y yo tampoco hubiera podido amarle,—exclamó impetuosamente la jóven.

—¿De veras, hija mia?—preguntó con viveza el general:—¿con que os hubiera hecho desgraciados pensando haceros felices?

—Sí, pues creo que nunca nos entenderíamos.

—Loado sea Dios que lo ha impedido: pues yo tenia siempre algo así como una duda de que tú sintieses alguna simpatía, de que yo fuera un motivo de pesar para vosotros.

—¡Oh, no!

—Más vale así; y ya tranquilo sobre ese punto puedo creer que el viaje de mi hijo, que no tuvo otro objeto que el de hacerle conocerte, no ha sido perdido, porque me ofrece una garantía para el porvenir.

Elena sonrió.

—Y ahora—continuó el general,—debo decirte que, apreciando como aprecio tu delicada intencion en saber si agradará á Manuel mi resolucion de hacerte mi esposa, debo tranquilizarte en ese punto.

—¡Cómo!

—Mi hijo tiene bastante mundo para si no le agrada una resolucion mia, callarlo y someterse á ella, porque yo jamás esperaria su aprobacion para cumplir con mi deber.

—Pero si habia de ser un enemigo...

—Nunca, Elena—dijo Salazar impetuosamente:—ni él se atreveria, ni se lo consentiria yo.

—Ha de ser una alegría para mí el saber que no se opone—dijo tímidamente la jóven.

—¿Es decir que tú estás resuelta?

—Sí; y si alguna duda hubiera tenido, Clara la hubiera disipado.

—¿Clara?

—Me ha hecho ver la verdad de mi posición, de mi porvenir y á la gratitud que debo á la noble proteccion de Vd., se une el cariño que inspira toda accion generosa.

—¡Oh, Elena! Si algun mérito tuvo lo que hice, bien recompensado estoy con tu afecto; porque, créeme hija mia, la costumbre de ver á nuestro lado un sér dulce y bello, que nos cuida, que nos conoce, que nos ama, es una felicidad suprema, y yo voy á deberte esa dicha.

—Yo os deberé la mia: porque sola ¿qué seria de mí en el mundo?

—No quiero que te cases conmigo por miedo á la soledad del porvenir: eres muy jóven, muy bella y muy buena, y fácilmente encontrarás un marido.

—Lo tengo elegido ya—dijo resuelta-mente Elena.

—Quiera Dios que hayas acertado—murmuró muy conmovido Salazar levantándose: yo he de consagrar mi vida á tu felicidad.

El general salió del comedor, no queriendo demostrar á Elena que un bravo militar puede llorar ante una niña, y la jóven fué á apoyarse en un balcon del comedor, desde el cual se veia el paseo de la Fuente Castellana.

Inmóvil, con los ojos entornados, parecía dormida.

Ante su pensamiento pasaban una y otra vez, no aquellos trenes que sus ojos velados no veían, y que arrastraban entre la sombra débilmente aclarada por el gas, á las elegantes ociosas, que iban á cambiar ó modificar sus *toilettes* para dirigirse al teatro, huyendo de su casa, sino los cuadros tranquilos, purísimos del hogar dichoso, en el cual la mujer reina con una dulce soberanía; de la confianza íntima, inquebrantable de los esposos, que aligera las penas y duplica las alegrías; de algo propio, de algo seguro, esa sed que los ricos felices no han conocido jamás, y que los desgraciados sienten de una manera ardiente, como el anhelo del descanso.

No era un hombre jóven el que iba á ser su marido, pero era noble y digno: ¡qué felicidad tener un guía inteligente, un apoyo fuerte, una voluntad adicta!

¿Y habia podido dudar?

Se lo reprochaba como un crimen. Cuando más absorta se hallaba en sus cavilaciones, vinieron á avisarla que Clara esperaba en el salon.

Elena se apresuró á ir á su encuentro.

CAPÍTULO XVII.

Clara la esperaba de pié en el centro del salon.

Su traje negro y su rostro pálido y triste la daban un aspecto tan grave y severo, que Elena, no acostumbrada á contemplar bajo aquella fas á su amiga, se detuvo vacilando.

—Mi querida niña—dijo con dulce y pausado acento Clara,—me he creído en el deber de venir por mí misma á darte cuenta de la mision que me impusiste, por más que el resultado no me satisface completamente.

—Dios mio!—dijo adelantando Elena—¿se niega acaso?

Y la jóven palideció, como si aquella sola palabra derrumbase, cual un soplo el castillo de naipes, los ensueños de dicha que acababa de formar.

—No—dijo Clara asiendo sus manos y sonriendo con dulce tristeza;—no tanto co-

mo oponerse, pero es un carácter díscolo, frio; se irrita fácilmente y creo que es más sencillo contar con su indiferencia que con su afecto.

—En fin, ¿qué te ha dicho?

—Oh! no he de repetirte yo cosas que no tienen valor alguno: palabras sueltas que pasan, y ni forman frases que como razones merezcan conservarse, ni ecos que agraden para despertarlos como recuerdo: nada en fin; una de tantas horas perdidas en sociedad.

—Pero le hablarías de mí?—preguntó con extrañeza Elena.

—Es un carácter tan superficial que apenas me escuchó.

Las dos amigas habian ido á sentarse en un lado del salón, y hablaban en voz baja, como si temieran profanar la delicadeza del asunto de que trataban.

—Yo creo—dijo Elena—que tú juzgas mal á Manuel, que tienes contra él una prevencion injusta...

—No hablemos de eso—dijo apresuradamente Clara, como si quisiera evitar que Elena conociese su indignacion por la ofensa recibida.

—Al contrario; debemos hablar para

restablecer la verdad de los hechos.

—Oh! por favor!—dijo fatigada Clara.

—Tú tienes, desde que conoces á Manuel, una injusta opinion acerca de sus cualidades.

Clara sonrió con amargura.

—Sí, injusta; Manuel es lo que son hoy la generalidad de nuestros jóvenes; pero no un infame...

—Yo no he dicho...

—Ya lo sé—se apresuró á decir Elena; —pero la verdad es que no lo juzgas leal, noble, franco.

—Pero ¿qué importa?—preguntó Clara nerviosa y contrariada:—yo no lo conozco apenas, yo no he de tratarlo...

—Pues hé ahí lo que yo quiero que suceda, que lo aprecies mejor para que no te sea difícil tratarlo.

—¿Y á qué fin?

—Eres amiga, y amiga estimadísima de su padre; lo eres mia, que voy á ser de su familia, y no tiene explicacion ese alejamiento.

—No es preciso tratar á quien ofende—dijo rompiendo por su impaciencia la reserva impuesta la hermosa viuda.

—¿Te ha ofendido?

—¡Oh! ¡Dejemos eso! ¡Yc no lo he dicho, no he querido decirlo al ménos!

—Clara mia—dijo Elena con gravedad que no parecia propia de sus años,—quiero saberlo todo: si te ha ofendido quiero compartir la ofensa.

—¡Niña!—dijo con dolorosa expresion Clara—sé tú feliz sin preocuparte de penas extrañas.

—¡No, no y cien veces no! Por mí has recibido á Manuel, si te ha ofendido, mia debe ser la ofensa.

—Me expliqué mal, no fué ofensa.

—No, es que no quieres ser franca conmigo.

—Te ruego que desistas de tu empeño.

—No—dijo Elena que vió que su amiga vacilaba.

—Pues bien; ha estado inconveniente...

—Al hablar de mí?—preguntó palideciendo Elena.

—De ningun modo—se apresuró á decir Clara;—de tí no me habló para nada; me ha dicho que la boda le es indiferente.

—Entónces fué osado contigo; ¿te molestó?

—Sí, pero ya lo he olvidado, y puesto que ya lo sabes todo, permítame que me retire.

—No—dijo Elena seriamente,—yo no debería insistir, pero te profeso un verdadero cariño y me duele que por mí hayas sufrido un mal rato.

—¡Qué locura! Esas tonterías molestan en el momento como la vista de un objeto desagradable, pero despues se olvidan.

—O se recuerdan y se sufre y yo quiero, en lo que de mí dependa, evitarte ese sufrimiento.

—Pues dalo por conseguido—dijo con sonrisa dulce y triste Clara,—por que tu solo deseo hace en mí el efecto de una buena memoria, que borra la ménos buena.

—Oyeme, Clara; yo soy una niña, más aún por lo alejada que he vivido de todo roce social, que por la edad; pero, á pesar de mi absoluta carencia de costumbre, de experiencia, creo que Manuel te ama.

—Te engañas;—dijo tranquilamente Clara.

—Acaso el despecho, el amor contrariado le hayan hecho olvidarse de todo para expresarte su amor.

—Repito que te engañas; no tan solo no es amor lo que siente por mí, sino que cualquiera diria que me persigue, que me ódia.

—Ya sabes que el amor contrariado toma apariencias de ódio.

—Ni creo en su amor, ni lo admito, ni deseo sospecharlo siquiera; si fuera capaz de sentir amor, lo seria de sentir respeto, de comprender á quien no conoce, de retroceder cuando no debe seguir en un empeño.

—Pero tú no tienes en cuenta su carácter. Es hijo único, educado lejos de su padre, entre compañeros de colegio que ha dominado fácilmente, y la menor dificultad lo irrita, pero en el fondo es bueno, es honrado y estoy segura de que si ha pensado en tí, ha sido para hacerte su esposa...

—¿Qué dices?—dijo Clara vivamente—ni aún en suposición admito la idea.

—Pero que mal hay en ello?—dijo ya animada Elena por la discusión—es agradable, distinguido, tiene una carrera, y aunque no es rico...

—Elena, Elena, donde vas á parar? En primer lugar se trata de un imposible, y es hablar de lo que no existe.

—Pues yo estoy segura de que él lo desea.

—Te engañas, y hablando seriamente debo decirte que no es amor, sino empeño, capricho que me favorece muy poco, pues sin duda me ha juzgado mal al pensar que

puede satisfacer el deseo que siente por mí: se ha permitido molestarme con su insistencia; creo que hasta me ha amenazado, pero como de niños mal educados sólo es temible la presencia, con alejarlo de la mía todo ha concluido, y no vale la pena de que nos ocupemos de ello.

—Perdona si he insistido; comprendo que yo también he sido imprudente, pero mi deseo era bueno: pensaba que tú ignorabas el amor de Manuel, y quería aclarar la situación.

—Te repito que ese amor no existe, por fortuna, y te ruego que olvides esa idea.

—¿Y si no me engañara?

—Entonces peor para él, porque además de no poder admitirlo, acostumbrada á hombres serios, se me haría ridículo el amor de un niño.

Clara dijo estas palabras con tan despreciativo y al par tan franco acento, que Elena comprendió entonces la verdad de los sentimientos de su amiga, arrepintiéndose de haber provocado aquella explicación.

—Perdóname—dijo confusa;—yo creía que era efecto de una mala inteligencia, pero ya veo que todo sería inútil.

—Todo, y la insistencia ofensiva.

—Nunca por mi parte.

—No, querida niña, y si tuvieras ocasion de ello, puesto que ese jóven vá á ser para tí una persona de confianza, hazle ver lo imposible de su... capricho para que no me moleste jamás.

—No creo que será necesario, si él te ha oído como yo; pero te lo prometo.

Clara se levantó para retirarse.

En aquel momento se describió una cortina y apareció el general Salazar con su hijo.

—Iba á salir—dijo—y he sabido que nos honraba Vd. con su visita.

—Gracias—contestó Clara conteniendo su contrariedad al hallarse frente á frente de Manuel—por la amabilidad de usted, tanto más de apreciar, cuanto me permite darle mi despedida...

—Cómo es eso?—preguntó Salazar.

—Me alejo de Madrid—contestó sencillamente Clara.

Manuel se habia limitado á inclinarse para saludar á la amiga de Elena, y permanecía de pié, inmóvil, impassible, con un leve fruncimiento de cejas y un imperceptible temblor nervioso en los labios.

Habia pasado algun tiempo en su cuarto preparando sus planes de venganza contra la mujer que lo habia humillado, tan justa como cruelmente, y salia con aires de vencedor, cuando encontró á su padre, que habiendo vuelto para vestirse, se habia enterado de que Elena tenia visita en el salon, y á fuer de cumplido caballero quiso pasar para hacerle los honores de amo de casa.

—A dónde vás, Manolo?—le preguntó el general que estaba de buen humor.

—Salgo ahora—dijo el marino,—estuve escribiendo.

—Pues ven ántes un momento conmigo, á saludar á una visita que recibe Elena.

—Es tarde—dijo contrariado Manuel.

—Qué importa! La ordenanza no te obliga por hoy, y cuando no saliste temprano es buena prueba de que nada urgente te esperaba.

Manuel siguió á su padre sin replicar, pero visiblemente disgustado.

Sospechaba que la visita de Elena era Clara, que habia ido á dar cuenta á su amiga de la comision que le confiara, pero ¿se la daria igualmente de lo sucedido?

De ser así, Manuel aparecia en un inevitable ridículo ante la que iba á ser esposa

de su padre, y esto lo irritaba, lo humillaba aún más, avivando sus rabiosos deseos de venganza.

No pudiendo esquivar lo que la casualidad habia dispuesto, adoptó un aire de impertinente indiferencia, y ya que ante su padre no podia ofender á Clara con una palabra inconveniente, se dispuso á cumplir con estricta correccion sus deberes de hombre educado, pero á demostrar con su aptitud que á todo estaba dispuesto.

Cuando penetraron en el salon, su mirada se saturó, por decirlo así, de audacia, y su aplomo, demasiado ostensible para no ser fingido, tomó el aspecto de la insolencia.

Clara no lo miró siquiera.

Demasiado dueña de sí misma para no apreciar los inconvenientes del más leve choque entre ella y Salazar en su casa, y á presencia de su padre y de Elena, saludó con una naturalidad perfecta, dirigiéndose como debia al general.

—Para recibir esa despedida que me anuncia y que lamento—dijo con galantería el general,—concédame algunos minutos que dulcifiquen lo amargo de la noticia.

—Sea—dijo Clara con fácil amabilidad, —que en las despedidas, semejando la ausencia á la muerte, no debe negarse nada.

Y se sentó, tranquila, sonriente, como si estuviera rodeada de sus mejores amigos, como si ninguna pena turbara su espíritu.

—En ese caso—dijo Salazar tomando asiento á su lado, en tanto que Elena y Manuel ocupaban dos sillones,—y ya que la veo tan bien dispuesta, ¿podré atreverme á pedir á Elena que nos ofrezca una taza de té para ocupar la velada en despedirnos?

—¡Oh no, general!—dijo Clara, siempre sonriendo—eso ya no me es posible, pues en vísperas de viaje hay siempre mucho que hacer y el tiempo es precioso.

Manuel, al ver á Clara tan serena, tan dueña de sí misma, respiró: comprendió que una mujer de mundo no podia ni debia hacer á una niña confidencias que eran impropias de la altivez y buen tono de la que no por presentarse misteriosamente, dejaba de revelarse como gran dama y hubo algo como arrepentimiento en sus decisiones, y algo semejante tambien á la vergüenza en sus sentimientos.

De seguir aquella ráfaga de buenas ideas, Manuel hubiera desistido de sus proyectos,

pero la fatalidad lo quiso de otro modo.

Clara, que aparecía más bella que nunca á los ojos del marino, con su palidez espiritual, sus ojos brillantes y su indiferente sonrisa, seguía la conversacion con Salazar, pues Manuel y Elena, sea por respeto, sea por las preocupaciones particulares de que ya conocemos el motivo, guardaban silencio.

—¿Cuándo es, en fin, la marcha?—preguntó el general.

—Yo misma no lo sé: mañana acaso, puede ser que tarde unos días, no tengo una decision formada.

—¿Podemos ir á decirla adios?

—¡Cuánto lo siento! Pero en la duda de la hora de la partida, y aún en la de si tardaré más ó ménos en volver, lo cual ha de ocuparme más, tendré el disgusto de no poder recibir á mis amigos.

Manuel se estremeció: le pareció que Clara, no queriendo exponerse á verlo, bien por una casualidad, como la que aquella noche los habia reunido, bien por cumplir con exigencias sociales, rompía de aquella manera con todos, cerrando sus puertas á una familia á quien habia procurado atraer á sus relaciones.

Una llamarada de ira quemó su frente, y hubo de hacer un esfuerzo para contenerse ante su padre.

Comprendía que la palabra despedida no se refería á un viaje, sino á un rompimiento, y se afirmó más y más en sus propósitos de hacer sentir á Clara su odio, afianzándolos en el falso motivo de hacer aquella extensivo el ultraje á su familia.

—En ese caso—dijo el general, que completamente ageno á lo que habia sucedido entre su hijo y la americana, seguía la conversacion con esa cortesía que marca un límite culto y admitido entre la indiferencia y el interés, y que es una especie de benevolencia mútua, discretamente convenida,—en ese caso nos limitaremos á desear su vuelta, para felicitarnos al felicitarla por ella.

Clara se inclinó.

—Acaso esta señora no guste de recibir la bienvenida, como no recibe el adios—dijo Manuel que no pudo contener por más tiempo su violento enojo.

—Vendré yo misma á pedirla, general;—dijo Clara poniéndose de pié sin afectacion, y como si las palabras de Manuel nada fuesen para ella—y ahora, por si

tardara más de lo que yo deseo, han de permitirme ustedes la indiscrecion de adelantarlles mi felicitacion, muy sincera.

Elena enrojeció: era la primera vez que se aludia á su casamiento delante de Manuel, y sintió un movimiento de temor que no fué dueña de reprimir.

—Gracias, señora—dijo gravemente el general,—la recibo con gusto.

—Y tú, hija mia—dijo suavemente Clara volviéndose á Elena con los ojos impregnados de lágrimas,—deja que te abraze, y que como recuerdo de que elevo mis votos al cielo por tu felicidad, te ofrezca esta memoria mia.

Y la americana se quitó un ancho brazalete de oro con su cifra en brillantes, y lo puso por sí misma en la delicada muñeca de Elena, que la besó con reconocimiento.

—Elena agradece como yo su bondad—dijo el general conmovido.

Clara se separó de Elena, se inclinó ante Manuel y salió, erguida, serena, magnífica, apoyada en el brazo de Salazar, que la acompañó hasta su coche.

Elena y Manuel quedaron solos.

La tímida jóven se sintió acometida del

invencible temor que el marino le inspiraba, pero comprendiendo lo necio de aquel miedo, y dominándolo, le dijo balbuceando en las primeras palabras y con resolucion despues:

—Habia encargado á mi amiga que te hiciese una pregunta, que yo no me atrevia á hacer, y te doy las gracias por la respuesta.

—Es decir, que Clara te ha dicho que estuve en su casa—dijo Manuel más sombrío y agitado, al sospechar siquiera que Elena supiera lo sucedido.

—Era natural—dijo la jóven,—yo se lo supliqué así...

—Pues siento que tu falta de confianza en mí te inspirara esa idea.

—¿Acaso hice mal?—preguntó Elena asustada.

—No soy yo quien debe aconsejarte, porque no tengo títulos para ello, pero ya que mi padre piensa en hacerte su esposa, debiera impedir que sostuvieras relaciones inconvenientes.

—¿Qué dices?

—Que esa mujer no debe ser recibida en una casa honrada, que muy pronto quedará demostrado quién es y lo que en Ma-

drid hace, y que si nos ha cerrado las puertas de su casa anunciándonos que no puede recibirnos, no es porque se aleje de Madrid, sino porque no le conviene ser conocida.

—Imposible! Tú te engañas, yo no lo creo, no puedo creer nada que la ofenda.

—Tú harás lo que quieras, yo sé lo que debe hacer, pero si hubieras de ser esposa mía en vez de serlo de mi padre, ese regalo que acaba de hacerte hubiera caído á la calle para que lo pisaran sus caballos.

—¡Dios mio! Yo no comprendo...

—¡Manolo!—dijo la voz del general—¿vamos?

—Ni una palabra á mi padre—dijo precipitadamente Manuel abandonando el salón.

Elena quedó confusa y afligida, como si oprimiera su corazón aquel choque de pasiones.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.



INDICE DE LA SEGUNDA PARTE.

	PÁGINAS.
CAPÍTULO I.	3
II.	11
III.	17
IV.	25
V.	38
VI.	45
VII.	59
VIII.	66
IX.	80
X.	95
XI.	104
XII.	118
XIII.	133
XIV.	155
XV.	164
XVI.	180
XVII.	191



OBRAS DE PATROCINIO DE BIEDMA.

POESÍAS.

- El héroe de Santa Engracia* (Poema histórico.)
Guirnalda de pensamientos (Poesías líricas.)
Recuerdos de un ángel (Elegías.)
El mayor castigo (Leyenda dramática.)

ESTUDIOS ARTÍSTICOS.

- La catedral de Sevilla.* | *El alcázar de Sevilla.*

ESTUDIOS HERÁLDICOS.

- La nobleza española.*

NOVELAS.

- | | |
|---|--|
| <i>El testamento de un filósofo, primer volumen de la Biblioteca, 8 rs.</i> | <i>El capricho de un lord, dos tomos, ó sean volúmenes 7.º y 8.º, 16 rs.</i> |
| <i>Las almas gemelas, segundo volumen, 8 rs.</i> | <i>Blanca, un tomo, volumen 9.º 8 rs.</i> |
| <i>La Botella Azul, tercer volumen, 8 rs.</i> | <i>El secreto de un crimen.</i> |
| <i>Romances y poesías, cuarto volumen, 8 rs.</i> | <i>Las apariencias.</i> |
| <i>Cadenas del corazón, quinto volumen, 8 rs.</i> | <i>Desde Cádiz á la Habana.</i> |
| <i>El odio de una mujer, sexto volumen, 8 rs.</i> | <i>Dos minutos.</i> |
| | <i>Fragmentos de un álbum.</i> |
| | <i>La sierra de Córdoba.</i> |
| | <i>Dos hermanas.</i> |

CÁDIZ.

Revista de artes, letras y ciencias, ilustrada con grabados y redactada por los primeros escritores españoles y americanos.—Se ha publicado los días 10, 20 y 30 de cada mes, bajo la dirección de su propietaria Patrocinio de Biedma. Hay coleccionados cuatro tomos, correspondientes á otros tantos años de su publicación.—Se halla de venta la coleccion de cada año al precio de 25 pesetas.—Número suelto una peseta.